

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 21 - 27 noviembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 312

HONRA Y BARCOS

UN GRAN PROGRAMA PARA LA MODERNIZACIÓN DE LA FLOTA ESPAÑOLA

Los astilleros nacionales
construyen hoy conforme
a las técnicas modernas
más depuradas

TENEMOS EN NUESTRAS MANOS LAS LLAVES DEL MEDITERRANEO

WASSER - NAGUIB

Tras el derrocamiento de la revolución egipcia (pág. 9)

GASTON DOMINICI ANTE LOS JUECES (pág. 53)

Carta del director a Antonio (a) Carreros, (a) Carapena (pág. 8) ● Noche de sobresaltos en el «Parnaso» madrileño.—Carmen Martín Gaitanero Premio Café Gijón 1954 (pág. 13) ● Eisenhower y la nueva situación (página 17) ● Así nació la radio española, información desde Barcelona, por Pascual Gómez Aparicio (página 22) ● El mejor latinista del mundo es un jesuita español (pág. 25) ● La Asamblea Internacional de Frabato, por Pedro Lamata (pág. 28) ● El calle de la Luz, por Miguel Angel Castiella (pág. 32) ● Apuntes para las Memorias de un redactor político, por Francisco Casares (pág. 45) ● El libro que es menester leer: «Iglesia, Capital Vaticano», por Jean Neuvecelette (pág. 48) ● Buffalo Bill, personaje legendario (pág. 59)

LAS ANIMAS DEL PURGATORIO
Novela por Carmen Conde





DARD

COMO LAS

Nubes

Los síntomas precursores de enfermedad son como las nubes que enturbian el cielo en vísperas de la tormenta. El otoño es, en ese aspecto, como el síndrome del invierno. No despreciemos los anuncios de la Naturaleza.

Desde hace 86 años "Sal de Fruta" ENO viene demostrando su utilidad contra todas esas molestias que, sin constituir enfermedades propiamente dichas, alteran la salud. El hecho de reunir en forma concentrada y conveniente muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura es garantía de su higiénica y saludable acción orgánica.

Combatamos el síntoma antes de que el tratamiento de la enfermedad avanzada resulte más difícil. Tomemos desde ahora "Sal de Fruta" ENO para evitar que las nubes de otoño empañen la salud.

Adquiera el frasco grande. Resulta más económico



C. S. 14112

"SAL DE FRUTA" ENO

RESTABLECE EL EQUILIBRIO FISIOLÓGICO

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

TENEMOS EN NUESTRAS MANOS LA PUERTA DEL MEDITERRANEO



HONRA Y BARCOS

**LOS ASTILLEROS NACIONALES CONSTRUYEN
HOY CONFORME A LA TECNICA MAS DEPURADA**

«El ministro de Marina de Estados Unidos, que ha salido para España, permanecerá en este país cuatro días. Igualmente se anuncia la visita posterior a dicho país del almirante Carney, jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor americano.»
(De los periódicos.)

NUESTRA Marina de guerra ha acumulado, a través de diez siglos, tanta gloria como prestigio. Por aquello de que «no hay cuerpo vigoroso con cabeza flaca», que dijera, en un informe famoso, el no menos famoso ministro de Marina de Carlos IV, Valdés, en realidad, todas las vicisitudes de nuestra Flota militar han corrido pareja con la suerte misma de la Patria. A la época de máxima gloria para ésta correspondió siempre, es natural, una Marina potente. Una Marina en decadencia aparejó, a su vez, siempre también, la decadencia de la Patria.

En realidad, nuestra Marina es tan vieja como España misma. Su antecedente más remoto lo encontramos en Gadir, con los primeros navegantes hispanos del Mediodía de la época fenicia lanzados en demanda del Estrecho, del litoral africano o del occidental de Europa. Puede estar también en los antiguos marineros del Mediterráneo que partieron, en los albores de nuestra Historia, para surcar las aguas de nuestras riberas levantinas o de Baleares. Tuvo, sin duda, antecedentes también en los nautas del Cantábrico indómito de nuestras costas septentrionales o galaicas. Nuestra navegación, en su origen, esencialmente litoral, mediterránea y, sobre todo, africana, tendría luego al Océano como ámbito colosal de nuestra gran epopeya histórica. Pero la navegación

implicaba muchas veces la guerra; con los propios nautas de la antigüedad, con la piratería berberisca más tarde en el Medievo, contra los normandos y, en fin, contra los corsarios después, que asolaran el Atlántico. El arzobispo Gelmírez, Jaime I y, sobre todo, Fernando III debían de ser los artífices de nuestra Marina de guerra nacional, que nace, ahora ha hecho mil años, bajo el mando de aquel gran almirante castellano—y no italiano—que se llamó Bonifaz, y que conquistara Sevilla a los moros con una flota salida de nuestras aguas nórdicas.

La epopeya americana (navegantes de los descubrimientos que siguieron a Colón, con la figura magnífica de Juan de la Cosa incluida) y la del Pacífico (Legazpi, Urdaneta, Gamboa, etc.) abrieron de par en par los caminos de la gloria a nuestra Marina. Juan y Andrés Doria fueron ilustres capitanes de nuestra Flota mediterránea. Don Juan de Austria y Bazán detendrían al turco en Lepanto. Y siempre nombres de gloria tremolando nuestra enseña por todos los mares: Oquendo, Velasco, Barceló. Y cuando el infortunio surge—que la victoria es de por sí veleidosa—, es el heroísmo de un Gravina o de un Churrua, en Trafalgar, o de un Villamil y un Bustamante, en Santiago. Siempre el honor fué el lema de nuestra Marina. Los soldados españoles del mar no lo olvidaron jamás.

LA «INVENCIBLE» DESPLAZABA 58.000 TONELADAS Y COSTO MEDIO MILLON

En ese altibajo de nuestro poder naval, ligado tan íntimamente a nuestro prestigio nacional, Felipe II—comprendiendo la necesidad de disponer de una gran Flota—armó la famosa «Invencible», integrada por 139 buques, armados de 2.431 cañones y tripulados



Arriba: El destructor «Osado», navegando a toda máquina.—Abajo: Buques españoles en aguas del Atlántico

por 29.000 hombres. En total, sin embargo, toda aquella enorme Escuadra desplazaba tan sólo 58.000 toneladas; esto es, menos de la mitad del desplazamiento de nuestra Flota actual. El coste de la «Invencible» no pasó de 500.000 pesetas; esto es, una cifra estrictamente insignificante con la que no se podría soñar en construir ahora ni una sola barcaza. Toda la andanada de aquella famosa Escuadra y tan numerosa artillería no hubiera superado, en peso—y no digamos en efectos y al-

cance—, a la de nuestros veteranos y pequeños acorazados de principio de siglo el «Pelayo» y el «Carlos V». La posterior decadencia de nuestra Escuadra mereció atención especial de Fernando VI; Patiño y el marqués de la Ensenada han de ser los grandes restauradores de nuestro poder naval. Surgen los arsenales y el Colegio de Guardias Marinas. Con Carlos III, nuestra Escuadra suma 178 navíos, con un desplazamiento de 200.000 toneladas, estando armada tan importantísima Flota con 7.000 cañones. Pero Inglaterra no ve esto con gusto. Intriga hasta derribar a Ensenada y lucha con nosotros hasta abrir nuestro poderío por él creado. Y entramos otra vez en la etapa de la decadencia nacional. Y de la Marina, por consiguiente. Es menester esperar al presente siglo para que un ministro ilustre del Gobierno de Maura, el almirante Ferrándiz, llevara a las Cortes nuestro primer programa naval moderno. Tras de no pocas dificultades creadas por los intereses antiespañoles de siempre, España decidió la construcción, en 1909, de tres acorazados de 15.700 toneladas, del tipo «Dreadnought», muy en boga en el instante, así como de 22 pequeños torpederos de 180 toneladas y algunos cañoneros. De los tres acorazados dichos, uno se perdió en la costa de Melilla; otro fué hundido por una mina roja, en Santander, y el último, puesto fuera de servicio por la Aviación nacional en Cartagena.

A la ley Ferrándiz sucedió luego la de Miranda (1915), y la de Cortina después—complemento de la anterior—, que decidieron la construcción de los dos cruceros «Méndez Núñez»—su gemelo, el «Blas de Lezo», hundido en las costas gallegas—y los de la serie «Cervera», así como seis destructores y 24 submarinos. Entonces, la construcción naval era barata. Todo el plan Ferrándiz costó apenas doscientos millones de pesetas; esto es, lo que puede costar ahora un trasatlántico no muy grande, y el último de Cortina excedió poco a los cuarenta millones. El precio medio por tonelada era a la sazón: para los acorazados, de 2.870 pesetas; para los cruceros, de 2.500; para los destructores, de 6.000; para los torpederos, de 6.500, y para los submarinos, de 6.400. Cifras que ahora parecen absolutamente insignificantes.

RESTAURACION NAVAL DE POSGUERRA

Las desdichas de nuestra política terminaron por interrumpir nuestros programas navales después de la Dictadura, que tanto se afanó, a su vez, en la construcción de unidades sutiles, tal como ahora parece exactamente estar también de moda. De entonces datan los «Canarias», serie reducida actualmente a este solo buque por la pérdida de su gemelo «Balears» en nuestra guerra de Liberación. La República vino para «triturar» nuestras fuerzas armadas y para provocar escándalos, como los de cierto submarino armado en Cádiz, o sencillamente para que nuestros astilleros se emplearan a fondo en construir buques de guerra ¡para Méjico! Luego fué la guerra. Y, felizmente, la paz. ¡La

paz de Franco! Y en ella, la obra ingente de restauración de nuestro poder naval, no importan las dificultades ni las escaseces. Se compaginarían con esta necesidad las imperiosas exigencias de nuestra reconstrucción general de la posguerra, que hacía los materiales más escasos. Nada se podía traer tampoco del extranjero. Todo deberíamos hacerlo nosotros mismos aquí. Y surgió espléndida la tarea. Se reconstruyeron los arsenales y los astilleros; se poblaron las gradas de nuevas quillas; se mejoraron los armamentos y, en fin, se comenzó a andar, con tanta decisión como rapidez, por el camino de esa restauración naval española. Las últimas maniobras del golfo de Cádiz, que presenciara nuestro Caudillo, dieron una idea clara del éxito logrado al efecto. Abandonada la tarea de construcción de buques de línea en el mundo entero, España abordó, conforme a la corriente general, la de barcos menores: destructores, torpederos, corbetas, submarinos, lanchas rápidas y dragaminas. Justamente lo que más interés tenía para nosotros, y hasta me atrevo a decir que para nuestros aliados futuros y presentes. Los grandes navíos, en efecto, yacen hoy en el seno de los grandes estuarios, conservados en «naftalina».

EL PRIMER DESTRUCTOR DEL MUNDO FUE ESPAÑOL

Nuestra Flota tiene como valor principal el de la excelencia de sus tripulaciones. Magníficos jefes, bien instruidos en la nueva Escuela Naval de Marín, y excelentes marineros, reclutados a lo largo de los tres mil y pico de kilómetros que miden nuestros litorales cantábrico, atlántico y mediterráneo. Nuestra Marina, sobre gloriosa siempre, ha sido, por otra parte, progresiva como pocas. El primer buque de guerra de vapor fué español. Español fué también el primer acorazado que dió la vuelta a la Tierra. También fué español el primer destructor que hubo en el mundo, construido por nuestra Marina con planos propios, precisamente con ese nombre—del que los ingleses sacaron el de «destroyers», en un astillero británico. Y no hay que decir lo que significó el esfuerzo hispano, con Monturiol y Peral, en lo que se refiere a la navegación submarina.

En el momento presente, nuestro poder naval está representado, en lo que se refiere al material, por los buques siguientes, según datos oficiales del presente año:

CRUCEROS

«Canarias», construido en El Ferrol, en 1935. Desplaza 10.000 toneladas y es el buque mayor de nuestra Marina de guerra. Su eslora (longitud) es de 194 metros. Su manga (anchura), de 19,51, y su calado, de 6,48. La potencia de sus máquinas es de 90.000 caballos; su velocidad máxima, de 33,5 millas, y su autonomía, de 8.000 millas. Puede cargar 2.650 toneladas de petróleo, y va armado de ocho piezas de 203 milímetros, ocho de 120 (antiaéreas) y 12 de 37 milímetros; tres ametralladoras de 20, todas ellas igualmente antiaéreas, y de doce tubos lanzatorpedos de 533 milímetros.

«Galicia», construido igualmente en El Ferrol, en 1925. Desplaza 7.500 toneladas. Su eslora es de 177 metros; la manga, de 16,8, y el calado, de cinco. La potencia de máquinas es de 82.000 caballos. La velocidad, de 34 nudos, y la autonomía, a 15 nudos, de 5.000 millas. Arma ocho piezas de 152 milímetros, cuatro de 105 (antiaéreas), dos de 47; ocho de 37, y tres de 20, igualmente antiaéreas. Dispone de 12 tubos de lanzar, de 533 milímetros.

«Almirante Cervera», es gemelo y contemporáneo del anterior.

«Miguel de Cervantes», igualmente gemelo, construido tres años después en el mismo astillero gallego.

«Méndez Núñez», construido también en El Ferrol, en 1924. Desplaza 4.500 toneladas; su eslora es de 142 metros; la manga, de 14, y el calado de 5,5. La potencia de máquinas es de 45.000 caballos, siendo la velocidad máxima de este barco de 29 nudos. A la de 13, la autonomía es de 3.000 millas. El armamento comprende ocho cañones de 120 (antiaéreas); 10, de 37, y ocho, de 20, también antiaéreas. Está igualmente armado de seis tubos de lanzar.

DESTRUCTORES

Esta clase de navíos, relativamente numerosos en nuestra Flota, consta de diferentes tipos.

Serie «Oquedo», construido en El Ferrol, desplaza 1.950 toneladas, siendo la eslora de 116 metros; la manga, de 11, y el calado, de 3,7. La potencia de máquinas es de 60.000 caballos; la velocidad, de 39 nudos; la autonomía, a 20, es de 5.000 millas. El armamento lo componen seis piezas de 120 (antiaéreas) y 6 de 40, también de la misma clase.

A esta misma serie pertenecen los destructores «Roger de Lauria» y «Marqués de la Ensenada», todos ellos construidos en el mismo astillero.

Serie «Jorge Juan», de 2.200 toneladas; eslora, 101,50 metros; manga, 9,85; calado, 3,7; potencia, 40.000 caballos; velocidad, 35 nudos; autonomía, a 14, de 4.500 millas. Armamento, cuatro piezas de 120 milímetros; cinco de 20 (antiaéreas) y seis tubos de lanzar. Se construyó este buque en Cartagena, en 1936.

Son similares a este barco los destructores «Sánchez Barcáiztegui» (1928), «José Luis Diez» (1929), «Lepanto» (1930), «Churrucá» y «Alcalá Galiano» (1931), «Almirante Valdés», «Almirante Antequera», «Almirante Miranda» y «Gravina» (1934), «Escapion» (1935), «Ciscar» y «Ulloa» (1936), «Liniers» (1949) y «Alava» (1950). Todos construido en el propio astillero de Cartagena.

Serie «Velasco», construido en Cartagena también; de 1.050 toneladas; eslora, 86,5 metros; manga, 8,23, y calado, tres; potencia de máquinas, 33.000 caballos; velocidad 34 nudos, y autonomía, navegando a 15, 2.500 millas. Armamento, tres cañones de 102 milímetros, dos de 47 y cuatro tubos de lanzar de 533.

Son unidades de este tipo, además del anterior, construido en 1922, el «Velasco» (1923) y «Juan Lazaga» (1924).

TORPEDEROS

Serie «Audaz» (1953), construido en El Ferrol, con un despla-

miento de 1.000 toneladas; eslora, de 93 metros; manga, de 9,40; calado, 3,1. Su potencia de máquinas es de 28.000 caballos; La velocidad es de 33 nudos y la autonomía, a 15, 3.800 millas. Va armado este barco de tres piezas de 105 (antiaéreas); cuatro de 40, de la misma clase también, y seis tubos de lanzar.

De esta serie están en construcción, del mismo modo en El Ferrol del Caudillo, los buques «Osador», «Meteoro», «Rayo», «Furo», «Ariete», «Temerario», «Intrépido» y «Relámpago».

MINADORES

Serie «Júpiter», construido en El Ferrol del Caudillo, en 1935, con un desplazamiento de 2.100 toneladas, siendo la eslora de estos barcos de 100 metros; la manga, de 12,69, y el calado, de 3,80. La potencia de máquinas es de 5.000 caballos; la velocidad, de 18,5 nudos, y el armamento lo constituyen cuatro piezas de 120 milímetros, dos de 76, dos de 20 y tres de 40 (antiaéreas). Transporta 264 minas.

Los buques gemelos del anterior son: «Vulcano» (1935), «Marte» (1936) y «Neptuno» (1937).

Serie «Eolo», construido en 1936, en El Ferrol del Caudillo, con 1.500 toneladas; eslora, 84,73 metros; manga, 11,74, y calado, de 3,05. La potencia de máquinas es de 5.000 caballos; la velocidad, de 18,5 nudos, y el armamento, de cuatro piezas de 100 (antiaéreas); cuatro de 40, que lo son igualmente, y cuatro ametralladoras de 13, más 70 minas.

Pertenece a esta serie el «Tritón» (1936), construido en el mismo astillero.

CANONEROS

Serie «Pizarro», construido en El Ferrol del Caudillo, en 1946, desplazando 1.700 toneladas; tiene 93,2 metros de eslora, 12,1 de manga y 3,4 de calado. Su potencia de máquinas es de 5.000 caballos; la velocidad, de 20 nudos, y la autonomía, a 15, de 3.000 millas. El armamento de este buque está compuesto por seis piezas de 120 (antiaéreas) y ocho de 37, que también lo son, al igual que otras seis de 20.

Los gemelos de este cañonero son: «Hernán Cortés» (1947), «Vasco Núñez de Balboa» (1946), «Martín Alonso Pinzón» y «Magallanes» (1945), «Vicente Yáñez Pinzón» (1949), «Sarmiento de Gamboa» (1950) y «Legazpi» (1951). Todos ellos han sido construidos en El Ferrol del Caudillo, asimismo.

«Calvo Sotelo», construido en 1934, en Cádiz, con un desplazamiento de 2.400 toneladas; 95 metros de eslora; 12,20, de manga, y cuatro de calado. La potencia de sus máquinas, es de 5.000 caballos; la velocidad, de 18,5 nudos, y el armamento consiste en dos piezas de 101,6, dos de 57 y una de 13 (antiaérea).

«Cánovas del Castillo», construido en 1922, en Cartagena, con un desplazamiento de 1.300 toneladas; eslora, de 80 metros; manga, de 10,23, y calado, de 4,20. La potencia de máquinas es de 1.700 caballos; la velocidad de 15 nudos, y la autonomía, de 6.500 millas, a 10,5 nudos de marcha. Va armado este barco de cuatro piezas de 101, dos de 76 (antiaéreas) y dos de 20, que lo son asimismo.



Mister Charles Thomas, secretario de Marina de Estados Unidos, conversa con nuestro Ministro de Marina, almirante Moreno, y el embajador, mister Dunn, a su llegada a Madrid

CORBETAS

Serie «Descubierta», en construcción en Cartagena, de 880 toneladas; 75,5 metros de eslora, 10,20 de manga y 5,20 de puntal. La velocidad es de 18,5 nudos, y la autonomía de 3.000 millas. Van armados estos buques de una pieza de 105 milímetros, cuatro ametralladoras de 40, cuatro morteros lanzacargas y dos varaderos.

Pertenece a esta serie, toda en construcción en los mismos astilleros, las corbetas «Atrevida», «Princesa», «Diana», «Nautilus» y «Villa de Bilbao».

SUBMARINOS

Tipo «G», de 760 toneladas; 67,10 metros de eslora, 6,18 de manga y 4,33 de calado. La velocidad, en superficie, es de 17,5 millas y, en inmersión, de ocho. Van armados de una pieza antiaérea de 88 y otra de 20, de la misma clase y cinco tubos de lanzar torpedos, de 533 milímetros.

Los sumergibles de este tipo son cinco: el «G-7» fué construido en Alemania, y sus gemelos «G-1», «G-2», «G-3» y «G-4» se construyen en Cartagena.

Tipo «D», con desplazamiento de 1.050-1.370 toneladas, 84 metros de eslora, 6,64 de manga y cuatro de calado. Van armados de una pieza de 120, dos ametralladoras y seis tubos de lanzar torpedos, de 533. Forman esta serie los sumergibles «D-1» (1947), «D-2» (1951) y «D-3» (1954), construidos también en Cartagena.

Tipo «General Mola» (1931), de

1.000 toneladas, con 70,5 metros de eslora, 6,9 de manga y 3,4 de calado; movido por dos motores Diesel de 3.000 caballos y otros dos eléctricos de 1.300. La velocidad, en superficie, de estos navíos es de 18 nudos y, en inmersión, de 8,5. Van armados de dos piezas de 100, dos ametralladoras antiaéreas y ocho tubos lanzatorpedos de 533.

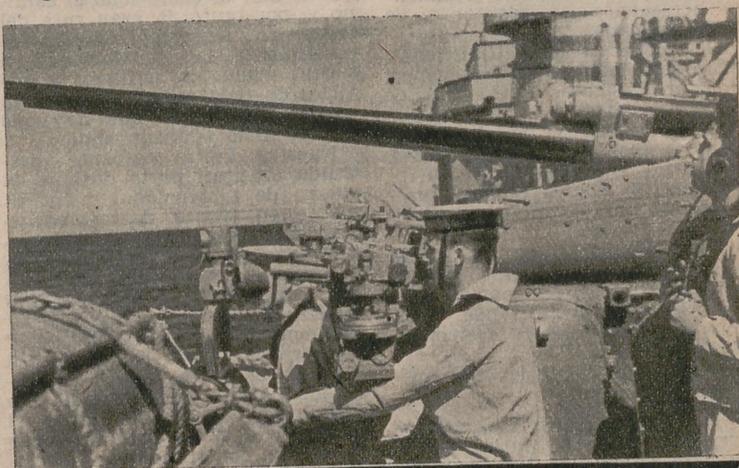
Con el «General Mola» forma serie el «General Sanjurjo». Se construyeron ambos en Tarento (Italia).

LANCHAS TORPEDERAS

Forman la serie «L. T.» catorce embarcaciones iguales, numeradas del 21 al 34, inclusive. Hay construidas 10, y están en construcción las otras cuatro. El desplazamiento de estas embarcaciones es de 120 toneladas; su eslora, de 34,8 metros; la manga, de 5,1, y el calado, de 1,39. La potencia es de 2.960 caballos; la velocidad, de 38 nudos, y la autonomía, a 30, de 1.000 millas. Van armadas de dos piezas de 20 milímetros (antiaéreas), como las cuatro piezas que también arma de 7,92, así como dos tubos de lanzar, de 533.

DRAGAMINAS

Serie «Bidasoa» (1946), de 615 toneladas y una eslora de 61,90 metros; manga, de 8,5, y calado, de 2,2, potencia, de 2.400 caballos; velocidad, de 16,5 nudos, y autonomía, a 10, de 3.000 millas, y armados de una pieza de 105, otra de 37 y dos de 20, todas antiaéreas.



Maniobras a bordo del «Miguel de Cervantes», en aguas del Cantábrico

Hay construidos los buques de este tipo, además del citado, «Nervión» y «Lerez» (1946), salidos de los astilleros de Cartagena; «Tambre», de los de El Ferrol (1946); «Segura», «Ter» y «Tinto», de los de Cartagena, en 1949 los dos primeros, y en 1953 el último, y están en construcción, en La Carraca (San Fernando), el «Eume», «Almazora» (1), «Navia» y «Eo». El «Guadalhorce» está en servicio desde 1953, y ha sido construido en el mismo astillero.

Para completar el cuadro de nuestra flota activa hay que añadir aun a la lista la relación de otros buques sin valor militar, aptos para ciertos servicios y auxiliares, como los guardacostas («Pegaso» y «Proycción», modernos, y los veteranos, de la misma clase, «Arcila», «Uad Quert» y «Xauen»; los buques escuela «Galatea» y «Juan Sebastián Elcano»; los planeros «Malaspina» y «Tofiño», «Juan de la Cosa», «H-2» y «H-3»; los transportes «Contramaestre Casado», «Almirante Lobos», «Platón» y «Tarifa», y el petrolero «X», que se construye en Cartagena; los remolcadores «Argos» (de altura) y los de la serie «R. R.», números 10, 19, 20, 28 y 29 (de rada); los guardapescas «Centinela», «Serviola», y «Sálvora», y los de la serie del «Cabo Pradera», y serie «V», números 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 17, 18, 19, 20 y 21, así como las barcasas de desembarco.

UNA TECNICA NAVAL DEPURADA

En resumen, poseemos:

Cinco cruceros, de ellos uno grande, tres medios y uno pequeño, especializado este último como buque antiaéreo. Estos barcos, en general los más antiguos de nuestra Flota, datan del período 1924-1935. Todos ellos han sido modernizados, sin embargo, últimamente. Desplazan estos cruceros 37.000 toneladas en total. No hay ninguna unidad más de estas clases en construcción.

Veintitán destructores, de solo dos series: una de 1.000 toneladas (tres unidades) y otra de 2.200 (quince). La edad de estos barcos está comprendida entre 1928 y 1949. Total desplazamiento de estos destructores, 36.300 toneladas. No hay en construcción más buques de esta clase.

Nueve torpederos, de 1.000 toneladas, de ellos uno solo en servicio y el resto en construcción avanzada. Se trata, pues, de unidades muy modernas. El desplazamiento de esta serie, totalmente homogénea, es, por tanto, de 9.000 toneladas.

Seis corbetas, de 880 toneladas, en construcción, serie homogénea, con un desplazamiento total de 5.280 toneladas.

Diez cañoneros, de ellos ocho homogéneos, de 1.700 toneladas, modernos, en total con 17.500 toneladas. El «Calvo Sotelo», posiblemente, será adaptado al servicio hidrográfico.

Seis minadores, de los cuales dos pertenecen a un tipo de 2.100 toneladas y los otros cuatro a otro de 1.500, con un total de 11.400 toneladas, unidades modernas todas ellas.

Diez submarinos, de ellos cua-

(1) Este dragamina acaba de ser entregado a la Marina estando este artículo en la imprenta.

tro en construcción adelantada, con un total de 9.000 toneladas de diversos tipos, aunque predomina el «G» (cinco unidades).

Catorce lanchas rápidas, con 1.700 toneladas de desplazamiento global, de cuya serie falta por terminar la construcción de cuatro.

Catorce dragaminas, modernos y homogéneos, de ellos cinco en construcción.

Nuestra técnica naval es depurada. Los astilleros españoles han construido para diferentes Marinas del mundo buques militares: un barco escuela para Chile; los destructores «Cervantes» y «Juan Garay», para Argentina, y para Méjico, los cañoneros «Durango», «Potosí», «Guanajuato» y «Querétaro», así como diez guardacostas de la serie «G», además de barcos mercantes para otros muchos países más.



El «Nalón», uno de los primeros navios entregados a la Marina española por el Gobierno de Estados Unidos

NUESTRA FLOTA MERCANTE ES LA DECIMOTERCERA DEL MUNDO

En realidad, el poder naval de una nación no puede, sin embargo, medirse sólo por su Marina de guerra. Importa mucho también la propia Marina Mercante, porque el mar es sobre todo el camino y, por tanto, la gran ruta del transporte. Importan también, especialmente, las instalaciones en tierra: arsenales, astilleros y servicios de todo orden. He aquí un cuadro de valores que hay que aludir, si no analizar, aquí.

Nuestra Flota mercante, destruida en gran parte durante la guerra de Liberación e idénticamente en trance de su reconstrucción hasta doblar nuestro actual tonelaje, es la décimotercera del mundo. La integran 460 vapores, con 798.000 toneladas; 149 modernas motonaves, con 334.000; 130 motoveleros, con 23.000, y 17 veleros, con 3.000. En total, 756 buques, con cerca de 1.200.000 toneladas. A esta estadística del año último hay que añadir otros 13 barcos, con 42.000 toneladas, que había en construcción a principios de 1954. Dentro de nuestra

Marina Mercante, merece una referencia especial nuestra flota petrolera—la duodécima del mundo—, integrada por 32 buques-tanques especiales, todos ellos modernos, con un desplazamiento total de 200.000 toneladas. Muy importante es también, como elemento auxiliar, nuestra abundante flota pesquera, en gran parte, igualmente moderna, así como la marina auxiliar de los puertos.

PUERTOS MILITARES BIEN «UTILADOS»

Nuestros grandes puertos militares están bien «utilados». La Marina de guerra dispone de los siguientes diques de más de cien metros de longitud: El Ferrol del Caudillo (dos); La Carraca, San Fernando (tres); Cartagena (tres) y uno más pequeño para submarinos, y Mahón (uno). A esta relación hay que añadir los diques particulares existentes también superiores a los cien metros de longitud, y que son: Bilbao, Constructora Naval (uno), Euskalduna (tres); Santander (dos); Gijón (dos); El Ferrol del Caudillo (uno); Cádiz, Matagorda (uno), Empresa Bazán (dos) y Empresa Nacional Elcano (uno), este último, de 234 metros, es el más grande de España; Cartagena (dos); Valencia (uno), y Barcelona (uno). En Santander se disponen a construir el dique mayor de la Península.

Nuestra construcción naval ha progresado rápidamente al iniciarse la reconstrucción naval española; primero nació nuestra Constructora Naval; últimamente, la Empresa Nacional Bazán, de nuestro Instituto Nacional de Industria. El Ferrol ha construido nuestros mayores buques de guerra y bastantes de nuestros destructores y cañoneros. Cartagena, principalmente, submarinos y otras unidades menores. Pero sobre todo el litoral han surgido diversos astilleros de importancia variable. Los principales se encuentran situados, por orden alfabético, en Alicante, Asturias (Cantábrico, Ojeda, etc.), Cádiz (Naval, Bazán y Astilleros de Cádiz), Cartagena (Bazán), Ferrol (Bazán, etc.), Guipúzcoa, La Coruña, Santander (Corcho y Astillero), Valencia (Unión Naval de Levante), Vigo (Barreras, etc.) y Vizcaya (Euskalduna, Naval, Cadagua, etc.). En Sevilla se construyen actualmente unos modernos y amplísimos astilleros. Son factorías de importancia naval y militar las fábricas de artillería de Reinos y de San Fernando, la de maquinaria auxiliar de Manises, las de radio y radar de las proximidades de Madrid, así como las instalaciones de fabricación de minas, en las bases navales.

EL ALMIRANTE CARNEY, EN ESPAÑA

Tras de los viajes de nuestros Ministros del Aire y del Ejército, generales Gallarza y Muñoz Grandes, a los Estados Unidos, las visitas del secretario de Marina, Charles Thomas, y del almirante Carney, jefe de Operaciones del Estado Mayor norteamericano, tienen elocuente significación. No podían, en efecto, quedar los acuerdos hispanoamericanos del papel. Es menester asegurar la paz. Y los Estados Unidos y Es-

paña están decididamente dispuestos a ello, aunque el mundo occidental se muestre tan esquivo y vacilante. Por esta misma razón, la labor de los pueblos de buena voluntad es más urgente y apremiante.

Los contactos anunciados ahora se concretan a los problemas de la cooperación naval. Alguien podrá extrañarse de que una potencia tal cual es la poderosa República de Norteamérica, la moderna «Thalassocracia» de nuestros tiempos, con un poder naval enormemente superior al de todas las demás Flotas y desde luego mucho mayor que el de las supuestas Marinas rivales, pueda interesarle la cooperación de otras Marinas. Sin embargo, tal argumentación—se está viendo ahora claro—es falsa. Las guerras modernas son una integración. Una suma de elementos de todas clases de los bandos íntimamente coaligados. Todo sumando tiene, por tanto, un valor inapreciable. Pudiera ser, por pequeño que parezca, decisivo quizá mañana. La guerra en el mar requiere, por la mera amplitud del medio físico, un esfuerzo y medios gigantescos. Todas las Marinas del Occidente movilizadas y todo el empeño colosal de los astilleros empeñados a fondo en la producción en serie será indispensable, sin duda, si la guerra estallara algún día. Se trata de asegurar el tráfico por el océano, apoyar a miles y miles de buques, en un movimiento de cadena sin fin, de grandes convoyes, transportando centenares de miles de toneladas de mercancías, municiones, petróleo, material de guerra, en fin, de todas clases, y tropas, naturalmente, inclusive también.

INTERES DEL ESTADO MAYOR AMERICANO EN LA APORTACION NAVAL ESPAÑOLA

Además, la Marina no sólo son barcos; son bases, diques, astilleros, arsenales y servicios en tierra, en fin. Misiones diversas de colocar o rastrear minas, hacer convoyes, lanzar exploraciones, bombardear costas o defenderlas, asegurar rutas, amagar el tráfico enemigo, desembarcar o evitar desembarcos, apoyar ejércitos o combatirlos, escoltar portaaviones y tantos cometidos más que pudieran citarse. Todo apoyo es, pues, tanto más valioso para América por cuanto que a la falta de amigos sólidos se añade la necesidad de cooperación para una flota muy alejada de sus bases nacionales y obligada, sin embargo, a permanecer en el Mediterráneo. Tal es la razón por la que el Estado Mayor americano tiene señalado interés en nuestra aportación naval, no sólo facilitando el apoyo de las bases de Cádiz y de Cartagena, sino también el de nuestra Escuadra activa. Más de mil quinientos millones de dólares—esto es alrededor de sesenta mil millones de pesetas—han gastado los americanos en incrementar el poder naval de los países anticomunistas, más o menos decididos, del Occidente europeo, durante los cinco últimos años. España misma comenzó por recibir la aportación de un primer dragamina, el «Nalón», de construcción americana, y ahora la de otro nuevo buque de esta clase, de 44 metros de eslora, el «Llobregat». Pe-

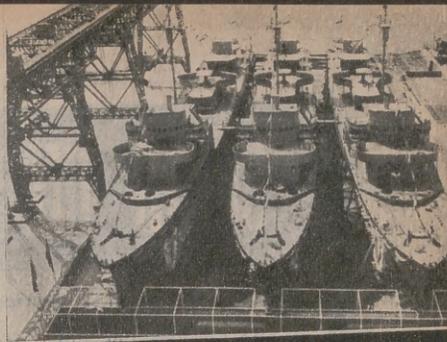
ro, ello aparte, los Estados Unidos comprenden la necesidad de fomentar nuestra Flota, probablemente con ayudas que permitan intensificar los programas españoles y acelerar la construcción pendiente, y sobre todo también la precisión de remozar nuestros buques. La técnica naval evoluciona de prisa y es preciso, constantemente, modificar y modernizar las unidades. Se han citado hace algunos días en la Prensa yanqui las manifestaciones al efecto del almirante Combs, que aseguraba la decisión de mejorar las direcciones de tiro de algunas de nuestras unidades, así como las transmisiones. Una oficina de enlace—se adelantó—había ya sido instalada a tal efecto. La modernización, siempre necesaria en todas las flotas—y la nuestra no podía ser, por tanto, una excepción—, entra realmente en el programa de ayuda, y a los dos Gobiernos de Madrid y de Washington no les resta ya sino determinar los buques que deban de ser reformados. Se trata de adaptar los últimos adelantos, entre ellos los de la electrónica. Ciertas informaciones procedentes de los Estados Unidos, confirmando nuestra tesis, convienen que se estima valiosa la cooperación de la Flota española, sobre todo en el Mediterráneo. El periodista Main, últimamente, en unas informaciones sobre el papel estratégico de España, ha recordado la frase de Bergquist: «Queremos que España tenga una Marina eficaz», como punto de partida de estas conversaciones. La modernización de la Flota implica, por cuanto decimos, la modernización también de los talleres auxiliares y de las instalaciones de todo orden de nuestra Marina.

LAS BASES ESPAÑOLAS SON LAS MAS SEGURAS

España tiene una misión en el mar. El mar es la ruta de nuestro comercio. Nos es, por tanto, imprescindible. Al mismo tiempo, los Estados Unidos no tienen en Europa, y singularmente en el Mediterráneo, bases estratégicamente más seguras, contra todo género de enemigos, que las de la Península. Multiplicaremos su poder con nuestro apoyo geográfico; compartiremos su gloria con nuestro apoyo en el mar. Que les es, por tanto, indispensable. «Temos—dijo un día el Caudillo—exactamente en nuestras manos la entrada de «ste mar.» «Dados los nuevos armamentos—añadió—, este hecho adquiere caracteres insospechados. Es absolutamente imposible prescindir de España al hablar del histórico mar. No podemos estar ausentes de ese problema ni es admisible que se nos desconozca...»

Franco tuvo, bien se ve, la intuición genial, a su tiempo también, de este problema esencialísimo español, cuando los más no pensaban siquiera en él. Gracias a su previsión España está también aquí en su puesto; junto a Portugal, nuestro hermano «siamés» y peninsular del Atlántico, y del brazo de la más poderosa nación de la tierra. El gran bloque iberoamericano es, sin duda alguna, el más eficiente, estratégico y saneado bastión del mundo anticomunista occidental. ¡El baluarte más sólido!

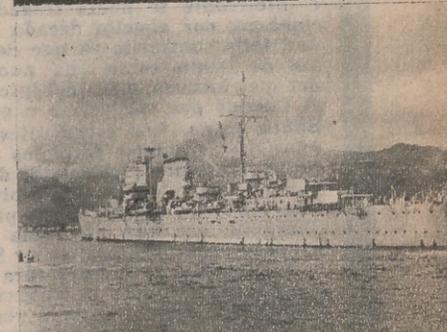
HISPANUS



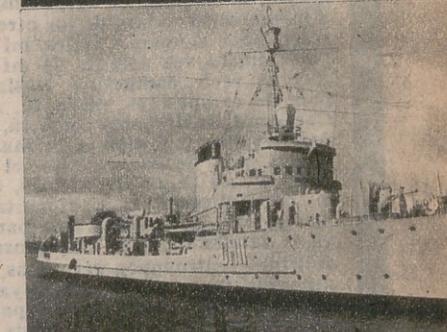
Vista de los astilleros de El Ferrol del Caudillo



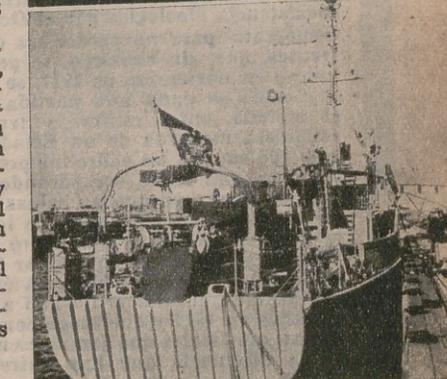
Flotilla de destructores españoles en un puerto del Cantábrico



El «Canarias», crucero pesado de Marina española



Dragaminas «Almazora» y «Llobregat», abajo



CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

Señor Antonio (a) Cerricos (a) Carapena

FUÉ dudando entre escribir a ti o a don Fernando de los Ríos, de quien fui alumno, en la Universidad de Granada, de Derecho Político, y de quien aprendimos que no se debe decir Moscú, sino Mescowa, pues en el idioma ruso no hay palabras agudas. Don Fernando era un profesor socialista que vivía confortablemente, casi sibaríticamente, gastando corbatas de seda, que entonces le costaban cuatro duros, y uniendo los bolsillos de su chaleco con una cadenita de oro. Don Fernando nos contaba cómo había conocido al príncipe Kropotkin (uno de los inventores del anarquismo) en Londres, donde le había enseñado los fundamentos de su teoría mostrándole una bandada libérrima de pájaros, y cómo se había enfrentado con Lenin en el Kremlin al pedirle cuentas sobre la libertad, y cómo Lenin le había respondido: «¡Libertad!, ¿para qué?». Don Fernando había escrito un libro después de su viaje a la Rusia de los soviets, obteniendo la conclusión de que aquello era un triunfo tardío de Bizancio, un fenómeno oriental en que una Iglesia, cismática e intolerante se había tragado al Estado. Sin embargo, por aquella década Spengler sostenía una tesis contraria, ya que definía al comunismo de Lenin como una nueva manifestación del «petrinismo», o sea del intento del Zar Pedro el Grande por europeizar u occidentalizar a la Santa Rusia. Los estudiantes de hace treinta años nos sentíamos perplejos entre las disputas de los profesores, los relatos de los sindicalistas y de los líderes obreros que volvían de allí con el rabo entre las piernas y los panfletos del señor Churchill, que aun no había comido caviar y trineado vodka junto al señor Stalin. Mucha era la fascinación de la literatura rusa, que se encargaba de difundir la Colección Universal de la Editorial Calpe; pero, a pesar de tanto embrujo eslavo, nuestro anticomunismo data ya de esa fecha, o de una fecha anterior, del mismo marzo de 1917, cuando, ante unos titulares escandalosos de los periódicos por el destronamiento de Nicolás II, aquel Emperador borracho y melancólico, primo de los otros dos Emperadores rivales, alemán e inglés, mi padre pronunció por primera vez delante de mí el vocablo «mu-jik», es decir, campesino. Rusia era un enorme país de campesinos, como tú, Antonio Cerricos Carapena, analfabeto como tú, a quien los aliados llevaban y traían a la manera de una inmensa bola de carne; esto, el rodillo ruso. Si Jorge V era primo de Nicolás, también era primo de Guillermo II, el autócrata prusiano; pero, ahora bien, o entonces mal para los ingleses, o ya la sangre familiar más consanguínea por los múltiples entronques germanos, o ya la concomitancia de la autoarocracia, o ya el resultado de tantas palizas recibidas de parte del Ejército teutón, ocasionaron una crisis en Rusia, una tendencia hacia la paz o la alianza con los tudescos, que no tuvo más remedio el Servicio Secreto inglés que intervenir e imponer la democracia y el liberalismo de Kerenski, esto es, la coexistencia ideológica con el Occidente liberal y democrata para no perder las divisiones en los frentes, que, sin embargo, se perdieron; porque Lenin, en noviembre de 1917, se apoderó del Poder como se gana una partida de ajedrez, por el método, entre militar y tecnológico, de la conquista moderna de un Estado. En marzo de 1917 fué cuando mi padre me predestinó a que te dirigiera esta carta, comparándote con los campesinos rusos, aunque no sabías leer ni escribir, en vez de a don Fernando de los Ríos, que vio la cosa a medias o que cerró los ojos, como cuantos se empeñan en olvidar los presupuestos militares de la revolución soviética, que es un implacable militarismo llevado a la práctica por paisanos en 1917 y que luego continuaron y continúan mariscales que jamás escucharon un tiro. Es la diferencia que hay entre Eisenhower y Stalin.

El marxismo se hubiese quedado en una doctrina más de cátedra o en un análisis económico sobre la plusvalía en las hilaturas manchesterianas de algodón, si Federico Engels, el hijo del fabricante de Manchester, no se hubiese hospedado en una pensión alemana, donde un capitán algo trampo se dejó en prenda una maleta con libros de estrategia militar. Así conoció Engels a Clausewitz, el autor de la famosa frase de que la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios, y así Carlos Marx, por contagio de un amigo, pudo salir de su pedantería y tener en las manos las probabilidades del éxito, si aplicaba las fórmulas militares que habían vencido a Napoleón en el terreno de la política. El rigor, los arduos, el realismo de la guerra que se tiene que ganar fué lo que tomaron Marx y Engels de aquel general de Prusia con facha de poeta romántico, de aquel general tan enemigo de Bonaparte. Lenin estudió y anotó un ejemplar de la obra de Clausewitz sobre la guerra, considerándole como la clave fundamental de su política, para la que necesitó la industrialización de su patria, sin detenerse ante el terror, la crueldad, el engaño, la mentira. Tras Lenin, todos los demás han sido discípulos manipulando también con la mentira, con el engaño, con la crueldad, con el terror, empleados dentro y fuera de sus fronteras. El partido comunista, que es una minoría en un pueblo gigantesco de campesinos con fábricas imprescindibles para mantenerse y expansionarse por la fuerza, tiene que proseguir de este modo hasta el fin, porque de otro modo dejaría de existir, volatilizándose su razón de ser, el secreto de su fundación. Por eso es una tiranía insostenible que mantiene en vilo y con el alma en un hilo al país gigantesco, como si se encontrara en estado permanente de asedio, hasta con la fantasía razonada.

De vez en cuando la Policía les advierte que es más fácil corromper a los intelectuales de Occidente pobretones y medrosos, a las solteronas del partido laborista, a los políticos fuleiros y ambiciosos, al déjén de Canterbury, que prolongar la convivencia entre los rusos que quieren vivir como les mandan sus instintos y sus iconos. Lenin abrió la tijera, según su célebre metáfora, y se instauró la N. E. P.; más tarde fué autorizado el «kulak», una especie de estraperlista; por último, es permitido el millonario. Al morir Stalin, hubo un respiro inmenso en Rusia, aprovechado por el partido para instaurar propagandísticamente la coexistencia; pero es la coexistencia de los rusos entre sí, que beneficie a los planes militares de Malenkov y de su pandilla, que asimismo instauraron el mando colegial, el mando de unos cuantos. Stalin, no obstante su habilísima astucia, había sido demasiado monolítico.

Y no hay más coexistencia, señor Antonio Cerricos Carapena y señores míos de Oriente y de Occidente, a pesar de los brindis del Kremlin, donde, como recordaba el antiguo embajador rumano Gafenko, se ha brindado en la ocasión del 7 de noviembre por Dios y el diablo, por el tratado germanosoviético en 1940, en presencia de alemanes hitlerianos, italianos fascistas y de japoneses, y por la amistad rusoamericana, delante de Carlos Bohlen y del emisario de Tito. La cuestión es pasar aquel rato de una manera agradable, como si todo fuera verdad y tras la borrachera de los rusos hubiese un ímpetu dionisiaco de fundir los corazones reacios. Recuerda Gregorio Gafenko que en 1940 se habían colgado de cada brazo de Molotov dos embajadoras occidentales, y con esta preciosa carga, no obstante el volka injerido, Molotov marchó adelante; porque acaso Molotov no estaba borracho. Tú, Antonio Cerricos Carapena, si que te emborrachabas de verdad, cual un Noé rústico y analfabeto. Ojalá que el Occidente, que Norteamérica, no se embriaguen con los brindis rusos. España, en este caso, es abstemia.

NASSER-NAGUIB

DUELO POR LA JEFATURA DE LA REVOLUCION

LA HERMANDAD MUSULMANA CONTRA EL ESTADO



La experiencia republicana egipcia se ha convertido en una caja de sorpresas.

En lo que va de año hemos asistido a varios cambios espectaculares. El 25 de febrero, el Consejo de la Revolución anunció la dimisión del general Naguib de los tres cargos que desempeñaba: Presidente de la República, presidente del Consejo de ministros y presidente del Consejo de la Revolución. El ministro de Orientación Nacional, Salah Salem, le acusó de conspirar para erigirse en dictador.

No es fácil comprender cómo se podía lanzar tal acusación contra un hombre que, de hecho, concentraba en sus manos todo el Poder, a través de las tres Presidencias más arriba enumeradas.

Doce días más tarde, Naguib era restituído a su cargo de Presidente de la República. La explicación que dió entonces el mismo Salah Salem dejó atónito a todo el mundo:

—Ha sido una nubecilla de verano.

Ahora, por segunda vez, Naguib ha sido obligado a dimitir. Se le acusa de conspirar, juntamente con la Hermandad Musulmana, contra la vida de Abdel Nasser, presidente del Consejo de ministros. Y contra los miembros del Consejo de la Revolución.

Salah Salem ha anunciado que Naguib no será procesado. ¿Otra nubecilla de verano?

EL DUELO NAGUIB-NASSER

Resulta extremadamente difícil hallar una explicación de estos hechos, máxime cuando son gestados en el seno de la todopoderosa Junta Revolucionaria o Consejo de la Revolución, del que el Gobierno no es más que un instrumento ejecutivo. La relación existente entre ambas entidades corresponde, más o menos, a la que existe en Rusia entre el Gobierno y el Politburo.

Nos referimos, claro está, no a una relación de ideas, sino de poderes.

Todo parece indicar que el origen de la crisis interna que viene padeciendo la República egipcia, prácticamente desde su fundación, está en la rivalidad personal de



He aquí dos fotografías donde se ve juntos a Nasser y Naguib, cuando aún brillaba la estrella política del depuesto Presidente de Egipto

Mohamed Naguib y de Gamal Abdel Nasser. Es muy posible que esa rivalidad sea un trasunto de la que, sin duda, existe entre el Gobierno y el Consejo de la Revolución.

Lo primero simplifica mucho las cosas. Hay más de una razón para creer en esta pugna personal, en esta disputa del Poder, que ha debido ser encamizada entre bastidores, trascendiendo solamente al público sus episodios más notables.

Cuando, en febrero de este año, se anunció la dimisión de Naguib, varios miembros del Consejo de la Revolución dijeron que el general, considerado como el «strong man» u «hombre fuerte» de Egipto, no era, en realidad, más que el hombre de paja de la República; se dijo también que Naguib se había enganchado al carro victorioso de la Revolución, cuando ésta ya estaba en marcha, sin haber participado en sus preparativos ni en su planteamiento político. Se trataba, en

una palabra, de un «advenedizo», que había sido elegido para tan alto destino debido a su popularidad en el Ejército, conquistada durante su campaña en Sinaí, en el curso de la catastrófica guerra con Israel, de la que salió con tres balazos graves.

Desde luego, la popularidad de Naguib era incontestable, primero, entre los soldados y oficiales del Ejército; después, entre el mismo pueblo, entre la humilde legión de los «fellaghas», que veían en él su esperanza de redimirse de la pobreza a que les había condenado el régimen oligárquico de los bajeas, terratenientes feudales.

Precisamente, la vuelta de Naguib doce días después de abandonar sus cargos, se atribuyó a su comprometedor popularidad, sin duda mal calculada, en sus efectos inmediatos, por los otros miembros del Consejo de la Revolución.

En cambio, el 25 de febrero se reveló, por la misma fuente, que, en realidad, el hombre que mandaba en Egipto, el cerebro de la Revolución, era Gamal Abdel Nasser. Este joven oficial del Ejército, desempeñó el papel de eminencia gris durante los primeros tiempos de la Regencia y de la República. Su nombre era desconocido para todo el mundo, excepto para los círculos más conspicuos del nuevo régimen. Pasó bastante tiempo antes de que trascendiese a la Prensa internacional el hecho de que Nasser era algo más que una eminencia gris. Y esto ocurrió, porque los embajadores inglés y norteamericano en El Cairo, en el momento en que se replanteaban a lo vivo las cuestiones de la evacuación del canal de Suez y del Sudán, descubrieron que la política exterior egipcia era dirigida prácticamente por Nasser, en la penumbra de la Presidencia del Consejo de la Revolución.

La consagración de Nasser como prohombre de la República ocurrió el 8 de junio de 1953. En esa fecha, Naguib le nombró vicepresidente de la República. El golpe de Estado del 25 de febrero había de convertir a Nasser en presidente del Gobierno y en presidente del Consejo de la Revolución. El regreso de Naguib no significó una merma de poder para su ex Delfín, pues la Presidencia de la República pasó a ser un cargo meramente representativo, como hemos dicho más arriba.

«DOBBAT EL AHRAR.»

Vayamos ahora al origen posible de la rivalidad entre Naguib y Nasser. Hemos de remontarnos, como punto de partida, a la guerra con Israel.

Estos dos hombres se baten brillantemente. Naguib, al frente de su batallón de fusileros, estuvo durante toda la campaña en primera línea. Ya hemos dicho que fué herido tres veces. Nasser, que en julio de 1948 era comandante, mereció el título de «el Tigre de Faluba».

Esta desgraciada guerra la perdió, entre otros, Egipto; pero sobre todo, el Rey Faruk y su Monarquía. Porque fué en las trincheras del desierto del Negeb donde se fragó la tormenta que había de estallar años más tarde delante de las verjas del palacio de Ras El Tin, donde se hallaba Faruk el día que se desencadenó la Revolución.

El Ejército egipcio, que partió para la lucha lleno de entusiasmo, sufrió una amarga decepción y un gran quebranto en su prestigio, que era la esperanza del mundo árabe. Después de la Revolución, alguien pudo escribir estas palabras atroces:

«Nuestro Rey y nuestros generales nos habían prometido la victoria y la gloria, pero habían vendido la pólvora de nuestros cartuchos, y aunque nosotros pusiésemos el dedo en el gatillo, el disparo no salía. La victoria gloriosa fué una derrota humillante. Seguimos batiéndonos, pero habíamos comprendido.»

Habían comprendido. Su propio Soberano y sus propios generales habían traicionado a su Ejército, condenándolo al fracaso. No quedaba, pues, otro camino que la Revolución. Puede tratarse de la justificación de una derrota efectivamente humillante. Pero, en todo caso, no puede dudarse de que el esfuerzo bélico del Ejército había sido malogrado por la inepticia de los Mandos y por la corrupción administrativa.

Todo aquel resentimiento, toda aquella amargura, alimentó el espíritu de sedición entre los oficiales, principalmente. Y fué así como nació la famosa Sociedad secreta «Dobbat El Ahrar»: Los Oficiales Libres. Su fundador fué Gamal Abd el Nasser.

Inevitablemente, esta Sociedad nos recuerda el G. O. U., o Grupo de Oficiales Unidos, de que formaba parte el coronel Juan Domingo Perón, y que está en el origen mismo de la Revolución argentina. La finalidad de ambas Asociaciones de jóvenes oficiales del Ejército era la misma, salvando, claro está, las circunstancias específicas de cada país.

Pues bien; al principio, Naguib no fué aceptado en el seno de Los Oficiales Libres. Se le consideraba como un «viejo», como un hombre del antiguo régimen. No estamos en condiciones de poder afirmar que uno de los oficiales libres que se opuso al ingreso en la Organización secreta fué Nasser. Sería curioso saberlo. Pero el caso es que la conducta que siguió Na-

guib contra el jefe del Estado Mayor nombrado por el Rey—Ibrahim Attala—, y su actuación después en el frente, donde se hizo muy popular, hizo que, finalmente, en 1948, Naguib fuese aceptado con entusiasmo en el seno de la «Dobbat El Ahrar».

¿Cuál fué el parecer de Nasser en esta nueva admisión? No lo sabemos. No obstante, es humano pensar que, siendo joven y ambicioso, pensase que acababa de ingresar en la Sociedad un hombre con títulos suficientes como para arrebatárle la Jefatura de la Revolución que él había planeado.

VIDAS PARALELAS

Hemos dicho «títulos suficientes». Conviene recalcar esto, porque, sobre todo a partir del golpe de Estado del 25 de febrero, Naguib no fué considerado más que como un «hombre de paja», simpático sin duda, atractivo para las masas populares, pero sin talento y sin preparación para realizar una gran obra de gobierno.

No hay tal cosa. Naguib, además de ser sumamente inteligente, es un hombre excepcionalmente preparado. Obtuvo la calificación máxima en la Academia Militar; formó parte de la primera promoción de jefes de Estado Mayor; estudió Derecho, y es un gran especialista en todo lo relacionado con el desierto, desde la medicina beduina hasta la geología. Además de todo esto, puede expresarse en inglés, en alemán, en francés y en italiano. Un buen poliglota.

A estos títulos académicos hay que añadir lo más importante: su actuación política, refrendada con un conformismo que, sin duda, le habría llevado a los más altos cargos dentro del mismo régimen de Faruk, y que le valió el ser nombrado presidente del influyente Club de Oficiales de El Cairo, triunfando sobre la candidatura presentada por el mismo Soberano, que hacía tiempo desconfiaba —y no sin razón— de las actividades de dicho Club, al que pertenecían demasiados jóvenes patriotas y exaltados.

Otro título que cuenta mucho en la hoja de servicios de un oficial egipcio: Naguib, en 1919, participó en una revuelta antibritánica que le llevó a la cárcel.

En cuanto a Gamal Abdel Nasser, su biografía no se diferencia sustancialmente de la de Naguib. Diecisiete años más joven que éste, ingresó en la Escuela Militar, de la que salió en 1940. Se hizo oficial de Estado Mayor, de cuya Escuela había de ser más adelante profesor, e hizo estudios de Administración y de Economía Política. Era todavía un niño cuando formaba ya parte de un grupo de jóvenes patriotas cuyo objetivo era, pura y simplemente, la expulsión de los ingleses.

En esta escuela de la rebeldía antibritánica había de formar Nasser su carácter revolucionario, y puede decirse que nunca, a lo largo de las accidentadas relacio-

ns angloegipcias, tropezó Inglaterra con un adversario tan tenaz y tan decidido. Fué él quien, el 3 de noviembre de 1953, rompió las negociaciones sobre Suez y quien, hace unas cuantas semanas, consiguió el acuerdo angloegipcio sobre la evacuación de la zona del Canal.

Este hecho ha constituido la culminación de su carrera, asombrosamente rápida en un hombre muy joven que todavía no ha cumplido los treinta y cinco años. En realidad, su mérito más excepcional es su juventud.

LA JEFATURA DE LA REVOLUCION

Si nos hemos extendido un poco haciendo estas semblanzas paralelas, ha sido con el propósito de desvirtuar, en lo posible, ese tópico, aceptado con demasiada rapidez, de que Naguib es—o era—un simple figurón del nuevo régimen y Nasser el verdadero cerebro de la Revolución. De todas formas, ya se vió que esto no era verdad doce días después del golpe de Estado del 25 de febrero, cuando Naguib volvió a su palacio de El Cairo. Es lógico suponer que el Consejo de la Revolución había calculado mal la influencia de Naguib en el mismo Ejército, al margen del grupo de Los Oficiales Libres.

No está claro lo de la jefatura de la Revolución iniciada el 22 de julio de 1952. Esto le ocurre a la inmensa mayoría del pueblo egipcio, y por eso, a los dos años y pico de instaurarse el nuevo régimen, sigue la pugna Naguib-Nasser, con diferentes alternativas. Hasta que no se resuelva de una u otra manera, la República no se habrá consolidado firmemente en el país. Porque no creemos que el que acaba de producirse sea el último episodio de esta rivalidad.

Repasando ahora la breve, pero accidentada historia de la Revolución egipcia, nos encontramos en su mismo origen precisamente a Naguib. No fué, ciertamente, un «invitado» de última hora.

La crisis entre el Rey y el Ejército quedó prácticamente planteada cuando Naguib, como ya dijimos más arriba, fué nombrado presidente del Club de Oficiales de El Cairo, a costa del candidato de Faruk. Este no se lo perdonó, y cuando el 22 de julio de 1952 Hilaly formó Gobierno, Faruk se negó por tercera vez a nombrar a Naguib ministro de la Guerra. Entregó esta cartera, llevando hasta sus últimas y peligrosas consecuencias un torpe nepotismo, al marido de su hermana la princesa Fawzia, Ismail Cherin. El Ejército y la Sociedad secreta de Los Oficiales Libres, uno de cuyos miembros era Naguib desde 1948, consideraron este gesto del Rey como una afrenta hecha al Ejército, y a partir de aquel momento, quedó decidida la Revolución. Fecha: el 24 de julio.

Es el Comité Central de Los Oficiales Libres el que organiza en

Lea usted en el número 34 de POESIA ESPAÑOLA

ELEGIA DE ORIHUELA,

por Adriano del Valle,

y una selección de poemas de Carlos Bousoño, Salustiano Masó, Rafael Montesinos, Pedro Bargaño, Jesús López Pacheco, Luz Pozo Garza, Francisco Montero Galvathe, M. Cuña Novés, Gloria Fuertes, Manuel Merino y Rafael Lasso de la Vega.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS.

todos sus detalles el golpe de Estado. Nasser y sus compañeros planifican la Revolución, y Naguib se pone al frente de ella. Porque fué él quien asumió el mando de los 3.000 soldados rebeldes concentrados a 10 kilómetros de El Cairo, en Heliópolis, para caer sobre la capital. En realidad, era el único general de que disponían en aquellos momentos críticos Los Oficiales Libres.

Al día siguiente, es a Naguib a quien llama el primer ministro, Hilaly, desde Alejandría, donde está el Gobierno, aterrado. Los acontecimientos se precipitan, y el mismo día 24, cuando Faruk accede, por fin, a firmar el decreto nombrando a Naguib comandante en jefe del Ejército, el Comité Central de Los Oficiales Libres se reúne con urgencia y exige la inmediata abdicación del Rey.

«A TI TAMBIEN TE ECHARAN»

¿Pensaba Naguib, al principio, ir tan lejos? Nadie puede afirmarlo; pero la dramática entrevista de éste con Faruk, a bordo del yate real, «Mahroussa», es bastante elocuente.

—Efendi—habló Naguib con un nudo en la garganta—, ¿se acuerda usted de 1942, cuando los ingleses rodearon su palacio con tanques y obligaron a Vuestra Majestad a firmar el nombramiento de Nahas? Yo presenté entonces la dimisión, porque me sentí alcanzado por la humillación que se imponía a mi Rey. Todos nosotros éramos leales entonces, y sólo pedíamos que se nos dejase seguir siéndolo. Pero desde 1942 han cambiado muchas cosas. Ha sido usted el que nos obligó a hacer lo que acabamos de hacer.

Faruk escuchó la rociada en silencio; después, estrechó la mano de Naguib, y le dijo:

—A ti también te echarán.

Esta profecía se ha cumplido ya dos veces.

Repetimos que nunca se sabrá tal vez, si el propio Naguib aprobó en el fondo de su corazón la decisión del Comité Central de Los Oficiales Libres. En todo caso, fué Nasser quien exigió con más energía la dimisión de Faruk.

El lector sabe lo que ocurrió después. Primero, se ensayó una regencia para Fuaui, el hijo de Faruk y Narriman, de siete meses de edad. Después, se proclamó la República, y Naguib fué su primer Presidente. Salvo doce días de interregno—los que duró la «nubecilla de verano», lo ha sido hasta el domingo pasado.

Más adelante vino la disolución de todos los partidos políticos. El Poder quedó concentrado exclusivamente en manos del Consejo de la Revolución, del que el Gobierno no es más que su instrumento ejecutivo en la esfera administrativa.

Y así siguieron las cosas hasta el golpe de Estado del 25 de febrero. Aquí comenzó el declinar de la estrella de Naguib y la ascensión de la estrella de Nasser.

LA HERMANDAD MUSULMANA

Después de este segundo «coup de théâtre», se acusa a Naguib de complicidad con la Hermandad Musulmana, cuyo grupo terrorista secreto se proponía asesinar a todos los miembros del Consejo de la Revolución, comenzando por

Nasser, que escapó, por suerte, a los disparos de Mahmud Abdel Latif.

Antes de seguir adelante, digamos que la Hermandad Musulmana es una Sociedad secreta que cuenta con varios siglos de existencia y que representa, dentro del mundo islámico, la más pura tradición coránica. El código de sus miembros se reduce a cumplir estrictamente con lo establecido por el Corán. Toda ley dictada por el Poder civil se considera como justa si se atiene a los preceptos coránicos; en caso contrario, lejos de ser acatada, debe ser combatida. Por otro lado, la Hermandad Musulmana es, en cierto sentido, internacionalista y apátrida, dentro del mundo islámico. No reconoce más Patria que la de Mahoma, y ésta la constituyen espiritualmente todos los musulmanes.

Se comprende que las leyes de un Estado moderno no siempre coincidan con el Corán, y que, en consecuencia, la Hermandad esté casi siempre en conflicto con el Poder civil allí donde se encuentre.

Por tratarse de una Sociedad secreta, nunca se sabe a ciencia cierta quiénes son sus cabezas ni cuántos son sus miembros. De esto emana precisamente su fuerza y su influencia.

TERRORISMO

A lo largo de tantos siglos de historia, la Hermandad Musulmana sólo ha intervenido abiertamente en dos ocasiones, como un grupo político más. La primera ocurrió hace unos veinticinco años y, al final, fué disuelta, acusada de conspirar contra la autoridad civil. La segunda ocurrió después de proclamarse la República en Egipto. En el primer Gobierno nombrado por Naguib, la Hermandad estuvo representada por un ministro.

Por las causas antes aducidas, pronto la famosa Sociedad secreta entró en conflicto con el Consejo de la Revolución. Y hace solamente unas semanas, Nasser, a sabiendas de lo que se jugaba, la disolvió oficialmente, metiendo en la cárcel a su «Guía Supremo», Hassan El Hodeibi.

Hassan El Hodeibi es una de las figuras más enigmáticas de El Cairo. Abogado famoso, estudió en Oxford, en la Sorbona y en otras Universidades europeas. Como ha llegado a ser «Guía Supremo» de la Hermandad Musulmana, es cosa que forma parte de los secretos de la Sociedad. El pomposo título de «Guía Supremo» no excluye el hecho de que detrás de la Hermandad, y por encima de Hodeibi, haya personajes más influyentes, cuya identidad es absolutamente desconocida, salvo para un restringidísimo círculo de hermanos.

El conflicto con Nasser era inevitable. La Hermandad Musulmana iba al copo del Poder, valiéndose de su instrumento favorito: el terrorismo. Difícilmente



Esta es una de las últimas fotografías del general Naguib, en el momento de abandonar el palacio presidencial después de haber sido destituido de su cargo.

podríamos imaginarnos lo que sería Egipto en poder de esta Sociedad secreta, teocrática y proyectista de un gran Imperio islámico. Pero conviene añadir que en el mismo seno de la Hermandad existen dos tendencias: una, extremista, y otra, moderada o neutral.

EPILOGO

No nos es posible establecer la verdad de la acusación lanzada por Salah Salem contra Naguib, en el sentido de que éste había dado su conformidad al asesinato de Nasser por la Hermandad Musulmana. Este asunto tenebroso nunca se esclarecerá, porque el Consejo de la Revolución acordó no procesar al general.

La primera sospecha contra Naguib surgió durante el proceso entablado contra Mahmud Abdel Latif, el hombre de la Hermandad Musulmana que atentó contra la vida de Nasser. Al prestar declaración uno de los testigos, el abogado Hindawi, éste, que había sido encargado de suministrar a Latif la pistola con la que hizo los disparos contra el presidente del Consejo de ministros, acusó a Hodeibi de instigador del atentado, y, en medio de un asombro general, añadió que el principal beneficiario de la muerte de Nasser iba a ser Naguib, el cual, una vez consumado el asesinato de todos los miembros del Consejo de la Revolución, haría una declaración por la radiodifusión del Estado nombrando un nuevo Gobierno, que integrarían personas designadas por la Hermandad Musulmana.

Entre esta declaración de Hindawi y la destitución de Naguib como Presidente de la República transcurrieron todavía cuarenta y ocho horas.

Comentando la Prensa extranjera este último episodio de la historia de la República egipcia, llegaba a la conclusión de que esta vez el ostracismo de Naguib sería definitivo, alegando que el Presidente había perdido mucha de su antigua popularidad, que fué, según la tesis más difundida, la razón de que en marzo de este año el Consejo de la Revolución diese marcha atrás.

No nos atrevemos a afirmar otro tanto. De la caja de sorpresas pueden salir todavía muchas cosas inesperadas. Pero, en todo caso, resulta admirable que la República haya atravesado dos crisis políticas peligrosas sin haberse derramado sangre, sin una caza del hombre como esas que, de vez en cuando, se organizan en algunos países del Oriente Medio.

M. BLANCO TOBIO

20 DE NOVIEMBRE

A los dieciocho años de la muerte de José Antonio Primo de Rivera la congruencia entre su vida y su modo de entregarla a Dios y a la Patria en el último momento, continúan siendo una lección siempre aprovechable, una lección de vida recta y un ejemplo estimulante de muerte ejemplar.

Hasta el fin fué fiel a sí mismo, a su acendrado concepto de lo español en su sentido más limpio y a los que creyeron en la verdad de su pensamiento y propósitos políticos. Siempre entendió que la Falange no podía admitir concesiones a la vanidad. Era demasiado profunda, seria y radical la voluntad de eficacia y de realidades que existía en los primeros fundadores del Movimiento, para que ni en el lenguaje ni en las conductas ni en las ideas pudiera haber lugar para lo que no sonara a concreto, auténtico y puro. España venía sufriendo y padeciendo, precisamente, de falta de autenticidad, de rigor y de sinceridad en sus hombres públicos y en sus instituciones. El saneamiento de la vida española tenía, por lo mismo que comenzar por la precisión en las palabras, por el entendimiento riguroso de la dogmática nacional, por la resolución de comprobar la verdad y la sinceridad de un movimiento político, pagando por su triunfo todo el precio que hiciese falta. A muchos se les exigió el más alto y que abre un crédito inagotable para el futuro.

Pero es justamente este crédito el que hemos de utilizar los españoles con el máximo respeto y solamente para el fin que nos fué concedido. Lo contrario representaría, no ya un despilfarró moral, sino un fraude histórico.

Es ésta una de las constantes inalterables del pensamiento y de la acción del Caudillo. Con la frecuencia que es necesaria sitúa ante nosotros oportunamente la suprema y exigente lección de aquellos que, como José Antonio, lo dieron todo por España. No puede caer el olvido sobre ella, porque este olvido supondría automáticamente abrir de nuevo el vacío en la conciencia de los españoles, propiciar la insolidaridad y desvincular a las generaciones presentes de toda tarea histórica.

Importa particularmente, ante esta fecha del 20 de noviembre, insistir en una de las facetas más fecundas de la personalidad moral y espiritual del fundador de la Falange. Alcanzó su expresión más exacta en la hora definitiva, en la redacción de su testamento, cuando la completa certeza de su muerte pudo levantar ante él la tentación del despiante o la majeza. Pero él sintió y quiso, ante todo, la sencillez, la naturalidad, la exactitud, la conciencia clara, la naturalidad en los principios, la admiración por sus seguidores, la ofrenda, sin bravata romántica, por su Patria y la confianza en Dios para la salvación de su alma. Le importó lo verdadero, lo permanente, lo auténtico. Su muerte fué la clásica muerte del hombre español cabal y completo, conforme con su credo y su nacimiento. En ser y mantenernos fieles a nuestro origen, a nuestra religación con la comunidad y su destino y a nuestro fin supremo, está la última clave. Negarla o desvitalizarla será siempre, además de una torpeza, el más grave pecado contra la lealtad.

EL ESPAÑOL

LA INSTITUCION MUNICIPAL

Es cierto que, en modo alguno, puede negarse al Municipio, al Ayuntamiento, ese cauce natural abierto para la participación en la vida del Estado. Las instituciones municipales son la rueda más importante de la vida social de una nación.

Sin embargo, no es lo político, en un sentido más o menos arbitrario de la palabra, la esencia. Sobre ésta existe una función determinante que absorbe toda la vida municipal, un ejercicio que atañe a la misma naturaleza de los Ayuntamientos. Es la función o el ejercicio administrativo. La administración de los intereses comunes, el desvelo por el progreso de las múltiples actividades de carácter social inscritas en el área de las competencias locales. La defensa del bien, que constituye patrimonio en la comunidad. Estas son, por encima de las meramente políticas, las notas que caracterizan toda actividad de Ayuntamientos y Municipios.

En aquellos pueblos donde predomine la existencia de problemas técnicos han de incorporarse, en sus plantillas vacantes, hombres de técnica habitual, conocedores de soluciones nuevas. Hay pueblos singularmente vinculados a viejas cuestiones de carácter agrícola, industrial o social, que exigen, al frente del Municipio, hombres capacitados, eficaces, que consideren como suyos estos problemas que no trascienden de esferas locales.

Todo sufragio, toda elección ha de buscar hoy un régimen de continuidad en la eficiencia de soluciones, dentro de nuestra estructura orgánica permanente.

Los viejos partidos políticos que navegaban aislados, desvinculados de toda problemática social y local, nunca pudieron recoger el cúmulo de aspiraciones, tantas veces de extrema justicia, de aquellos que en las urnas depositaban esperanzados la papeleta del sufragio.

El único sentido que estas votaciones pueden tener hay que encontrarlo en el significado que la cosa política tiene en nuestro Régimen. Sólo cuando los Municipios, en vez de tener, como hoy, una estructura clara y honradamente representativa de la familia, del individuo, de la profesión, del sindicato, eran criaturas de ficción legal o espejos locales de una baja picardía partidista, sólo entonces las elecciones municipales tenían ese alcance apolítico, nefasto, donde campeaba el caciquismo o abundaban los grupos de presión.

El carácter de entidad natural asignado al Municipio lleva consigo el reconocimiento de su personalidad jurídica. Una personalidad jurídica en función de un ejercicio ampliamente administrativo, dentro de los límites que impone su coordinación en los altos intereses económicos del país.

La vieja tradición municipal española y el profundo espíritu de renovación que nuestro Movimiento encarna exigen, en el relevo de turno, hombres que se entreguen de lleno a esta función pública a que son llamados. Hombres capaces, de iniciativa y de eficacia, hombres de buena voluntad y de clara inteligencia.

EL ESPAÑOL

NOCHE DE SOBRESALTOS EN
EL "PARAISO" MADRILEÑO

CARMEN MARTIN GAITE

PREMIO DE NOVELA
"CAFÉ GIJÓN" 1954



"Mi novela no es de ninguna
manera desagradable"



Arriba: El café Gijón, en la noche del Premio.—Abajo: La ganadora, Carmen Martín Gaité con su leopardo «Cara Plumas»

ESTA noche se concede el premio «Café Gijón» para novelas cortas. El café Gijón hierve. Desde afuera, visto por algún transeúnte que no esté en el secreto de lo que se juega esta noche entre sus cuatro paredes, la estampa del popular café madrileño, olvidado injustamente o desconocido por Agustín Lara a la hora de aquello de «la crema de la intelectualidad», no ofrece nada anormal. Una luz amarillenta se filtra por sus amplios ventanales, velados discretamente por unos grandes visillos.

Está lleno. Lleno a rebosar. Lleno como una corrida de la Beneficencia, o un Madrid-Atlético de Bilbao. Y seguramente con tanta pasión o más que en un gran partido o en una corrida grande. Pero, afortunadamente, no exteriorizada a gritos. Que esto no es un estadio ni una plaza de toros. Es un café cuyo público habitual son escritores, pintores, catédricos, escultores... Y este público suele cargar más—porque puede—la fuerza de las frases en la ironía, en la burla a veces cruel, en el epigrama casi siempre sangriento que en el volumen de la voz. Conversaciones, pues, a media voz. Tertulias pacíficas en las que una sonrisa, una palabra bastan y sobran a veces como remate, como contestación a una frase, a una cadena de frases.

En una mesa, Ferrari Billoch y Castresana nos hacen un hue-

co. Francisco Ferrari Billoch concurría en principio al premio. Pero luego retiró su novela.

—Al volver de mi viaje a Inglaterra me enteré del cambio del Jurado y una editorial me pidió la novela. La retiré naturalmente, y la entregué al editor. Ahora estoy pendiente de otro concurso: del de Radio Madrid, 75.000 pesetas. «La sombra detrás del corazón». ¿Les gusta el título?

Luis de Castresana, a su lado, como hombre del Norte, como bilbaino, parece más brusco, más contundente. Con Zunzunegui—sentado en otra mesa—forma esta noche la representación bilbaina de espectadores de un concurso del que anda pendiente media España; al menos, la mitad de la España intelectual. El se presenta a otro concurso literario. Al «Nadal», con «El sello de Dios». Su pronóstico se sale de la línea general:

—Hombre, yo creo que el premio se lo deben dar a un hombre. Que ya está bien..., ¿no les parece? Ya es hora de que los hombres nos emancipemos.

Decimos que se sale de la línea general porque el ambiente marca otro signo. Porque la mayoría, partidaria quizá de la teoría de los «derechos adquiridos» o de las normas consuetudinarias, profetiza el triunfo de una mujer.

Aquí al lado, la perpetua sonrisa suficiente de Altabella, punto fuerte en el Gijón, conceder expertísimo de todos los personajes, escenarios, bastidores, secretos y secretillos del periodismo y la literatura, resume el ambiente:

—Saldrá María Josefa Canelada. Ya lo verán.

LA ELECCION DE LOS VEINTIUNO

En la calle San Alberto, junto a la madrileña plaza del Carmen, está el restaurante Valentín. Una escalera conduce a los comedores del piso alto. En el último salón se han reunido siete hombres. El padre Félix García, Pedro de Lorenzo, José García Nieto, Fernando Fernán-Gómez, José Luis Castillo Puche, Julián Ayesta y Francisco Tomás Gómez. Es el Jurado del Premio «Café Gijón». Y con ellos una máquina: una máquina de escribir.

Son las once y media de la noche. En la antesala del Jurado, junto a una mesa pequeña, esperan tres personas: nosotros. Aun no han empezado las deliberaciones. Del menú a los postes va una hora. Antes han sido las presentaciones, porque algunos miembros del Jurado no se conocían.

La antesala, que es bien reducida, se va llenando de periodistas. Fernández Figueroa, director de «Índice» y jefe del tercer programa de Radio Nacional, quiere ir retransmitiendo las votaciones.

Afuera, en las mesas, el público vario y elegante que asiste a Casa Valentín nada tiene que ver con el premio. No sabe a qué viene esto de los periclistas ni el «flash» de los fotógrafos.

A las doce y media sale del Jurado Castillo Puche:

—Ya se han seleccionado las veintiuna obras de las ciento cincuenta y tres que se han presentado.

Entre el centenar y pico de novelas que han sido eliminadas hay títulos muy significativos. Un poco comprometedores. Por ejemplo, «¡Chis, no andéis de prisa, que lo vais a despertar».

Otro, «Café Gijón». «La pianista del Café Gijón».

Tomás Baztán es un camarero de la casa que sirve las mesas donde se sientan Edgar Neville y algunos personajes del cine. Cuando pasa cerca de nosotros, deja la bandeja un momento y pregunta:

—¿Se sabe ya algo?

—No. Todavía no.

—Es que yo soy «amiguete» de Carredano y quisiera enterarme si su novela...

El Jurado comienza la votación. El sistema es algo que se parece al «Goncourt», pero que no lo es.

Fernando Fernán-Gómez lee la lista de todos los concursantes. Cuando algún miembro del Jurado se interesa por un autor, José García Nieto anota su nombre. Así se llega a la elección de los veintuno. El padre Félix y Pedro de Loranzo quieren que se discutan las votaciones. José García Nieto, que actúa de secretario, parece que no es partidario de deliberar.

En el café Gijón callan las conversaciones. Todas las caras se enfocan hacia una puerta interior del Gijón que conduce a los servicios. Por ella acaba de salir Manolo Pilares, encargado de «radiar» el curso de las votaciones al público del café. García Nieto, desde Casa Valentín, le transmite por teléfono los acuerdos y las votaciones del Jurado.

—Señores —anuncia Pilares—, el Jurado acaba de seleccionar veintiuna novelas entre todas las presentadas, y sobre ellas comenzarán las votaciones. La lista de nombres y títulos es ésta.

Lee la lista. Cuando termina, los comentarios se multiplican y durante unos minutos se alzan un poco las voces. Pero vuelven en seguida a su tono normal. Hay bastantes mujeres: en la lista, y cuentan entre ellas esas dos o tres cuyos nombres «canta» la mayoría. El Premio «Café Gijón» no tiene la importancia económica de otros. Está dotado con pesetas 5.000. Pero su categoría literaria es muy alta, porque se otorga de espaldas a cualquier compromiso editorial.

Vuelve a funcionar el teléfono del restaurante. García Nieto al teléfono:

—Primera votación. Han caído Carredano y Baeza.

Julián Ayesta comenta:

—Las sorpresas son fenomenales.

En el Gijón ya está otra vez Manolo Pilares con un papel en la mano frente al público.

—El Jurado en su primera votación ha otorgado cuatro votos a María Josefa Canellada; tres, a Carmen Martín Gaité; dos, a Francisco Alemán, Jesús Acacio, Jesús Fragozo del Toro, Concha Fernández Luna y Eugenia Serrano. Y un voto a Carmen Norell, Raúl Grien, Luis Castillo, Antonio Sanchiz, Vicente Carredano, Fernando Baeza, Josefina Rodríguez...

¡Ahora sí que suben de tono los comentarios! Ahí es nada: algunos de los «grandes» que concurren, algunos de aquellos que por su firma y por su obra tienen ya un prestigio, un nombre, se han «caído» al pozo a la primera. Bueno, los han empujado.

—Saldrá María Josefa Canella-

da—nos sopla Manuel Luna, el popular camarero del Gijón—. Es muy buena, ¿sabe?

No la conocemos. Ni nos da tiempo tampoco para preguntarle cómo es «muy buena», si como escritora o como cliente.

En una mesa destaca, sobre el fondo de madera clara rayada en blanco del café, la cabeza, pelo y barba corrida negros de Carlos Lara. Viene de terminar las pinturas de la basilica de Aránzazu. Allí se ha dejado crecer esa barba, que, rimando con su quieta mirada, le da un aire de apóstol pensativo. En otra, Elena Soriano explica su tranquilidad con la frase clásica:

—¡Qué bien se ven los toros desde la barrera!

Y más al fondo las mujeres todas, novelistas o no, comentan. Una morena de blusa a rayas blancas y negras, sentada en medio de un grupo, abre, admirada, sus grandes ojos negros.

OTRA VEZ EN CASA VALENTÍN

Tomás Baztán, el camarero, que entre plato y plato no se ha enterado del primer resultado, vuelve a preguntar. El hombre se entristece. Lo de Carredano le ha llegado al alma.

En el conjunto de los que allí estamos se apuntan nombres. García Luengo, el subdirector de Índice:

—Yo creo que va a salir María Josefa Canellada, aunque en esto de los premios entiendo poco. Fernández Figueroa afirma, rotundo:

—Eugenia Serrano. No lo dudéis.

En las votaciones sucesivas van cayendo Jesús Acacio, Jesús Fragozo del Toro, Concha Fernández Luna... Y llega un momento, al fin, en que de las veintiuna novelas solamente quedan cuatro: «Penal de Ocaña», de María Josefa Canellada; «Balneario», de Carmen Martín Gaité; «Los pasillos del mundo», de Francisco Alemán Sáinz, y «Los gatos de Roma», de Eugenia Serrano.

Hay—entre los clientes del Gijón—algunos despistes. Una señora rubia, de cara amable, me pregunta:

—¿De qué premio se trata?

Y un concursante eliminado interroga, a su vez, a Manuel Pilares:

—¿Sabe usted si el padre Félix García está en el Jurado?

DOS TRIUNFADORAS: CARMEN MARTÍN GAITÉ Y MARÍA JOSEFA CANELLADA

Ha entrado en el café Vicente Carredano. Es uno de los «eliminados» a la primera votación. Pero llega tranquilo y sonriente. Y con un cierto aire indiferente de lord inglaterra, derrotado en una partida de «cricket», saluda a los amigos, besa la mano a una señora y se sienta con unos íntimos.

Pilares corre al teléfono. Y vuelve con los nombres de las dos finalistas: María Josefa Canellada y Carmen Martín Gaité. La «quiniela» femenina ha vuelto a salir. La racha de fallidas literarias sigue.

Alguien, ya que aun no se conoce el nombre de la vencedora, explica:

—Saldrá María Josefa Canellada. Cuando le han rebajado los votos en las últimas votaciones ha sido para quitarle enemigos. Pero ahora, solas las dos, vencerá.

Pero no vienen las aguas por ese cauce. El Jurado, que se encamina al Gijón, en estos momentos trae otro orden. Precisamente el inverso.

En una mesa, junto a uno de los ventanales, se descubre la mirada y el perfil agudo de Fernando Baeza. Sentados con él, la señora de López Sancho, Carlos Muñiz, Jerónimo Toledano y Fernando Albert. Fernando Baeza se duele del sistema seguido en las votaciones. Y de los «secretarios perpetuos».

—Bueno, a fin de cuentas, no esperaba otra cosa. En mi novela «Novela para un concurso» ya había anticipado algo de esto.

—¿Tampoco consigue el premio su protagonista?

—Sí. Pero yo no soy mi protagonista. ¡Ah! Conste que volveré a presentarme, mientras exista el premio, hasta que me lo den. Bueno, o hasta que no me lo den.

Al fin llegan al Gijón los Jurados. José García Nieto avanza apenas dos pasos porque alguien impacientemente por conocer el fallo le interpone una silla para que, subido en ella, comunique a todos la solución final del «mano a mano» Canellada-Gaité. García Nieto al subir a la silla enreda un pie en la gabardina y poco le falta para caerse. Le ayudan a recuperar el equilibrio y le libran del embarazo de la prenda. Sube a la silla a cuerpo limpio. Y después del breve prólogo del acta da el orden. La novela premiada es «El balneario»; la vencedora, Carmen Martín Gaité, con cuatro votos. María Josefa Canellada queda finalista con uno.

Altabella, el camarero Luna y más de la mitad del café se han equivocado... «Pero menos», que dicen todavía los castizos madrileños.

Leído el fallo, que sólo ha dejado indiferentes a los globos de luz que iluminan el café, a un gato blanco que dormita en un cajón del pasillo que conduce al teléfono y a un camarero que aprovecha un rato para fumar en el mismo pasillo, García Nieto se sienta en una mesa próxima a la barra. Hasta ella llega Fernando Baeza. Unas palabras y se «agarran» los dos. Pero el incidente acaba pronto. Eduardo Manzanos se interpone. Otros acuden y los separan. Vicente Carredano aplaca a Fernando Baeza. García Nieto vuelve a sentarse y se arregla la corbata.

El actor Fernando Rey no había presenciado nunca un fallo del Premio «Café Gijón» para novelas cortas.

—Y es emocionante. Hay, por lo visto, hasta bofetadas.

Mas ya ha pasado el momento de peligro. García Nieto, con voz tranquila, le dice al actor al cabo de unos minutos:

—Esto de las mujeres no parece amainar.

En otra mesa Miguel Rubio, un escritor joven, encuentra la solución:

—Voy a casarme. Es la mejor carrera que puede hacer hoy un escritor.

Poco a poco la gente se ha ido marchando. Porque el mismo Fernán-Gómez ya dijo:

—Vámonos a una taberna, que esto está muy lleno.

Y José López, el dueño del Gijón, que tiene un cierto aire de elegante duque de película americana, remata:

—¡Saca los hierros de cerrar! Con lo que el Café Gijón se quedó, al fin, vacío.

SALAMANCA, PUNTO DE PARTIDA

El día 8 de diciembre de 1925, en Salamanca, en la plaza de los Bandos, una niña vino al mundo. Luego, andando el tiempo, se llamará, para la fama, Carmen Martín Gaité.

El Instituto de Salamanca verá, cuando los tiempos pasen, correr por sus pasillos, sentarse en sus bancos, dar las lecciones con puntualidad de niña tremendamente estudiosa, a una alumna pequeña y delgadita, que todavía, por entonces, no pensaba más que en saberse muy bien la biografía y las obras de Bartolomé Torres Naharro o la clasificación metódica de la enorme cantidad de los insectos.

Ha llegado el momento del examen de Estado. Carmen está sentada junto a un compañero, junto a Eugenio Roa. Hay nerviosismo en el antecomenzo, porque examinarse de Estado a los diecisiete años es una cosa muy seria. Y como es una cosa muy seria hay su tragedia. Carmen ha volcado, íntegro, un tintero en el traje de Eugenio. Pero no importa, la Historia, indiferente, siguió su camino.

Por entonces la afición literaria de Carmen se centra en el diario íntimo. Sus diarios vienen a ser la primera manifestación literaria en la hoy ganadora del Premio «Café Gijón». En ellos —como en tantos y tantos otros de otras mujeres y también, ¿por qué no?, de otros hombres— lo principal es el recuerdo. El recuerdo sentimental, haciendo montañas de granos minúsculos, es el personaje central. Y por su propia esencia, por tanto, cambiante.

«El examen de Estado fué vencido», podría ser una frase literaria del diario. Y por ello, la salmantina Facultad de Filosofía y Letras es la nueva residencia, a horas del día, de la no muy crecida vencedora de la sabiduría legislativa.

Carmen Martín Gaité escoge la especialidad de Filología Románica. Allí será alumna de la que hoy ha sido una de sus principales enemigas: María Luisa Canelada. Porque María Luisa Canelada, esposa del catedrático de Lingüística Alonso Zamora Vicente, da unos cursos monográficos de provenzal.

Empieza, en aquella época, la edad de la poesía. En la revista universitaria «Trabajos y días», se publican los primeros poemas de Carmen.

Carmen Martín Gaité es, también, actriz. Actriz universitaria. E interviene, por entonces, en «La cueva de Salamanca», de Cervantes, en el papel de Cristinica, la criada; y luego en «El mercader de Venecia», representando a Nerisa, otra criada, y en el drama rural «Campo cerrado»,

de don César Real de la Riva, catedrático de Literatura y director del Teatro Universitario.

—Aquí fué la primera vez que salí en los periódicos —recuerda Carmen—. No les quiero decir lo que me gustó. Pero a mi padre le gustó más todavía.

«MI NOVELA NO ES, DE NINGUNA MANERA, DESAGRADABLE»

En la primavera de 1949, Carmen está enferma. Tiene tifus. Durante la enfermedad, en la cama, escribe su primera obra seria: «El delirio de la fiebre». En una serie de poemas en prosa, ella va narrando sus delirios. Y cuenta cómo se convertía en cangréjo o cómo flotaba en el aire, o cómo, tal vez, se moría. Iba pidiendo papeles y en la cama los escribía.

Más en serio, en serio, Carmen Martín Gaité empezó a escribir hace sólo un año. Y sus dos obras más características son dos novelas publicadas en EL ESPAÑOL: «La chica de abajo» y «La mujer de cera».

Hace un año que Carmen Martín Gaité está casada. Vive en Madrid, en la calle del Doctor Esquerdo, núm. 45, en un último piso. Allí, en un cuartito con reproducciones de cuadros de Cezanne, de Toulouse-Lautrec y de Van Gogh, encontramos a Carmen Martín Gaité. Con ella, su leopardo «Cara pluma», tumbado sobre la mesa, pequeño y diminuto, limpio y reluciente, de rubios bigotes largos, inspecciona con sus inocentes ojos claros a los recién llegados visitantes.

—¿Cuál es el argumento de su novela?

—La primera parte es un sueño, aunque no se sabe hasta qué comienza la segunda. Una señora cree hallarse en un mundo de angustias, ligada irremisiblemente a alguien de quien no puede desprenderse.

—¿Y la segunda parte?

—Aparece relatada en forma impersonal. Es la descripción de la vida burguesa y monótona del balneario.

—¿Hay recuerdos personales en su obra?

—Yo he visitado, con mi padre, muchos balnearios, y en la novela, naturalmente, sale alguno de estos recuerdos. Por ejemplo, el molino que describo es el que hay en el balneario de Alzola. Entonces yo no pensaba escribir nada que hiciera referencia a estos ambientes, pero siempre me ha gustado observar, y a la hora de escribir me acordaba bien de ellos.

—¿Cuándo se le ocurrió el argumento?

—Este invierno. Yo he escrito siempre cuentos y un cuento iba a ser esta novela, pero se me fué alargando. Entonces apareció la convocatoria del Premio «Café Gijón» y decidí presentarla.

—¿Tenía esperanzas?

—Por el hecho de presentarme, naturalmente. Luego me dijeron que había sido eliminada en la selección previa y ya no volví a pensar en el premio.

La noche del sábado, en casa de Carmen Martín Gaité, habían puesto la radio, pero como no se daba una emisión especial, creyeron que no se radiarían las votaciones.

A las dos y diez de la madru-



El Jurado del Premio, con Fernando Fernán Gómez



Las discusiones se prolongaron en el Café Gijón hasta la madrugada

gada llamaron a la puerta. José María de Quinto, Jesús Fernández Santos y Ricardo Rodríguez Bued fueron los primeros en dar la noticia.

—¿Cuál es la principal característica de su novela.

—Que no es, de ninguna manera, desagradable. Es quizá una crítica de una sociedad muerta, de un ambiente burgués. Pero todo dentro de un tono amable. En mi novela no ocurre nada tremendo.

—¿Qué novela de autor español contemporáneo le ha gustado más?

—«Los bravos», de Jesús Fernández Santos. Para mí es de lo mejor que se ha escrito en estos tiempos.

—¿Por qué cree usted que hoy las mujeres se llevan todos los premios literarios?

Carmen Martín Gaité no piensa la respuesta.

—La mujer escribe de una forma más poética, más amable, y al público le gusta.

Su marido, Rafael Sánchez Ferlosio, novelista, autor de «Industrias y andanzas de Alfahuí», se sonríe.

—¿Por qué hay más mujeres escritoras que pintores o músicos?

—Yo creo que es porque para la novela no hace falta más que experiencias personales. La mujer suele tener más emociones de este tipo, es más sentimental y puede tranquilamente elaborarlas.

Aquel cuartito se llama familiarmente la «cafetería Ferlosio». Y en aquel cuartito se queda, disfrutando la felicidad, un matrimonio recién constituido. Porque ha habido, en poco tiempo, dos premios grandes: el del «Café Gijón» y el del hijo pequeño, de tres semanas, que duerme en una cuna, bajo rosadas mantitas de lana.

(Fotografías de Mora.)



GABANES *para CABALLERO*

Hoy presentamos una interesante y nueva colección de GABANES, en los más modernos estilos, realizados en tejidos de excelentes calidades.

895 pesetas.

995 pesetas.

1.150 pesetas.

En todos los modelos, una gran diversidad de dibujos y tonalidades.

PLANTA TERCERA
ENVIOS POR CORREO.

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

CONFERENCIA DE PRENSA EN WASHINGTON



EISENHOWER Y LA NUEVA SITUACION

"A lo largo de los dos últimos años ha habido frecuentes e incesantes consultas con los dirigentes del partido demócrata, en orden a establecer las direcciones básicas y los canales de nuestra política exterior"

EN el salón de recepciones de la Casa Blanca se va a celebrar una conferencia de Prensa. El salón, como todos los de la casa que habita el primer ciudadano de los Estados Unidos, es extremadamente sencillo. Grandes ventanales dejan ver los jardines, en esta época del año ya sin flores; los caminos arenosos, por los que a Eisenhower le gusta recorrer acompañado por algún familiar. Los primeros corresponsales de Prensa han llegado ya. La conferencia de hoy no se diferenciará en nada de las que semanalmente acostumbra a celebrar el Presidente. Aunque la de hoy tenga el interés de recoger las primeras impresiones del Presidente después de las elecciones.

La reunión, como todas las conferencias de este tipo, se celebra sin aparato ninguno. Unas simples sillas dispuestas en fila —como ideara un día el Presidente Roosevelt— son las que sirven de asiento a los periodistas. Rumores de charla, pasos amoratados por las extensas alfombras, cigarrillos y cambios de impresiones. Puntualmente, el Presidente de los Estados Unidos hace su aparición, acompañado por el jefe de su Gabinete de Prensa. Una sonrisa para todos,

que, puestos en pie, aguardan a que el Presidente tome asiento. La conferencia comienza.

Y textualmente, sin una coma de más ni de menos, traemos aquí las declaraciones que Ike hizo a los periodistas en esta ocasión.

PRESIDENTE EISENHOWER

—Por favor, tomen asiento.

Buenos días. Espero que tengan ustedes algún sueño (sonriendo). Por supuesto, hay un montón de cosas sobre las que podremos hablar, tocante a las elecciones, si dedicamos media hora a este asunto.

Admitiré, francamente, que en muchas cosas estoy absolutamente asombrado y sorprendido; he oído decir que a unos cuantos de ustedes les ocurre lo mismo, y así sugiero que debemos esperar a ver lo que ocurre.

Hay un importante asunto en el que se han registrado progresos, y he escrito un informe para leerse a ustedes. Se refiere al empleo de la energía atómica en empresas pacíficas, estableciendo una agencia internacional, de forma que voy a leerse y así no cometeré ningún error de expresión.

Hoy, el secretario de Estado,

Mr. Dulles, entregará al señor Zarubin, el embajador soviético, nuestra respuesta al memorándum soviético del 22 de septiembre.

Les recordaré que este mensaje soviético indicaba que los rusos desean, al parecer, reanudar las negociaciones para estudiar la propuesta que hice a las Naciones Unidas en el mes de diciembre pasado en favor de un «pool» internacional del material fisionable y de la información.

Ahora espero que esto inicie una nueva fase en las negociaciones entre Rusia y los Estados Unidos, que sea más fructífera que la primera fase, durante la cual los rusos mostraron falta de interés en una cooperación con los Estados Unidos para el desarrollo de usos pacíficos (de la energía atómica).

A finales de esta semana el embajador Lodge dará un informe sobre los planes preliminares americanos en relación con la Agencia Internacional y con el Comité Político de las Naciones Unidas.

Por supuesto, este proyecto es muy querido para mí. Me agrada ver que estamos haciendo buenos progresos hacia el establecimiento de la Agencia.



El Presidente Eisenhower y el vicepresidente Richard M. Nixon contemplan el mundo en un despacho de la Casa Blanca

Estamos decididos a llevar adelante este proyecto internacional, participen o no en él los rusos, si bien, desde luego, deseamos mucho su participación. Me alegra poder decirles a ustedes que Mr. Mordhead Patter-

son, de Nueva York, ha aceptado servir a las órdenes de mister Dulles como director del grupo de los Estados Unidos, actuando como nuestro representante para llevar las negociaciones diplomáticas enderezadas a la participa-

ción de los Estados Unidos en la Agencia Atómica Internacional.

Veré mañana a Mr. Patterson para decirle cuánta importancia concedo a ese proyecto.

Oreo que les interesará a ustedes este informe.

Ahora vayamos a las preguntas.

MARVIN L. ARROW SMITH, DE LA PRENSA ASOCIADA

—Señor Presidente, ¿ve usted una desaprobación de la política de la Administración en las pérdidas republicanas en la Cámara de Representantes?

R.—No. No la veo. La verdad es, señor Arrowsmith, que todavía no he tratado de hacer por mi cuenta, hasta ahora, un análisis de lo ocurrido; lo haré, por supuesto,

cuando disponga de los resultados y de las estadísticas completas de los distintos distritos para ver lo que se hizo, lo que ha constituido la cuestión principal en cada distrito, pero todavía no he hecho esto.

JOSEPH A. LOFTUS, DEL «NEW YORK TIMES»

—Señor Presidente, una rama del Congreso será demócrata. ¿Puede usted decirnos cuáles son sus planes con respecto a la reunión periódica con los dirigentes legislativos? ¿Se reunirá usted sólo con los dirigentes demócratas o con los republicanos?

R.—Bien; no tengo planes específicos. Como usted sabe, otros Presidentes se han encontrado en el mismo caso. Supongo que una de las cosas que uno podría hacer sería estudiar los precedentes históricos; cómo han sido tratadas estas situaciones en el pasado.

Puedo asegurarle esto: tengo ciertas convicciones; ya saben ustedes cuáles son. Creo en ciertos programas que pueden representar, creo, progreso para América. Voy a seguir trabajando por ello, y si hubiese algunos ataques en la cooperación no seré yo el responsable.

Haré todo lo que pueda para que los asuntos del Gobierno marchen lo mejor posible.

ROBERT J. DONOVAN, DEL «NEW YORK HERALD TRIBUNE»

—Señor, cualquiera que sea el proyecto que tenga usted para 1956, ¿le afectará de algún modo el resultado de las elecciones?

R.—Bien; ciertamente, eso no está demasiado lejos (ríe), pero no; no puedo decir que los resultados de hoy cambien mis proyectos, y supongo que se refiere usted a mis propios planes e ideas personales.

P.—Sí, señor.

R.—Como les he dicho antes, no quiero hacer predicciones a un plazo demasiado largo, incluso respecto a mí mismo. Estoy tratando de hacer mi papel, y creo que disponemos de mucho tiempo para ver lo que haré.

FRANK VAN DER LINDEN, DE «THE NASHVILLE BANNER»

—Señor Presidente, durante su reciente campaña dijo usted que encontraría difícil trabajar con algunos presidentes de Comités demócratas en la Cámara de Representantes. Mencionó usted al de Medios y Arbitrios. ¿Cree usted que tendrá dificultades trabajando con Mr. Jere Cooper, del citado Comité?

R.—Muchas de esas personas son amigos personales míos.

Pero señalo esto: El número de veces en que han estado divididos en votaciones específicas los dirigentes de los partidos en el Congreso; las veces, frecuentes, en que esos presidentes han votado por el programa de la Administración, y digo que eso representa una diferencia de filosofía.

Siempre he admitido de todo corazón su derecho a tener una filosofía diferente. Me refería a la facilidad en la cooperación.

Señora:
He aquí su
Media Nylon
de alta calidad
elástica
y de precio...
nada caro!

Vilma
KNIT OF DUPONT NYLON

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA.

SARA MCCLENDON. DE
«THE PASO TIMES»

—Señor Presidente, usted ha mantenido muy buenas relaciones personales con miembros de la Cámara de Representantes el pasado año. Pero, ¿cree usted que su campaña por el partido ejercerá algún efecto sobre sus relaciones particulares con esas personas?

R.—Bien, señoras y caballeros: no veo por qué había de ocurrir eso. Nunca en mi vida he hablado mal de otra persona en público, que yo sepa. Nunca he atacado las razones de otro hombre; he hablado sobre política, sobre creencias, sobre convicciones o sobre prácticas de la Administración.

Nunca he atacado el buen nombre de alguien, y no veo la razón por la que esas personas no habrían de ser mis amigos, ya que lo han sido personalmente en el pasado.

MERRIMAN SMITH, DE
LA PRENSA UNIDA

—Señor Presidente: Si bien es cierto que usted no ha atacado a nadie por su nombre, señor, durante el curso de la campaña creo que usted declaró que se produciría cierto caos político en el caso de que los demócratas ictrasen el control del Congreso. ¿Sigue pensando lo mismo?

R.—Pues, no. La verdad es que «caos» es posiblemente una palabra fuerte, según creo, señora Smith.

Lo que yo dije (sonríe) es que no veo cómo podemos esperar que gentes de diferente credo político, con diferentes lealtades partidistas, puedan conseguir el mismo grado de cooperación que se conseguiría si esos dirigentes perteneciesen al mismo partido.

Me he referido a los asuntos del Gobierno y a lo que ha hecho, y le repito a usted ahora que no habrá, por mi parte, una iniciativa que pueda llevar, posiblemente, a una falta de cooperación.

MR. DONOVAN

—Señor, cuando dijo usted, al principio, que estaba asombrado y sorprendido, ¿se refería usted al cuadro total o a los casos particulares?

R.—Bien; la verdad es que estaba pensando en cierto número de casos particulares.

JOHN HERLING, DEL
SINDICATO DE EDITORES

—Señor Presidente: No quiero ser machacón sobre una fase de este asunto, que ya ha discutido usted; pero, señor, usted empleó durante su campaña la expresión «guerra fría» entre la rama legislativa y la rama ejecutoria.

R.—Sí, señor.
P.—En el caso de un triunfo demócrata, ¿previó usted una acción abierta o encubierta de esa clase?

R.—Según creo recordar, empleé esa expresión de «guerra fría» en el sentido de que los políticos partidistas podrían llevarla probablemente a cabo; pero no dudo que mi expresión fue demasiado fuerte para lo que yo pensaba.

¿Quise decir meramente que habría nuevas fuerzas e influencias

en la relación de ambos poderes, que tendían más a separarnos que a unirnos, y si empleé un término demasiado fuerte lo lamento, porque creo que esa expresión que empleamos para referirnos a fuerzas mundiales refleja un antagonismo mucho mayor que el que existe entre yo y algunos de mis amigos del otro partido.

P.—Gracias.

ALAN S. EMORY, DEL
«THE WATERTOWN
TIMES»

—Señor Presidente: ¿Tiene usted algo que comentar sobre la reñida elección para la Gobernaduría de Nueva York, en la que Mr. Harriman derrotó apuradamente a Mr. Ives?

R.—No; no deseo comentar esa clase de carreras. No sé nada sobre las influencias locales que intervienen en esas carreras.

SEÑORA MAY CRAIG,
DE PERIODICOS
DE MAINE

—Señor Presidente: ¿Piensa usted convocar la presente Cámara de Representantes para una tarea legislativa antes de que se reúna el nuevo Congreso en enero?

R.—No he pensado en eso; no he considerado ese asunto, no.

EDWARD T. FOLLIARD,
DEL «THE WASHINGTON
POST» Y «TIMES HERALD»

—Señor Presidente: Volviendo a la pregunta de Mr. Arrasmith. El presidente Hall habló la pasada noche sobre lo reñidas que fueron estas elecciones.

R.—Sí.

P.—Muy reñidas; probablemente de las más reñidas de nuestra historia, y señaló que el partido en el Poder habitualmente pierde puestos en unas elecciones de este tipo, y señaló también que el porcentaje de pérdida es de 40 puestos; y en esta elección las pérdidas republicanas están cerca de esto; y Hall dijo que esto demuestra que no ha habido una ruptura con la Administración Eisenhower. ¿Está usted de acuerdo con esto?

R.—Bien, lo dudo. El hecho es que, sin tratar de interpretar las elecciones después de todo, he estado en un gran número de Estados; en algunos de estos Estados he hablado con gentes más bien astutas, y creo firmemente, sin que esto sea una apología para nadie, que la mayor parte del pueblo cree, podríamos decir, en el moderado ataque a este gran problema de las relaciones gubernamentales con nuestra economía y con nuestro pueblo.

Creo que desean evitar los extremos. Yo estoy a favor de esto y trato de realizar esa idea introduciéndola en programas legislativos definidos; y creo honestamente que el pueblo aprueba eso.

He hablado con gente que era del pueblo—algunos de ustedes estaban en Denver, y lo saben—; hablé con ellos, hablé con hombres de negocios, hablé con dirigentes políticos y con publicistas, y encontré una gran conciencia de eso, y creo que realmente, los Estados Unidos tienen, en general, estas convicciones políticas. Esto es lo que yo creo.

P.—Sí, señor. Estaba usted diciendo que...

R.—Estaba diciendo que vacilo en interpretar las elecciones.

Ya saben ustedes qué poca experiencia tengo yo sobre elecciones. Esta ha sido realmente la segunda elección que conozco, y así no deseo interpretar sus cifras; pero creo que puedo conocer muy bien los sentimientos del pueblo, y que he tratado de hacerlo durante muchas semanas ahora.

P.—Es una correcta interpretación de eso, señor Presidente.

R.—Sí.

P.—¿No ha habido una repudiación del programa de la Administración?

R.—Tal como yo lo veo, no.

P.—¿Esto es lo que se cree generalmente?

R.—Esto es lo que yo creo.

No obstante, en unas elecciones tan reñidas como éstas, como usted señaló, hay tradicionalmente el que el partido en control ordinariamente pierde puestos, entrando en juego toda



Aspecto de una conferencia de Prensa del Presidente en la Casa Blanca

clase de circunstancias locales.

La pasada noche, cuando me fui a la cama, uno de nuestros senadores iba muy rezagado. Esta mañana me encontré con que nuestro hombre iba muy destacado en cabeza.

Cuando dejamos Colorado, recordarán ustedes las cosas fantásticas que se dijeron contra los republicanos. Bien, uno de ellos parece haberlo hecho muy bien.

Ahora todas estas cosas son asuntos locales que yo creo no tienen mucho que ver con el sentimiento nacional.

**ROBERT W. RICHARDS,
DE LA PRENSA COPLEY**

—Señor Presidente: A principios de octubre los expertos previeron un gran deslizamiento de votos hacia los demócratas. ¿Cree usted que si hubiese intervenido antes en la campaña habría cambiado esto?

R.—Bien, no sé exactamente cuál puede ser la influencia de un solo individuo en un sitio determinado, no sé lo que es esa influencia; y puedo decir que siempre hay que tener en cuenta sus más y sus menos, y usted decide, finalmente, si tal o cual cosa está bien.

Pero deseábamos tener una gran votación, y ello fué lo que creo que pudo ayudar en ese sentido.

Ahora acudí a la televisión para hablar sobre lo que había hecho el 83 Congreso Republicano.

**HARRY C. DENT, DE
«THE COLUMBIA»
(S. C.)**

—Señor Presidente: Tengo noticias de que el partido republicano parecía marchar bien en el Sur. De hecho, en las elecciones para la Cámara de Representantes, parecía ir mejor en el Sur que en ninguna otra parte (sonriente). Y ahora le pregunto si no cree usted que existe una buena posibilidad, ganado un puesto en Florida y manteniendo otro en Carolina del Norte y algunos en Virginia, que pueda haber un sistema de los dos partidos.

R.—No olvide a Texas.

P.—Sí, señor. ¿Un sistema de

los dos partidos podría penetrar un poco más profundamente allá, señor? ¿Cree usted que hay muchas posibilidades de que ocurra esto?

R.—Bien, siempre tenemos la esperanza de que el Sur desarrollará un sistema de los dos partidos, porque pienso que hasta que no lo haga el Sur no ejercerá la influencia que podría ejercer en los asuntos de la nación.

Esto puede ignorarse con frecuencia, así que tengo la esperanza de que eso son señales de alguna grieta en esa sólida pared y de que el Sur vaya a adoptar un sistema de dos partidos, de forma que pueda ejercer realmente la clase de influencia que podría.

**RAYMOND P. BRANDET,
DE «THE ST. LOUIS
POST-DISPATCH»**

—Señor Presidente: Creo que una de las imágenes retóricas que empleó usted en uno de sus discursos fué la de que no podría ir en un automóvil que fuese guiado en direcciones contrarias. ¿No sería posible ponerse de acuerdo con los líderes demócratas sobre el camino que han de seguir?

R.—Bien, ciertamente, lo intentaré, sin duda.

P.—¿Está usted tratando de llegar a un acuerdo con los demócratas, señor?

R.—Por supuesto, lo estoy.

P.—¿Piensa usted en casos anteriores?

R.—Mister Wilson tuvo un Gobierno compartido; pero la Historia nos dice que tales experimentos están llenos de fracasos y de dificultades.

Pero digo esto: el problema más difícil está en que los asuntos de Gobierno no pueden esperar. Ahora, la conquista de la paz en este mundo, es demasiado importantes para permitir que cualquier situación política particular se atraviese en nuestro camino, y es éste un terreno en el que creo que tendremos las mejores oportunidades para seguir adelante, ya que a lo largo de estos dos últimos años, ha habido frecuentes e incesantes con-

sultas con los dirigentes de otro partido, en orden a establecer las direcciones básicas y los canales de nuestra política exterior.

**CLARK R. MOLLENHOFF,
DEL «THE DES MOINES
REGISTER AND TRIBUNE»**

—Señor Presidente: ¿Cree usted que la votación en el Oeste Medio dió alguna señal de apoyo o repudiación de su programa para las granjas?

R.—Bien, le diré de nuevo que habrá que esperar por el resultado en los distritos. Tengo dos o tres informes de Indiana, donde los distritos eran, permítaseme decirlo, industriales en una tercera parte, agrícolas en dos terceras partes, y se han portado, pero que muy bien. Creo que hay que esperar y hacer un nuevo análisis. No puedo añadir más.

P.—Señor Presidente, ¿podría indicarnos algo sobre la mecánica que empleará en la consulta con los demócratas para el desarrollo de un programa?

R.—No. Pienso que después de que me haya forjado una idea completa sobre eso, les invitaré a hacer esto y lo otro. Después de todo, son de otro partido, y pueden tener unas ideas diferentes de las mías, pero les invitaré a hacer ciertas cosas. Y a reunirse conmigo sobre ciertas bases.

Ahora que no sé con qué frecuencia ocurrirá eso, ni cómo será, y naturalmente seguiré reuniéndome con los líderes legislativos de mi propio partido; estoy seguro que lo comprenderán; pero cómo trabajarán no puedo decirlo.

**LAURENCE H. BURD,
DEL «CHICAGO TRIBUNE»**

—Señor Presidente: Habla usted de hacer planes con los líderes demócratas. ¿Es esto lo que usted ha dicho?

R.—No recuerdo las palabras que he usado; quiero decir, confesar.

P.—Lo que yo pregunto es sobre qué bases.

R.—Sí.

P.—¿Consultará usted con ellos de antemano sobre decisiones de política interior?

R.—Bien, si ellos controlan la Cámara de Representantes, controlarán ciertamente el orden en que pueden presentarse las leyes.

Me parece a mí que es prudente, al tratar con seres humanos, reunirse con ellos, y ver lo que se puede hacer; no es bueno pegar con la cabeza contra una pared. Así creo que conferenciaremos probablemente sobre toda medida importante.

P.—Señor Presidente: ¿Puedo hacer una segunda pregunta, por favor? Estoy interesada en su aprobación del sistema bipartidista en el Sur. ¿Aprobaría usted también este sistema a la inversa, por supuesto, en Maine? (Sonríe.)

R.—Por extraño que pueda parecerle, sí. Sí. Creo en el sistema bipartidista. Creo—es breve—que hay un vejo refrán en el servicio militar que dice que lo que no es inspeccionado, se deteriora.

Creo que en la vida política



Las declaraciones de Eisenhower siempre son esperadas con expectación

debe haber dos grupos: que uno vigile al otro en todo momento. Creo que ésta es una cuestión de filosofía, y creo que todas las personas de la vida política que conozco estarían de acuerdo con un aforismo como éste.

P.—Señor Presidente, otra pregunta. Señor Presidente: ¿Espera que los dos primeros años de su administración sean inspeccionados por la nueva Jefatura del Congreso?

R.—¿Por quién?

P.—Por la nueva Jefatura del Congreso.

R.—Yo trato de llevar los asuntos del Departamento Ejecutivo, y creo que todos sus principales funcionarios le dirían a usted que en la mayor medida posible, no sólo no están a cubierto de la inspección de cualquiera del Gobierno, sino también de todo el público.

GEORGE E. HERMAN, DE LA «COLUMBIA BROADCASTING SYSTEM»

—Señor Presidente: Se ha citado muchas veces el que usted ha dicho que algunas veces un hombre se cansa de todas esas quisquiosas políticas.

Ahora que ha pasado esto, le agradecería que nos dijese cuáles son sus planes personales, qué piensa hacer ante las grandes cuestiones que tiene planteadas.

R.—¿En el programa?

P.—En el programa de sus planes personales o problemas, o sobre lo que usted hará próximamente.

R.—Bien; le diré a usted que



Eisenhower conversando con el demócrata Dean Acheson, secretario de Estado que fue del Gobierno Truman

pienso esto: el problema total de las relaciones exteriores, atrae la atención constantemente de toda persona consciente en el Gobierno. Ese problema siempre tiene preferencia, ya que, como digo, no sólo busca la paz, sino que afecta a la seguridad de los Estados Unidos, al fortalecimiento de amistades, a las relaciones con viejos amigos, etc.

A su vez, el presupuesto nos suscita multitud de problemas.

Ahora, después de todo esto,

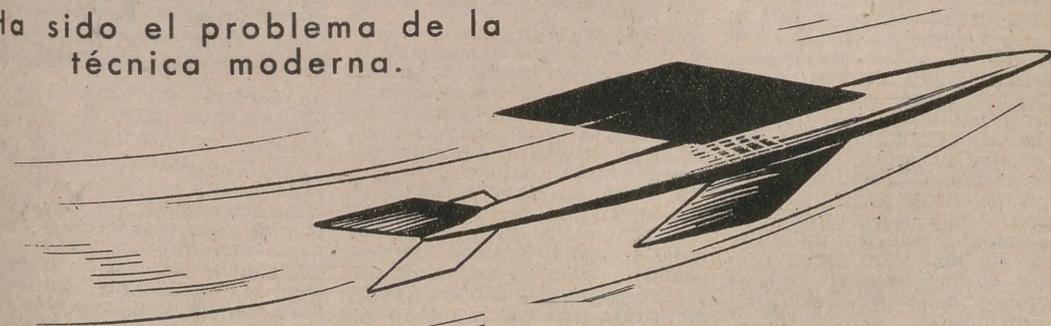
creo que las líneas generales del programa, a excepción de ciertos asuntos específicos en el terreno económico y en el terreno de la economía exterior, se continuarán y proseguiré el mismo programa, tratando de que se realice.

P.—Gracias, señor Presidente.

Cortar

CON MÁS RAPIDEZ y SUAVIDAD

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION;
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



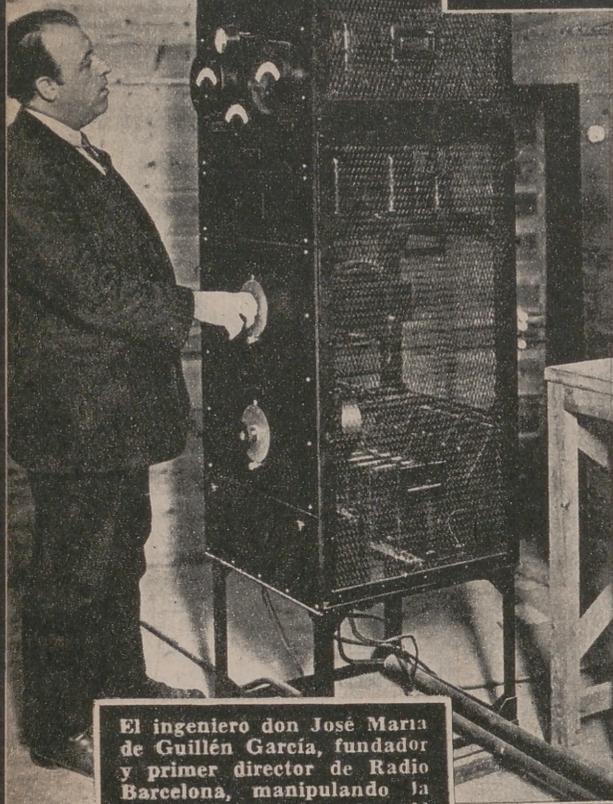
KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 8.500 PESETAS

ASI NACIO LA RADIO ESPAÑOLA

SE CUMPLEN 30 AÑOS DE LA INAUGURACION DE LA EMISORA 'EAJ-1' RADIO BARCELONA

Las primeras transmisiones provocaron simpatías, enemistades y pleitos



El ingeniero don José María de Guillén García, fundador y primer director de Radio Barcelona, manipulando la primera emisora de 100 vatios

COMO una curiosa paradoja, la radio, que pone hoy al servicio de la humanidad esos elementos formidables de conservación que son la cinta magnetofónica y demás medios de grabación del sonido, no ha podido conservar sus primeros y más históricos recuerdos con esa viveza y fidelidad que actualmente están a la disposición hogareña de cualquier ciudadano de tipo medio.

El día 14 de noviembre la radio española celebra el trigésimo aniversario de su nacimiento, y a la hora de bucear en su infancia el periodista no tiene a su disposición el archivo sonoro que, a manera de esos álbumes de recuerdos familiares, le muestre los primeros pasos de este invento, que ha ensanchado los oídos del mundo. La curiosidad reporteril ha de contentarse con el relato de quienes—muy pocos—giraron en aquel año 1924 en torno a la radio, movidos sólo por un entusiasmo sin límites, y por el testimonio de unos escasos textos y fotografías de sabor indudable, pero inanimado.

LA PRIMERA TRANSMISION EN ESPAÑA

Aunque la inauguración de Radio Barcelona marca el nacimiento de la radio española como servicio público y continuado, la primera transmisión debe registrarse con bastante anterioridad. Fue, exactamente, el día 11 de septiembre de 1923 y tuvo por escenario la propia Ciudad Condal, que después debía ligar su nombre al indicativo «EAJ 1», primero adjudicado a una emisora en el territorio nacional.

Por aquel entonces la revista francesa *Je sais tout* había des-



El desaparecido edificio del hotel Colón, en la plaza de Cataluña, con las antenas de la primera emisora

arrollado una campaña ambulante, especie de «tour», encaminada a llevar las maravillas del nuevo invento por toda Francia. Para estas demostraciones ambulantes se utilizaban unos camiones equipados con todos los adelantos alcanzados hasta entonces.

El ingeniero don José María de Guillén García, que poco después sería el artífice impulsor de la radio española, gestionó, aprovechando el paso de los autosradio por Perpignan, una prolongación de su ruta para que llegaran hasta Barcelona. La gestión tuvo éxito y el día citado un buen número de barceloneses tuvieron su primer contacto con la radio.

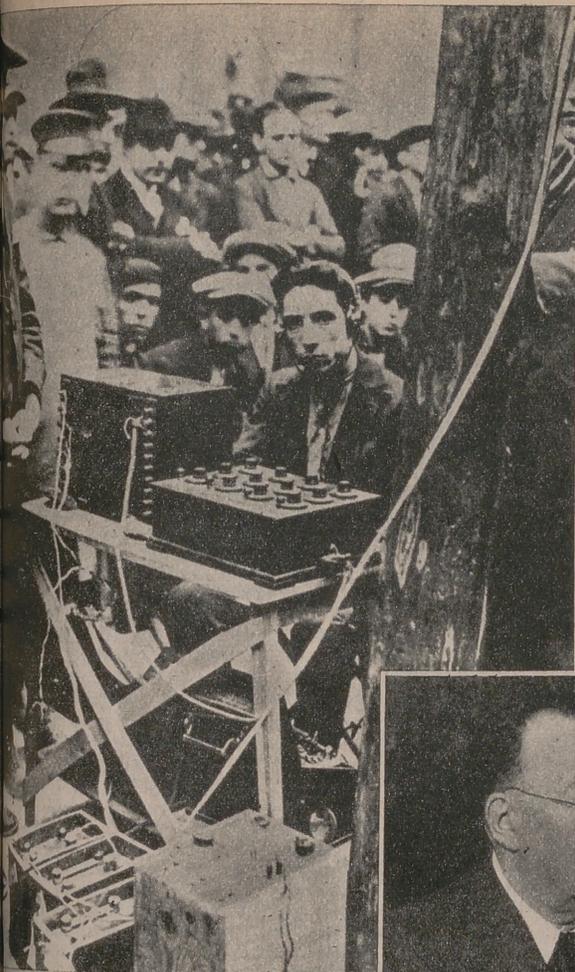
Un túnel existente en Montjuich, bajo lo que debía ser Teatro Griego en la Gran Exposición Internacional de 1929, fué utilizado como estudio y origen de aquella transmisión. El Palacio de la Música fué habilitado como lugar de recepción y escucha. Allí se congregaron muchas personas. La expectación despertada era grande y no fué decepcionada, pues el auditorio apostado en las butacas del Palacio de la Música pudo escuchar la voz de

un baritono que cantaba en el otro extremo de la ciudad.

EL NACIMIENTO DE RADIO BARCELONA

Ya en el año en que tuvo efecto la demostración a que acabamos de referirnos, el señor Guillén García había fundado la revista *Radiosola*, con la colaboración de don Eduardo Solá Guardiola. Las páginas de aquella publicación alentaron un movimiento de interés hacia el nuevo invento, que se concretó a finales del propio año 1923 en una carta-convocatoria dirigida a cuantas personas pudiesen tener intereses o posibilidades de tenerlos en la fundación de una emisora. El llamamiento tuvo eco. Se celebró una reunión y aproximadamente una decena de comerciantes barceloneses ofrecieron su apoyo para la puesta en práctica del proyecto.

Como las disponibilidades económicas eran bastante exiguas y no permitían la compra de una emisora, se procuró y logró tras



El primer equipo de retransmisión empleado en España



María Sabaté, primera locutora de la radio española



El locutor que aun recuerdan los barceloneses: «Torsky», creador de «Miliu»

múltiples gestiones que fuera alquilada una estación. La «Bell» alquiló una de cien vatios por mil doscientas pesetas mensuales. El proyecto estaba en marcha. Surgió de las primeras reuniones, donde destacó por su apoyo don Eduardo Rifa Anglada, la Asociación Nacional de Radiodifusión, que buscó el apoyo de los oyentes.

El día 7 de noviembre se efectuó la primera emisión de pruebas de la alquilada emisora y el día 14 tuvo efecto la inauguración. Con dicho acto se daba remate a los entusiastas trabajos de instalación en el desaparecido edificio del hotel Colón. La Dirección del dicho hotel permitió la colocación de los postes de antena, de treinta metros de altura, en el terrado y cedió unas pequeñas dependencias anejas para estudio y albergue de la emisora.

Al acto asistieron todas las autoridades de la ciudad y pronunció un discurso el alcalde, barón de Viver.

El paso inicial estaba dado. Luego se procuró la instalación de la emisora en la cumbre del Tibidabo, donde aun sigue, y los estudios pasaron a la calle de Cap.

LA PRIMERA MUSICA «TANHAUSER»

La primera partitura que transmitieron los micrófonos de EAJ-1 fué «Tanhauser» y el primer conjunto que actuó fué un cuarteto integrado por estudiante de Medicina, que por cuatro horas dia-

rias de labor obtenían una remuneración cotidiana de veinticinco pesetas. Más tarde se constituyó el sexteto de la emisora, que con la audición de discos llenaba en sus comienzos la programación de la emisora.

Las idas y venidas de técnicos y músicos alteraban la normal y placida vida del hotel Colón. Para los huéspedes y algunos directivos aquello no era más que un experimento, una rareza técnica; no podía considerarse como algo definitivo y quizá ni siquiera trascendente. La «gente» de la radio estaba allí «de prestado»; se les toleraba simplemente. Por ello probablemente se les prohibió el uso del ascensor, evitando así, a juicio de la gerencia, todo posible entorpecimiento que pudiera repercutir en la vida de los huéspedes.

Cuando la emisora fué trasladada, con mayor potencia ya, a la cumbre del Tibidabo fué preciso tender una línea telefónica que enlazara los estudios con ella. Quienes intervinieron en esta tarea recuerdan todavía las cantidades de persuasión que tuvieron que emplear a cada paso. Casi nadie autorizaba con facilidad la instalación de postes en las inmediaciones de sus casas.

en sus jardines o en sus terrenos. Hubo que batallar y convencer, pues de lo contrario aquella línea hubiera tenido que dar unos rodeos que la hubieran hecho la conexión más larga del mundo entre dos puntos tan relativamente próximos.

HIPOLITO LAZARO DA UN PUNTAPIE AL MICROFONO

Frente a la simpatía y el interés que despertó entre una gran masa de la población no tardaron en surgir quienes vieron en el nuevo invento un gran peligro para sus intereses y hasta para el futuro de algunas carreras profesionales.

Los empresarios teatrales estimaron que la retransmisión de los espectáculos mantendría el público en sus hogares y que le restaría luego todo interés por acudir a contemplar lo que conocía de oído gracias a la radio. Consecuencia lógica de este punto de vista fué una rotunda y conjunta negativa a autorizar retransmisiones desde los teatros.

Aduciendo que ello, lejos de restar, aumentaría la asistencia de público se consiguió que la empresa del Gran Teatro del Liceo permitiese la retransmisión de algunas funciones. Los radioyentes aficionados hallaron nuevos alicientes en los programas de Radio Barcelona y el Liceo vivió, efectivamente, como enumeraba el despacho de localidades. Al cabo de los años la función

difusora de la radio había de revelar su gran fuerza propagandística, y así los empresarios han terminado solicitando y pagando bonitas sumas a las emisoras para que estas retransmitan los espectáculos precisamente cuando la taquilla flojea...

Los artistas consideraron en general, a la radio como enemiga, y hay un hecho que refleja muy bien la actitud que adoptaron. En uno de los primeros intentos de aproximación entre radio y teatro se retransmitía desde el desaparecido teatro Novidades y en un momento dado de la representación sucedió lo que hoy resultaría inconcebible: Hipólito Lázaro dió un formidable puntapié al micrófono, que se hallaba a un lado del escenario.

La Sociedad de Autores, que trabaja a la radiación de obras, y, por otra parte, para no sucumbir a las pretensiones esgrimidas respecto a las composiciones musicales, durante un respetable número de meses el señor Alén, de Radio Barcelona, tuvo que ingeniárselas para programar prescindiendo del amplio repertorio de partituras controlado por la Sociedad.

EL BASTON BLANCO DE LOS CIEGOS

Aparte de aquellos que se creían directamente afectados en sus intereses, también hubo el clásico grupo de escépticos que vaticinó el fracaso y que aun durante bastante tiempo después de la gloriosa jornada del 14 de noviembre insistían en el fracaso del que ha llegado a ser el más amplio medio de difusión de cuantos están al servicio de la humanidad.

No obstante la gran mayoría sintió primero curiosidad hacia el nuevo invento y luego un interés y simpatía crecientes. A la radio no le faltó el calor popular, y de ello son claro testimonio los éxitos que rodearon a las diferentes iniciativas lanzadas desde el micrófono de «EAJ-1».

Hubo dos locutores cuya actuación tenía eco en todos los estamentos ciudadanos. En primer lugar debe citarse el para toda una generación inolvidable «Toresky», ventrílocuo que dialogaba con excepcional gracejo con un niño, el «Miliu», como él comenzó llamándole y como hoy todavía se le recuerda en Barcelona. El «Miliu» era para los oyentes un niño travieso, colado poco menos que de rondón en el estudio de la radio

y que, «entorpeciendo» la labor de «Toresky», proporcionaba horas de entretenimiento a grandes y chicos.

«Toresky» y «Miliu» fueron uno de los binomios que más impulsaron la popularidad de la radio entre los oyentes. Pero «Toresky» no se limitó a entretener, sino que puso la gran influencia de su popularidad al servicio de las más diversas misiones caritativas. Un enfermo necesitaba una silla de ruedas, un aparato ortopédico, una «galena» para entretener su forzado ocio o cualquier otro auxilio y «Toresky» lanzaba con «Miliu» un llamamiento para obtener las aportaciones necesarias para satisfacer la necesidad. Nunca quedó una necesidad sin cubrir cuando el popular locutor tomaba a su cargo la llamada al corazón de la ciudad.

Junto a este locutor astuto, alcanzando asimismo notoria popularidad, José Miret. Este locutor, que aun vive y es el decano de los locutores españoles, inició una campaña para que los ciegos utilizasen un bastón pintado de color blanco, como distintivo de su condición. La idea fué extendiéndose y hoy en todas partes el portador de un bastón blanco encuentra rápidamente afecto, respeto y cuanta ayuda precise. El destino ha hecho que José Miret sea hoy una de las personas que se benefician de aquella idea que él lanzó a través del éter un día. José Miret no actúa ya, desde hace algunos años como locutor porque se encuentra ciego...

LA FIEBRE DE LAS GALLENAS

La curiosidad y el afán de los barceloneses por escuchar la voz de la primera emisora española tenía que saciarse con el empleo de los también primitivos receptores de galena. Se vendían ya montadas en cajitas del más diverso aspecto, con el adintelado de los auriculares. Pero para muchos, a quienes podríamos llamar los auténticos aficionados de la radio, el deleite de la escucha no era completo si para ello no habían montado con sus propias manos e ingenio su «galena». Existía un cierto sentido de emulación y cada cual procuraba arrollar sus bobinados según pequeñas variaciones que su «experiencia» le dictaba; la fiebre de la radio hizo que para muchos la meta de su pasión fuera obtener la más clara y potente recepción con su «propia» galena.

La gran ilusión de todos los hogares fué disponer de uno de aquellos aparatitos, aunque la escucha provocó más de un conflicto doméstico. La horquilla de los auriculares era aflojada y así dos miembros de la familia podían escuchar al mismo tiempo, cada uno con un auricular. Estos iban pasando de mano en mano, sin excluir las de los retoños. Lo que hoy son veladas en torno a un superheteredino, antaño eran el preludio del sueño para muchos. La galena se llevaba al dormitorio, se instalaba en la mesilla de noche, aprovechando el excelente servicio del somier como antena. Con los auriculares puestos se apuraba en la cama la jornada radiofónica de muchos aficionados. Y por ello más de una galena terminó hecha cisco cuando el sueño vencía al propietario y luego éste daba unas vueltas en la cama con los auriculares pegados a sus oídos. La conexión arrastraba al receptor indefectiblemente al abismo de las baldosas. Pero, por fortuna, esto no eran más que pequeños accidentes domésticos, sin ningún valor simbólico, pues la radio prosiguió su marcha ascendente.

«SERVETINAL, SERVETINAL, SERVETINAL»

Para subvenir a las necesidades, cada día mayores, que el desenvolvimiento de los programas originaba, hubo necesidad de buscar ingresos. Y nació la publicidad radiada. Al primer locutor de Radio Barcelona, Rafael del Caño, que compartía el micrófono con la primera locutora, María Sabater (a quien esta función no libraba de actuar en la emisora como mecanógrafa en otros ratos), le cupo el no sabemos si llamarle honor de transmitir el primer anuncio. Fué, sin duda, un claro exponente del valor propagandístico de la radio, porque hoy son todavía muchos los barceloneses que recuerdan aquella primera fórmula de radiopublicidad: «Yaco, Yaco... siempre Yaco.» Luego vinieron otros, entre ellos el célebre «Estómago, intestinos... Servetinal, Servetinal, Servetinal», reafirmando así la tendencia a la machaconería que ha regido la concepción de los anuncios radiados durante muchos años y de la que aun ahora no estamos libres.

LA PRIMERA RETRANSMISION Y UN PLEITO CURIOSO

Desde poco después de su puesta en marcha, los rectores de Radio Barcelona sintieron el impulso de sacar el micrófono a la calle para ensanchar así el campo de los programas. Se hicieron muchas cabalas en torno a cuáles serían los lugares más favorables de la ciudad para obtener una buena audición de los primeros sonidos que el micrófono obtuviera fuera del estudio. La plaza del Rey resultó elegida por su estructura recogida y por el silencio y tranquilidad, que aun hoy la caracterizan.

Desde allí se retransmitió una de las festividades de más ralgambre dentro de las jornadas festivas de Barcelona: la verbe-



Grupo de asistentes a una emisión en el primitivo estudio de EAJ 1. El primero a la izquierda, junto al arcaico micrófono, es Miret, el famoso locutor

na de San Juan. No se disponía aún de micrófonos con pie; una silla, traída seguramente de algún bar de las inmediaciones, fué el punto de apoyo sobre el que descansó el micrófono para recoger los populares y airosos sonos de un organillo.

El envío de los programas desde el estudio a la emisora, cuando ésta fué trasladada a la cumbre del Tibidabo, planteó un pleito, que a estas alturas resulta en extremo singular. La Compañía Telefónica se opuso al tendido de esta línea haciendo valer el monopolio que tenía concedido. Los fundadores de Radio Barcelona llevaron el caso hasta el Tribunal Supremo, esgrimiendo el argumento de que poseían una concesión para el funcionamiento de una emisora y que aquella línea de enlace no era más que una parte de la susodicha emisora, pues sin ella no podía funcionar. El argumento fué considerado válido y la línea fué tendida.

Persuadidos del gran papel que las retransmisiones estaban llamadas a jugar en la programación de las emisoras, los hombres de Radio Barcelona tendieron un circuito urbano, de tipo circular, que recorría los lugares más sobresalientes de la vida ciudadana, tanto culturales como de entretenimiento, para disponer así en todo momento de un enlace entre el micrófono desplazado y los estudios.

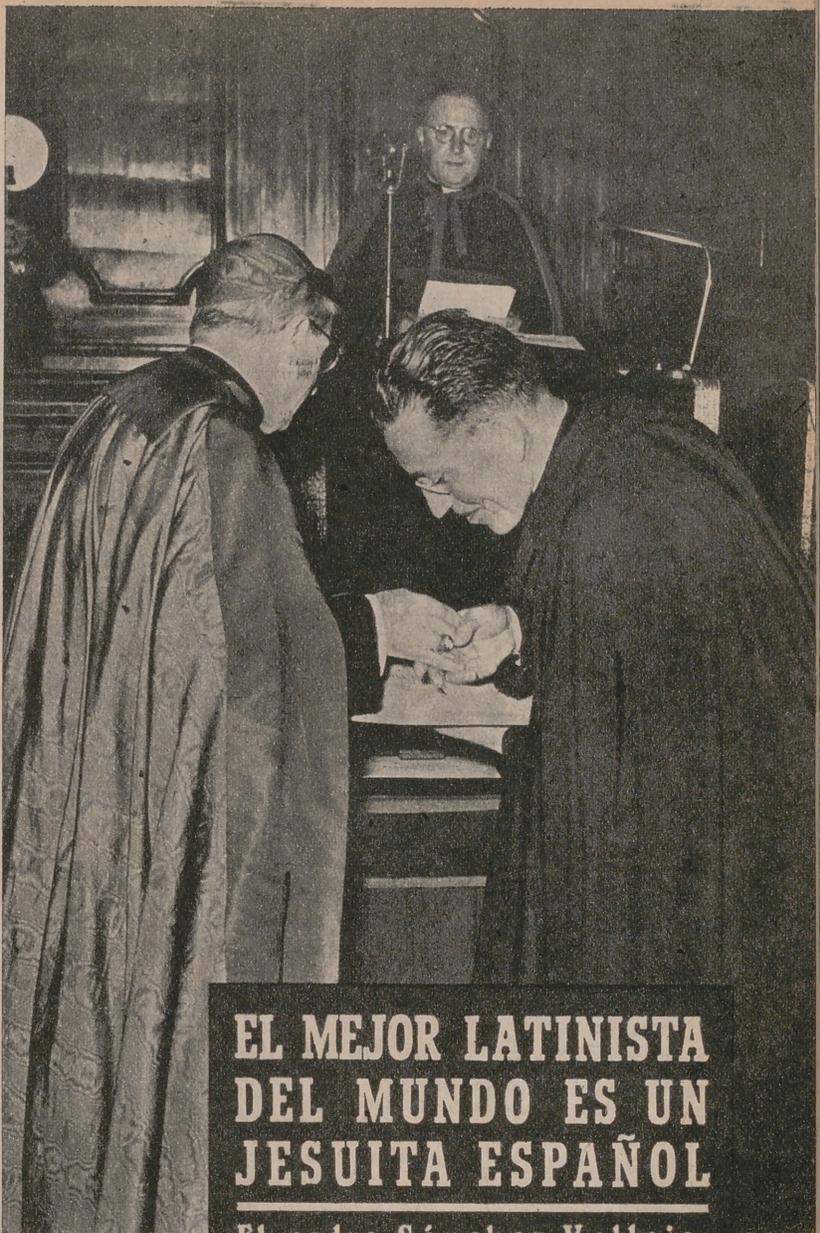
ALCANCE DE UNA VISION CERTERA

El director y fundador de la emisora, don José María de Guillén García, formó parte de la Unión Internacional de Radiofonía, de Ginebra, representando a nuestra Patria. España, que fué el tercer país de Europa que dispuso de un servicio de radiodifusión, entró en dicha Unión cuando sólo formaban parte de la misma Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.

Pero no debemos circunscribir la tarea de quienes crearon la radiodifusión española a un empeño técnico, a un impulso de mera afición y curiosidad en torno a un sorprendente invento. Es justo reconocer que desde el primer momento Radio Barcelona encaminó sus pasos hacia la explotación de todas las posibilidades que este medio de difusión brinda.

El ingeniero don José María de Guillén García fué un entusiasta de la maravilla técnica que ya funcionaba más allá de nuestras fronteras. En sus viajes tomó contacto con el invento, se interesó por él y no descansó hasta que lo trajo a España. Pero la labor de Guillén García no termina por esa atracción suya hacia lo nuevo. Percibió claramente la trascendencia de la radio en la vida de los pueblos, y esto desde el primer momento. Hoy pueden leerse sus artículos en la revista *Radio Barcelona*, y resulta evidéntísimo cuanto afirmamos. Allí, en aquellas páginas ya amarillentas, se exponen unos planes de programación a realizar que abarcan cuantas facetas y matices caracterizan a la radio de nuestros días.

Pascual GOMEZ APARICIO



EL MEJOR LATINISTA DEL MUNDO ES UN JESUITA ESPAÑOL

El padre Sánchez Vallejo, ha sido proclamado ganador del premio "Certamen Vaticanum"

EN el aula magna del palacio de la Cancillería Apostólica de Roma parece que hay fiesta mayor. Cuatro cardenales presiden. Están presentes los embajadores de todos los países acreditados en Italia y ministros del Gobierno. El aula magna del palacio se viste con sus mejores galas. En la fachada cuelgan banderas de todos los colores. La ceremonia comienza con un cántico a seis voces mixtas por el coro de Bartolucci. Ha terminado el gran «Certamen Vaticanum». A él concurren los mejores latinistas de todo el mundo. Se presentan las más destacadas personalidades de la cultura clásica.

En el centro de la mesa presidencial, el cardenal Pizzardo. Cuando termina el coro, el secretario del certamen, en pie y en la misma lengua de Cicerón, dice:

—Primer premio, al jesuita español, padre Félix Sánchez Vallejo. El segundo premio queda desierto.

Y el padre Sánchez Vallejo, entre los aplausos de la multitud que se levanta para aplaudir y para ver al mejor latinista, se dirige a la mesa para recibir de manos del cardenal un diploma

que acredita sus dotes de buen traductor, su constancia y estudio, su amor a los clásicos latinos.

UN NIÑO DE PALENCIA

Hace treinta o cuarenta años, en Palencia existían muchas industrias de papicería. Las mantas palentinas competían con las de Zamora, y sus tapices eran los mejores de España. Todavía hoy tiene gran renombre esta industria.

Una de las mejores casas de tapices de aquellos años era la de don Félix. Una tapicería de artesanía que trabaja bien el género. No es una gran fábrica, ni hay en ella muchos obreros. Don Félix tiene dos hijos que, cuando terminan sus jornadas de estudio en el colegio, echan al padre una mano en el trabajo.

En la casa de don Félix hay siempre una sana alegría. Le estiman mucho en el barrio, y en su casa vive feliz con su esposa y sus dos hijos. Su esposa es una mujer profundamente cristiana que pasa el día en sus quehaceres y atendiendo a la educación de los niños.

Un día don Félix no acude a su trabajo. Están sólo los obreros. Es el 6 de noviembre de 1918. Dios ha dado al tapicero un nuevo hijo. Se llamará Félix, como el padre. Félix Sánchez Vallejo.

El niño crece junto al regazo de su madre. Don Félix pasa casi todo el día fuera de casa, en su trabajo. Apenas cumple sus cinco años, comienza a ir a la escuela. Le gustan al niño los libros. Sobre todo, la Gramática. La Gramática y la Historia le encantan. En la escuela no es revoltoso, pero en la calle... en la calle salta y brinca como el que más. Los domingos los pasa en el monte. Tiene gran habilidad para correr y dar saltos por las peñas. Un día Félix llegó a casa llorando. Lo traen sus amigos, los de su pandilla. El niño echa mucha sangre por la boca. Cuando brincaba, cayó de bruces al suelo y allí se quedó la mitad de un diente. El recuerdo de este día acompañará al niño durante toda su vida. Se ha quedado mellado para siempre.

Cuando termina sus estudios en la escuela primaria, todavía no había cumplido sus diez años, el joven estudiante ingresa en la Escuela de Comercio. Lo había dicho su padre.

—El niño que estudie Comercio. Es una carrera que la puede cursar aquí, sin salir de Palencia.

La casa de don Félix se llena un día de tristeza. Félix es muy pequeño aún. Su madre lleva ya muchos días en cama, se agrava por momentos. Un día Félix no va a la escuela. Es el día más amargo de su vida. Cuando otros días vuelva de clase ya no estará su buena madre esperándole en la puerta.

PAPA, YO QUIERO SER JESUITA

Los estudios en la Escuela de Comercio van bien. Las matemáticas no le gustan gran cosa, pero el alumno tiene constancia en el estudio y los problemas de álgebra quedan resueltos todas las noches antes de irse a acostar. Félix Sánchez lleva ya verdeda su carrera. No le gustan mucho los números, pero él, ante todo, quiere dar gusto a su padre.

De siempre, el hijo del buen tapicero ha sido un niño piadoso. Tiene buena escuela. Su pa-

dre oye misa todos los días antes de irse al trabajo. La madre fué siempre una mujer piadosa que ha inculcado en el niño los principios de la fe y de la Religión.

A los quince años a Félix Sánchez se le ve con mucha frecuencia en la iglesia. A veces acompaña al señor cura de la parroquia en sus paseos y tiene con él largos parlamentos. Por las tardes visita a los padres jesuitas. En la calle de Martínez Azcoitia, los jesuitas tienen una residencia, donde Félix cuenta con muy buenos amigos. Cada día hace más intensa su vida de piedad. Ahora es el Evangelio su libro de lectura. La vida de San Ignacio la ha leído ya muchas veces y le gusta comentarla con los padres de la residencia.

Una noche, después de la cena, sus dos hermanos se retiran a sus habitaciones, Félix se queda a solas con su padre.

—Papá, tengo que hablarte.

—¿Qué quieres, hijo?

—Mira, papá, a mí me gustaría ser sacerdote. Si tú quisieras, podría ingresar pronto en la Compañía de Jesús. Ya he hablado con los padres. Ellos lo ven bien. Les gustaría verme en el noviciado.

El padre de Félix Sánchez, por toda respuesta, abraza a su hijo. Lo abraza con fuerza. Se va a cumplir su mayor ilusión: tener un hijo sacerdote, un hijo jesuita.

DELANTERO CENTRO EN SAN ZOILO

El año 1934, Félix Sánchez Vallejo cumple dieciséis años. Una mañana, acompañado de su padre, el futuro jesuita abandona su casa y marcha a Carrión de los Condes. Un pueblo de unos 5.000 habitantes, donde la Compañía de Jesús en el siglo pasado, sobre las ruinas de un viejo monasterio benedictino, levantó un noviciado y un colegio para niños. El colegio se llama San Zoulo y unas reliquias de este santo se veneran en su capilla. El puente del río Carrión une el noviciado con Carrión de los Condes.

Tres años permanece en San Zoulo. Tres años dedicados con toda intensidad a la vida de piedad y de estudio. Cuando Félix Sánchez ingresa en el colegio de los padres jesuitas, hay una asignatura, en el plan de estudios, que desconoce totalmente: el latín. La gramática latina y las cartas de Cicerón nunca las había visto el estudiante de Comercio. Sin embargo, pronto se afición a ellas. En el segundo año de estudios en San Zoulo, Félix Sánchez hace grandes progresos. Es el latín su ocupación preferida. En la clase, ningún compañero le quita el primer puesto.

Un día, en unas fiestas del colegio se reparten premios y se dan nombramientos de honor. Los alumnos que más se distinguen por su virtud, su disciplina y amor a los libros son puestos por los superiores como ejemplos para los demás. Al estudiante de Palencia le nombran brigadier del colegio; es algo así como el capitán de un pequeño ejército.

Si en la clase de latín Félix Sánchez es el primero, en las horas de recreo, cuando se organiza un partido de fútbol, todos

acuden a él. Se disputan su alineación. El nuevo brigadier es buen delantero centro.

NOVICIO Y SOLDADO

Han llegado las horas del descanso. Con el verano llegan las vacaciones. En su casa le espera don Félix. Tiene muchos deseos de abrazar a su hijo porque se le han hecho muy largos los días. A principios de julio del 36. vuelve a Palencia, cargado de libros y de ilusiones. Ahora, sin tener que dividir el tiempo entre otras disciplinas, podrá pasarse las horas y los días traduciendo. Las odas de Horacio o las poesías de Virgilio. Virgilio es el autor que más le gusta y en su libreta va anotando cuidadosamente las traducciones de las bucólicas.

Los primeros días de estas vacaciones transcurren entre libros y rezos. Los padres jesuitas de la calle Martínez Azcoitia pierden muchas horas escuchando las interminables preguntas de Sánchez Vallejo. En la biblioteca de la residencia, el estudiante encuentra otros libros del latín clásico, que él desconocía, y los devora mañana y tarde.

Cuando empieza la guerra, Félix Sánchez tiene sólo dieciocho años, y el 7 de enero de 1937, los padres de la Compañía de Jesús le envían a Bélgica. En Marquain está ahora el noviciado de los jesuitas desterrados de la provincia de León. Es un viejo caserón que en la guerra del 14 servía de cuartel a las tropas alemanas.

Una profunda nostalgia embarga al novicio español cuando llega a Marquain porque nunca había salido de su provincia, de Palencia y de un pueblito no muy lejano de la capital que se llama Carrión de los Condes. Pero hay algo más que nostalgia. Se ha dejado a España partida en dos pedazos, sus hermanos están en el frente defendiendo la causa de Dios. ¿Por qué no venía él también? Al menos había que intentarlo. Si sus superiores pensaban que era mejor que se quedase, él se quedaría también con gusto:

—Padre rector, si usted me lo permitiera, yo volvería a España. Quisiera irme voluntario y prestar mis servicios donde más falta hagan.

Quince días después de esta visita a la rectoría, y con el permiso de los superiores, Félix Sánchez Vallejo se alistaba a un batallón de Sanidad, y como sanitario entra en un hospital militar de Burgos. Aquí pasa toda la contienda y bien se acuerda él de aquellas tristes escenas que su nuevo oficio le obligaba a presenciarse. Para los heridos que llegan del frente, el novicio tiene siempre el desvelo de sus atenciones y una palabra llena de consuelo, de esperanza.

LA «ILIADA», DE HOMERO, Y EL CATEQUISTA DE NIÑOS

Cuando la guerra termina, vuelven a España los jesuitas y novicios de Marquain. Félix Sánchez continúa ahora su noviciado en Salamanca. En el barrio de la Prosperidad hay un gran edificio de piedra y sillera que es la casa de San Estanislao. Aquí hacen los futuros jesuitas los dos años de novicio, los tres primeros cursos

Colegio de San Zoulo, en Carrión, en el que fué colegial el padre Sánchez Vallejo



de estudios humanísticos y el último año de la carrera, que San Ignacio llama de «Tercera Probación».

Durante la guerra, San Estanislao se convierte en hospital cuartel.

Y es entonces cuando, pasadas las pruebas del noviciado y en tregado de lleno al estudio de las humanidades clásicas, Félix afina su profunda inteligencia en la traducción de griegos y latinos. Todas las horas son pocas para el estudio. Al terminar los tres años humanísticos, es señalado por los superiores para hacer el curso de especialización en los clásicos.

El padre Enrique Basabe es un jesuita llegado de la Universidad de Oxford que ha impuesto en San Estanislao los métodos de enseñanza que él mismo aprendió en la Universidad inglesa y que dirige este curso de especial formación.

En el claustro de profesores, el padre Basabe dice:

—No salgo de mi asombro. He leído un trabajo del alumno Sánchez Vallejo sobre la «Iliada» y otro que le he mandado componer sobre Virgilio y los considero los dos de tal altura que más bien parecen escritos por la pluma de un profesor consagrado.

Hoy el padre Basabe ha pasado a ser una figura internacional por sus estudios humanísticos, y a su labor docente como profesor de los jóvenes jesuitas y catedrático de la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca se une su gran vocación sacerdotal por todos los problemas sociales. En Salamanca, en el barrio de Pizarrales y en el de la Prosperidad, es donde el padre Basabe despliega sus actividades apostólicas. No existen entonces en la Prosperidad las construcciones sociales del «Milagro de San José», que tan populares se han hecho en la ciudad. Pero sí existe una capilla, en la que el padre jesuita Félix Sánchez Vallejo pasa algunos ratos explicando a los niños las lecciones del catecismo. Es un buen catequista. Un buen maestro de los niños del barrio.

UN TRINEO SOBRE LA NIEVE

De Salamanca, del colegio de San Estanislao, donde ha terminado sus años de novicio y humanidades, Sánchez Vallejo pasa a Oña para hacer sus estudios de Filosofía. Oña ocupa una hondonada en la parte más montañosa de Burgos. Arriba, en los montes altos queda el Pico del Águila, adonde los jóvenes filósofos suben en los días de vacación.

En el monasterio de Oña, las jornadas de estudios son intensas y duras. El día comienza aquí, en la comunidad, a las seis y media de la mañana. Meditación, misa y horas de libros y clases, interrumpidas por un toque de campana que llama a unos minutos de recreo.

Durante el invierno, las montañas que rodean al monasterio se cubren de nieve. Del Pico del Águila, la hasta el valle de la Bureba, los jueves, que es vacación para los jesuitas de Oña, los estudiantes se dedican al deporte blanco y corren en pequeños trineos que se disputan el primer puesto en la carrera. Son más

negras las sotanas de los futuros jesuitas o es más blanca la nieve mientras el trineo avanza hasta la hondonada. Félix no es de los últimos en el pequeño campeonato.

Antes de comenzar los estudios de Teología, los jesuitas dedican tres años al magisterio. Félix Sánchez Vallejo vuelve a Salamanca y en el mismo colegio donde había sido alumno, y que tantos recuerdos guardaba para él, explica sus clases de latín. En la enseñanza, el profesor es claro y sencillo. Se hace comprender con facilidad y logra prender en muchos de sus alumnos esa devoción que él siente por los autores clásicos.

UNA IGLESIA DE NÁPOLES

Sobre la colina de La Cardosa, a orillas del Cantábrico, en la aristocrática Villa de los Arzobispos, se levanta la Universidad Pontificia de Comillas. Tres cuerpos de edificios la componen: el antiguo Seminario, edificado por el marqués de Comillas; el Seminario Menor y el Colegio Máximo, de la Compañía de Jesús, donde estudian Filosofía y Teología, junto a los seminaristas, los jóvenes jesuitas.

Aquí llega Félix Sánchez para empezar sus estudios teológicos, pero sólo durante un año. Después, marcha a Nápoles. De Comillas le queda siempre el recuerdo de aquellos doctos maestros que le inician en las Ciencias Sagradas. Entre otros, ocupan un lugar en su memoria la figura del padre Salaverri, eminente y profundo teólogo, y el recuerdo del insigne moralista padre Lucio Rodrigo.

En Nápoles sigue los estudios, y el 2 de julio de 1951 se ordena de sacerdote.

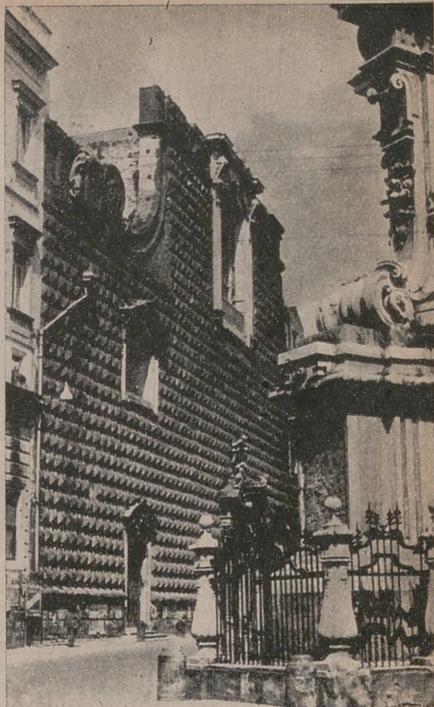
Algunos días antes había escrito a Palencia. Comunicaba a su padre que pronto se iba a realizar la gran ilusión de tantos años: su primera misa, y el mismo día de su ordenación sacerdotal, ya en vísperas de aquella mañana inolvidable, en la residencia de los padres jesuitas de Nápoles, se presentan su padre y sus dos hermanos. No quieren dejarlo solo en un día como éste.

En la iglesia de Gesù repican las campanas. Hay fiesta mayor. Dice su primera misa un nuevo sacerdote jesuita. El padre Félix sale revestido de casulla blanca, mientras en un banco, próximo al altar mayor, lloran de emoción su padre y sus hermanos.

LA TUMBA DE VIRGILIO

Mientras está en Nápoles, el padre Félix no olvida a sus clásicos latinos. A ellos les dedica las horas que de la Teología le quedan libres. Ahora traduce y escribe en buena prosa latina. Maneja con perfección los versos de Horacio y, en los momentos de descanso, compone bellos hexámetros en la lengua de Ovidio.

Durante las cortas vacaciones que disfruta visita las ruinas de Pompeya y un día realiza un sueño que tanto le había ilusionado en los últimos años: una excursión a Pozzuoli. En Pozzuol-



Plaza e iglesia del Gesù, de Nápoles, donde el padre Sánchez Vallejo se ordenó de sacerdote y cantó su primera misa

li ve de cerca y toca con sus manos los restos de la tumba de Virgilio. ¡La tumba de Virgilio, el poeta de sus años mozos a quien tantas horas había dado en los mejores días de su juventud! Mientras contempla las piedras de la tumba, acuden a su recuerdo muchos versos y muchas estrofas que él sabe y guarda en su memoria.

OTRA VEZ SALAMANCA

Aunque ha cantado ya su primera misa, aun le queda al padre su último año de Teología, la Tercera Probación, que ha de hacer de nuevo en San Estanislao, de Salamanca. Pasa después a profesor de *juniores* y regresa años más tarde a Italia. A la Universidad Civil de Padua.

Cuando más dado se halla a sus estudios de humanidades, una noticia triste le hace ponerse, de nuevo, camino de España. Se le anuncia una desgracia familiar: su padre se encuentra enfermo de gravedad.

El jesuita acude a Palencia y da su última bendición al padre que acaba de morir.

En la Universidad de Padua el padre Sánchez Vallejo termina este mismo año el último curso de doctorado.

Cuando el Consejo directivo de la revista *Latinitas* convocó, con la augusta aprobación de Su Santidad Pío XII, el *Certamen Vaticanum*, el jesuita español no dudó en ser uno de los concursantes. Poco le importan al padre los honores y la hora de los aplausos. El sólo da el fruto de sus mayores ilusiones. Pero a nosotros nos cabe la gloria de que en un certamen internacional, al que acuden los mejores latinistas de todo el mundo, un español haya sido proclamado «ganador del primer premio en prosa, primera categoría».

Un jesuita español. El padre Félix Sánchez Vallejo.

LA ASAMBLEA INTERNACIONAL DE TRABAJO

LA RAZON DE LA SINRAZON

Palacio de la Sociedad de Naciones, en los jardines de Ariadna, cerca de Ginebra

Por Pedro LAMATA

EN el magnífico palacio ginebrino de la malograda Sociedad de Naciones, a orillas del delicioso y resignado lago Lehman, ha tenido lugar la XXXVII reunión de la Asamblea plenaria anual de la Organización Internacional de Trabajo (O. I. T.).

No cabe negar que Ginebra, por las bellezas naturales que la enmarcan, por la placidez de su ambiente, por el carácter de sus naturales y hasta por sus manufacturas principales, representativas de la perfección cronométrica en la obra, ganada en la colaboración perfecta de las partes, es la ciudad propicia y como predestinada para servir los ideales de Paz, de Justicia, de

Claro que si hasta ahora—salvo mejor convivencia entre los hombres y entre los pueblos, yo lo que pueda salvarse de las cavilaciones de Juan Jacobo en su famosa isleta—Ginebra no ha podido servir a esos bellos ideales de paz y de convivencia más que en sus últimas voluntades, culpa es de la mala disposición de los hombres, no de la ciudad acogedora, que bien se advierte cuánto pone de su parte en prolongar la vida de esas criaturas ideales que engendran los tornados propósitos de mutuo entendimiento de los pueblos y cuán a disgusto cumple el piadoso deber de proporcionar definitiva morada a tantas ilusiones fallidas.

Acaso la conciencia de este ingrato destino a que la travesura de los hombres viene condenando los buenos oficios de la ciudad más adecuada para los coloquios internacionales nos predispone a anticipar el final reiterado de estos ágapes entre naciones que buscan grato acomodo en Ginebra. La cuestión es, que la acusada sensación que experimenta al presenciar las deliberaciones de esta Asamblea el observador ajeno e imparcial es la de asistir a un funeral: a un imponente y frío funeral laico.

Desde la presidencia de la Asamblea, Paul Ramadier, con su pinta de viejo notario francés, su barba de chivo, sus anteojos de elástico y su americana negra, ribeteada de negro galón, anacrónica como la política que él representa, no es quien menos contribuye a dar a la nutrida reunión su sentido necrológico. ¿Podrán habérselo parado a Ginebra los relojes que señalan el canon de las reuniones políticas internacionales en la época de las americanas de *monsieur Ramadier*?

Porque ver discurrir las sesiones de este Congreso es como asistir a la proyección de un celuloide añejo. Los procedimientos, las palabras, los personajes, toda la acción del viejo tinglado se desarrolla de manera forzada y convencional, como persuadida de su inutilidad, de la esterilidad a que la condenan los cauces inactuales por los que se ve obligada a discurrir. ¿Es este mismo pecado de inactualidad el que condena al fracaso a la generalidad de los conclave políticos internacionales, tengan éstos lugar cerca o lejos del lago Lehman?

LOS QUE SABEN DONDE VAN

Hay una excepción, no obstante, que, al manifestarse, agudiza más el contraste entre lo actual y lo inexorablemente caducado en la vida política. Una de las representaciones que integran esta Asamblea se desprende del ambiente de museo retrospectivo de figuras de cera con movimiento que envuelve a las restantes representaciones y actúa en presente, con arrojo y osadía, convencida de su superioridad: esta representación—que no representaciones—es la de los países comunistas. Pero, por Dios, no despreciemos el matiz si queremos llegar a un entendimiento verdadero; porque la sorpresa y el escándalo en el vetusto conciliábulo internacional, formalista hipócrita, lo produce la representación de las naciones comunistas: mucho más por actual que por comunista. Sin su brutal franqueza y su inflexibilidad, de la sola doctrina marxista, avenida al rigodón insincero de este «tinglado de la antigua farsa», aun extraería platos aceptables para los paladares burgueses la habilidad culinaria de *monsieur Ramadier*.

Pero, no; la táctica de los nuevos vándalos, de un realismo desalmado, no se aviene con la frivolidad característica de estos ágapes decimonónicos, cuya mecánica complejidad no estriba en lo que tienen que hacer, sino en lo que no tienen que hacer, aparentando que hacen. Mas, la sagacidad de «monsieur le président», ducho como Penélope en el divertido—y en este caso sustancioso—juego del *vamos tiradismo* se estrella contra la falta de ironía y de «esprit» por parte de los representantes comunistas, obsesos en que se hagan cosas efectivamente en estas costosas organizaciones internacio-

nales y en que tales cosas se hagan «a su manera».

Por paradoja, el mejor elogio de los «nuevos modos» de los representantes comunistas, los niños malos de la apacible reunión, lo escuchamos de labios del representante de los empleadores del Reino Unido. Tratando de descubrir el motivo determinante de la reincorporación de la Rusia soviética a la O. I. T., concluía su perorata con tono fulminatorio, mirando retador a los escaños comunistas: «El propósito que mueve a Rusia al incorporarse de nuevo a esta Organización Internacional del Trabajo es el de dominarla o destruirla.» Elogio a Rusia, al suponerle propósito tan audaz y decidido. Pero vituperio, condena implícita, a la Organización caduca e inerte, a la que un país que no oculta sus fines ni su proceder puede proponerse dominar o destruir, contra la voluntad de la gran mayoría de los países que la integran.

DESVENTAJA DE LO CADUCO

Aquí de lo actual frente a lo inactual. Para que un hecho así pueda producirse; para que aquí y fuera de aquí una minoría de naciones—las comunistas—traiga en jaque a la mayoría de las naciones restantes; para que los conflictos armados se produzcan en su favor y los convenios de paz posteriores hayan de serle favorables; para que en ésta y en todas las reuniones internacionales, para alcanzar acuerdos positivos tengan que obtenerse en su camino, o renunciar a lograrlos; para que todo ello suceda así es preciso que alguna ventaja exista de parte de los países beneficiarios de la situación. O, cuando menos, una evidente desventaja de parte de las naciones capitalistas. Tanto monta, en definitiva; pero es harto significativa la circunstancia de que la ventaja evidente de los regímenes comunistas no tenga su origen en ninguna virtud propia y objetiva, que implicara una superioridad política, social o económica, sobre sus regímenes contradictores, sino que tal ventaja se la ofrecen—se la dan hecha—los regímenes capitalistas.

Es, por tanto, la sinrazón de los países democráticos la que da razón—o visos de razón—a las «democracias populares», a los países comunistas. ¿Cuándo se enterarán los políticos dirigentes de los pueblos occidentales de esta estúpida realidad? De ese

absurdo, que salta a la vista en cuanto se observa la actuación política internacional de los dos bloques de naciones en pugna. Así, en esta Conferencia del Trabajo, como en todas las conferencias internacionales en las que se enfrentan dos concepciones del mundo y de la organización social absolutamente inconciliables, rozan y entrechocan con estridencia, arrancando chispas de contenida indignación, los principios contradictorios en que se inspiran ambos bloques de naciones.

EL ABSURDO DE LA CONVIVENCIA

Pero, ¿cómo, Señor, armonizar lo que por naturaleza es antagónico? ¿Cómo conciliar en amistosa convivencia a la víctima con su verdugo, cuando se conocen los papeles asignados, y la víctima no se resigna a serlo, mientras el verdugo no renuncia a ejecutar cumplidamente su cometido? Porque esta es la grotesca situación, por más esperanzas de utópica convivencia que aliente el inefable mister Churchill: una concepción politicosocial nacida por destruir y para destruir a la vieja organización capitalista; y esa vieja organización capitalista que—como los maridos de vodevil francés—no se entera, o hace que no se entera, del irrevocable destino del nuevo credo político. Ni ¿cómo renunciar el comunismo a la invasión, cuando en su acción invasora se concreta la razón misma de su existencia?...

No acaban aquí los despropósitos de este viejo mundo occidental, que chochea y parece empecinado en facilitar su propia destrucción. Como si fuera poco el absurdo de la posible convivencia, los países capitalistas dan mayores facilidades al comunismo que promete destruir sus sistemas económico y político: le ofrecen el interior de sus propias ciudadelas. De aquí la actitud arrogante y retadora del bloque comunista en estos conciliábulos internacionales. Porque frente a la unidad sin disidencia permisible de sus países dominados—unidad lograda por la violencia y por el terror, pero unidad, al fin, que no deja abierta la más pequeña fisura para la acción lícita de las fuerzas enemigas y la acción clandestina se paga con la vida—, los pueblos del bloque capitalista, en cambio, le ofrecen el más admirable ejemplo de desunión entre sí y de división interna en todas y cada una de las naciones componentes. En éstas son abundantes, ilimitadas, las fisuras que permiten la actuación lícita de las fuerzas enemigas, reprimiendo con benevolencia su actuación clandestina. ¿Quién, por tanto, puede reprochar al comunismo que aproveche las facilidades que el mundo capitalista le ofrece?

LA LIBERTAD COMO PALANQUETA

La división interna de los países democráticos, la ilimitada diferenciación dentro de ellos de grupos o facciones políticas, es el precio de la libertad. Solamente negando y escarneciendo la libertad imponen la unidad los regímenes totalitarios...

Nos recordará algún panegirista democrático, partidario del «dejar hacer», en política como

en economía. Mas, es que así resulta que el precio que pagan los pueblos democráticos por la libertad no lo pagan para ganarla, sino para perderla. Para perderla, verdadera y definitivamente en el inexorable triunfo de las fuerzas comunistas, a las que ofrecen todas las ventajas en nombre de una Libertad en la que ellas no creen y a la que ellas no respetan. Porque esto es lo que acaban de ver los «esforzados» gobernantes de los pueblos occidentales, como aquejados de miopía y de superficialidad: que en el juego de la mecánica demoliberal, dentro de la estructura económico social propiamente capitalista, únicamente puede ser aplazada—dilatada—la fatal victoria de las fuerzas anticapitalistas; y que esta prevista victoria no da lugar al desquite y a la rectificación de los pueblos arrepentidos, porque acaba con el juego democrático y con la estructura económico-social. Y ya no queda libertad para ganar la libertad.

Y prosigue el absurdo. Porque, al amparo de esa democrática libertad para perder, el comunismo tiene montadas y situadas magníficamente en el seno de las naciones capitalistas estupidas «quintas columnas», tan perfectamente incrustadas en su organización social y política, que es ya imposible desarticularlas si no es mediante una profunda revolución no sólo política, sino económica y social. Tal es el significado de los partidos socialistas, laboristas y filosocialistas, que actúan y participan del Poder en las naciones libres, escindiendo radicalmente la unidad anticomunista que precisan para oponerse a la acción del bloque enemigo, puesto que, en definitiva, la doctrina común une y solidariza a la gran familia marxista, y socialistas, laboristas, etcétera, si son fieles al ideal político que les mueve y al régimen que propugnan, han de sentirse mucho más cerca de la causa comunista que de la actuación de los partidos burgueses en el seno de sus propias naciones.

Mal hacen quienes ponen, no ya su confianza, sino la confianza de los pueblos que representan en la sinceridad anticomunista de los partidos políticos de raíz marxista, porque el momento, o las circunstancias, o la misma potencialidad de las fuerzas armadas nacionales, aconseje a éstos no oponerse y aun apoyar el concierto de convenios políticos y militares con otras naciones, destinados a evitar la invasión comunista de pueblos pacíficos. Tales marxistas moderados, evolutivos, pueden incluso condenar sinceramente la extensión violenta del comunismo. Mostrarse disconformes con la táctica, con los procedimientos, empleados por sus hermanos mayores en la comunión marxista. Pero las diferencias entre socialistas y comunistas no pasarán ni pueden pasar de eso: de un desacuerdo superficial en la apreciación de los procedimientos, de la gradación revolucionaria, de la mejor y más segura manera de alcanzar el fin. En lo fundamental, en el fin presupuesto, coincidencia completa y obligada. Así las cosas, ¿no es locura confiar en el apoyo que puedan recibir de las fuerzas

marxistas las coaliciones anticomunistas en un momento determinado y crucial?

EL FORMIDABLE APOYO SINDICAL

Como si este fuera poco, el comunismo no cuenta sólo con el apoyo y la simpatía que da la coincidencia doctrinal de los partidos socialistas y afines dentro de las naciones capitalistas. Ensancho esta solidaridad de manera tácita o explícita, influye y presiona asimismo la actitud de las clases trabajadoras en general. No ya, aquellos sectores afiliados a las organizaciones sindicales obreras inspiradas y dirigidas por los partidos políticos de ideología marxista, sino incluso las agrupaciones sindicales obreras independientes y apolíticas, y hasta aquellas que—como las católicas confesionales—se consideran más opuestas a la doctrina comunista, tienen una íntima e innegable raíz de identidad con la concepción marxista, que rebaja la virtualidad de su pretendido anticomunismo, acercándolas a la doctrina definidora de la sociedad escindida en clases antagónicas, a la que obedece su organización.

Nadie se detiene a considerar la trascendencia que tiene el hecho de que los pueblos libres sigan manteniendo la organización sindical de sus fuerzas laborales obediente a la concepción clasista de la sociedad. En anterior comentario nos hemos referido a la forzada actuación socializadora de los sindicatos obreros de clase, como obedientes a la concepción marxista de que nacieron y al cuadro de reivindicaciones clasistas que el marxismo formuló de acuerdo con sus propósitos y que todas las asociaciones sindicales obreras, sin distinción de matices, hacen suyas, porque comprende toda la acción reivindicadora que las clases asalariadas como tales pueden desarrollar frente a la clase «detentadora de la propiedad de los instrumentos de trabajos».

La actuación en la Asamblea Internacional del Trabajo de las representaciones sindicales obreras ha sido un botón de muestra, harto significativo y elocuente, que vino a confirmar nuestra tesis, poniendo de manifiesto el origen común que identifica a los sindicatos obreros puros u horizontales en una misma actitud forzosamente anticapitalista, por encima de todas las diferenciaciones adjetivas, transitorias y accidentales, que les separan entre sí. Y es que en la vida política de los pueblos existen realidades objetivas, nacidas de la propia naturaleza de las instituciones, a las que es pueril que la voluntad tornadiza de los hombres pretenda modificar, si no procede a modificar primero la naturaleza de las instituciones sociales que las determinan.

Con motivo de las actividades de la O. I. T. y de la acusada pugna existente entre los dos bloques de naciones que se disputan el predominio internacional, pugna que se libra abiertamente en ésta como en todas las organizaciones de carácter internacional, era curioso observar las tribulaciones de los representantes de las agrupaciones y centrales

obreras de los países occidentales abrumados por el inextricable problema de ser fieles al interés de su nación, a la voz de su Gobierno, de servir a su anticomunismo *circunstancial*, sin dejar de servir, sin traicionar, el imperativo revolucionario de *clase*, que constituye la razón de ser de sus asociaciones sindicales y el motivo último de la acción sindical de esta especie de sindicatos clasistas.

El resultado de esta dualidad de influencias o de requerimientos operando sobre las organizaciones sindicales de los países libres es el desconcierto, la confusión y el escepticismo, que cunden sobre las minorías dirigentes de las asociaciones sindicales obreras, con tan amplia representación y tan decisivo ascendente en esta Asamblea Internacional del Trabajo. Mas esta táctica pueril, que intenta reducir los efectos de la sindicación clasista, dejando inmodificada la causa que los origina, ha de resultar ineficaz y acaso contraproducente. El fundamento que determina la actitud anticapitalista de los sindicatos obreros, sin excepción, por entrañado en su naturaleza misma, es más profundo y, sobre todo, más permanente, que los motivos que les fuerzan —violentando la propia finalidad de la sindicación— a complicarse en una acción anticomunista que no les corresponde a los asalariados, como «clase social sojuzgada y menospreciada por el mundo capitalista», según la interpretación economicosocial que determina la sindicación de clases.

LOS SINDICATOS VOLVERAN A SU LINEA ANTICAPITALISTA

Por ello, cuando la ocasión crítica sea llegada, hay que contar con el retorno de los sindicatos obreros de clase a su auténtica línea anticapitalista. Con mayor seguridad si, como es previsible, en el evento evoluciona la política exterior rusa y se atenúan en el tiempo las consecuencias de la pasada conflagración mundial, que determinaron la exacerbación del sentimiento nacionalista de los pueblos libres, frente a la amenaza de la ambición imperialista soviética. Por otra parte, el clima de corrupción que vienen fomentando determinados estados entre los dirigentes de los sindicatos obreros como medio de sojuzgar las actividades de sus organizaciones, desviándolas hacia las conveniencias políticas de los partidos gobernantes, acabará dando lugar a una reacción extremista por parte de la clase asalariada de los países afectados, que arrojará de los cargos representativos de los sindicatos a los dirigentes venales o —de no prosperar la depuración necesaria—, arrastrará a las organizaciones comunistas a buena parte de los trabajadores adscritos a estos sindicatos moderados.

De todas formas, del ambiente de confusión reinante entre las asociaciones obreras no comunistas —confusión que también se advierte desde la atalaya de esta Asamblea Internacional, en la que tienen representación las organizaciones sindicales de ámbito nacional más importantes, así como las federaciones inter-

nacionales existentes— antes o después esta especie de sindicatos obreros de clase enderezarán sus proas hacia una acción sindical firmemente *anticapitalista*. Porque este es el Norte que les guía; el único Norte que puede guiar a los sindicatos clasistas. Ya que esa modalidad de sindicación —justa en su nacimiento, como proclamó José Antonio—, no nació para colaborar, sino para destruir: para arruinar el sistema capitalista; no para colaborar con él...

EL EXTREMO QUE HACE RECUSABLE A LA SINDICACION CLASISTA

El error de esa acción sindical —de origen imborrablemente marxista, conviene insistir—, la injusticia que entraña y nos coloca frente a ella, es su propósito de comprender en la condena merecida por los abusos capitalistas, no ya al capitalismo en sí, como modalidad o sistema de explotación económica de las riquezas dentro del régimen de economía de mercados y libre empresa, sino al régimen económico en sociedad libre y al acervo cultural y espiritual que este orden economicosocial sustenta. Pero, por ello, la defensa del régimen de economía de cambio y propiedad privada de los medios de producción, así como de los más altos valores que ampara, no puede plantearse desde un reducto —como los sindicatos de clase— adecuadamente concebido y estructurado por el marxismo para lo contrario: para derrocar, so pretexto de los excesos perpetrados por el capitalismo, al régimen económico en sociedad libre y a la civilización occidental.

Así resulta baldío el empeño de las fuerzas políticas antimarxistas de los pueblos occidentales. Es como machacar en hierro frío el pretender cambiar la naturaleza de los sindicatos de clase, procurando desvirtuar sus fines por todos los medios, hasta los reprobables. En fin de cuentas, perderán tiempo y dinero; porque el sistema de sindicación de clase, como engendro marxista, es radicalmente hostil a una pretendida convivencia de actividades profesionales, subordinadas al interés social de la producción en general y de la empresa privada de explotación en particular, que, de otra parte —y esta es la consecuencia que no acaban de comprender políticos y sociólogos— al desahuciar el dogma de las clases sociales en lucha, desahucia e invalida asimismo a la especie de sindicación clasista que determinó.

No está la solución en desvirtuar, en hacer inoperantes o en corromper, a los actuales sindicatos de clase; es una fórmula de sindicación nueva y original y distinta la que precisan los países y las gentes que no aceptan la concepción marxista de la sociedad; los países y los grupos sociales que propugnan la convivencia de todas las actividades profesionales dentro de la empresa de explotación económica libre y particular, a cuya finalidad social ha de sujetarse el servicio instrumental del capital. Y al igual que unas realidades economicosociales diferentes y una nueva concepción del mundo del

trabajo vinieron a desterrar la vieja sindicación gremial y a dar forma a la nueva sindicación clasista, hoy, superado el siglo de la lucha de clases, unas nuevas realidades sociales y económicas y una distinta concepción del mundo del trabajo exigen el destierro de la fórmula de sindicación arbitrada por el marxismo, según su versión de las clases sociales en lucha permanente y fatal, y el arbitrio de un sistema sindical distinto acorde con las actuales realidades socioeconomicas y con el nuevo y distinto entendimiento de las relaciones laborales, dentro de la empresa de producción.

UN NUEVO SISTEMA SINDICAL

Una nueva concepción sindical. No un burdo remiendo, ni una torpe tergiversación de la antigua, recusable por su origen, por la concepción economicosocial a que responde de manera fatal. ¿Ha de ser ésta la fórmula nacional sindicalista de asociación profesional unitaria: el Sindicato Vertical? Puede bien ser la modalidad nacional sindicalista sin las limitaciones que dilatan el completo desarrollo de su original concepción— o puede ser otro sistema más adecuado a las exigencias actuales, o más feliz en su realización. Mas el que fuere habrá de inspirarse sustancialmente en los principios de *colaboración, unidad y subordinación* de los elementos constitutivos de la empresa productora a la *finalidad social* de ésta y de la producción nacional, que afirma y exalta el sindicalismo falangista.

Es obvio que la nueva sindicación, la existencia de una especie de sindicatos propia y verdaderamente antimarxistas, dentro de nuestro régimen de explotación económica, requiere la corrección de la sistemática capitalista en algunos residuos subsistentes de aquellos excesos en favor del capital empresarial que justificaban la interpretación marxista de la organización social. Pero, el tema merece otro capítulo. En el que concluye sólo quisimos referirnos a la caducidad de la especie de sindicación clasista, recordando su significativo origen, que condena a un fracaso tan estrepitoso como inevitable a todo intento de *hibridación*; a todos esos afanes dirigidos a cambiar el proceder de los sindicatos de clase, injertando savia nueva—anticomunista— en el viejo tronco de los sindicatos nacidos de la interpretación marxista de la sociedad.

En el sufrido anfiteatro del Palacio de las Naciones, la XXXVII Asamblea General de la Organización Internacional del Trabajo, con los representantes de las 46 naciones miembros de la Organización, y la bien buscada presidencia de *monieur Ramadier*, tan curado de todos los espantos que las travesuras de la vieja política puedan producir, ha mostrado reiteradamente durante sus reuniones la razón de la arrogancia comunista: la razón que se afirma en la tolerancia inconsecuente de la política democrática y en el absurdo del sistema clasista de sindicación.



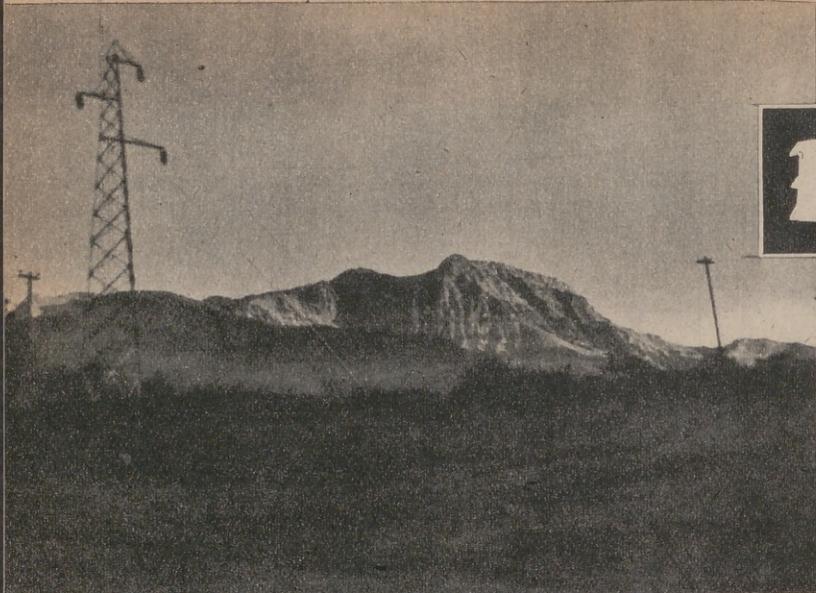
*En Vanguardia
de la Moda*



**LA MAS HERMOSA
COLECCION DE PAÑERIA**

S. Fontcuberta

**FABRICA DE PAÑERIA SELECTA
DESPACHO: RONDA UNIVERSIDAD, 33 · BARCELONA**



EL VALLI

Banaguás, Escuer, Av. E
Broto, Ordesa, Politu
fita, Saqués, D,

EL PRODIGIO DE LA

SABIÑANIGO, NOVÍSIMA "CIUDAD DEL DÓLAR", SE HA MULTIPLICADO POR OCHO

UN TERCIO HEROICO Y LABORAL SE OCUPA DE MANTENER EL FUEGO SAGRADO DEL APROVECHAMIENTO PROGRESIVO DE LA CUENCA DEL RÍO GALLEGO

DESCENDIENDO del «Canfranc»—un tren soñado inútilmente hasta hoy, frutero—en Sabiñánigo, la larga etiqueta indicadora señala: «A Bañerío de Panticosa, 41 Kms.». A la puerta de la estación, varios autocares, distintos en su color, en su carrocería, en sus modos, pero de alguna forma gemelos, con un proximísimo aire de familia, cargan la extendida maletería, mientras una larga cola de viajeros se ordena ante garita centinela con cierto aire de pestizo.

El autocar anda desganguilado, alegremente. Es la más pura teoría de la vida en broma, del mundo tomado como viene, con gesto de contento cuando la vida frunce un ceño cualquiera. A los quinientos metros se detiene en la calle que encaja la carretera. Montan las sacas de la correspondencia. Se reemprende el camino, eludiendo otro que lleva a la derecha, ante la mirada asombrada y fría de una capilla de cemento. Las casas del barrio han quedado a nuestra espalda. Se aprietan los árboles en la cuneta de la estrecha carretera. Desde el asiento detrás del que ocupó, dos hombres secos, de semblante pajarero y tez oscura, contabilizan la feria ganadera de Huesca. Han pasado los tiempos en que una postranca se vendía fácilmente por estas fechas con un fruto claro de muchos billetes grandes. El diálogo, corto, de una señorial sobriedad reduce el lamento a un matiz comprensivo que no es fácil deducir por el extraño.

A nuestra izquierda, lomas pedregadas. A la derecha, un largo contrafuerte que alcanza perpendicular, por el Norte, un alto espinazo, plano de cresta larguísima y horizontal, sobre el que se esbran unos cúmulos negros, agoreros. Enfrente, un riachuelo casi seco,

que atravesamos por un puente angosto, que aun así parece un lujo sobre la gravera de piedras redondas, limpias, que es de lecho ancho e incierto. Bajo el puente, los últimos arriates de ese principado gitano que ocupa gran parte de nuestro territorio en taifas nómadas, bajo el puente y los chopos altísimos.

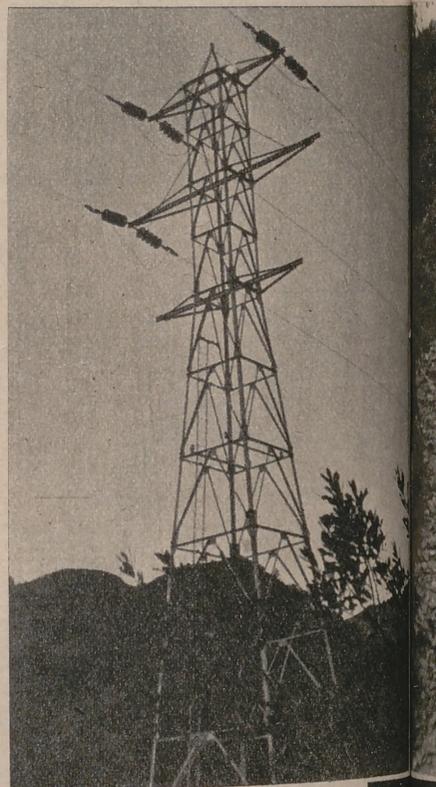
Tuerce el autocar a la salida del puente en ángulo de noventa grados, sin margen para la maniobra, sin disminuir el ritmo de carreta acelerada, el trote de mula vieja, que ha tomado ante la casa de Correos, allá en Sabiñánigo.

Alguien llama «Pepito» a un viejo cobrador, delgado, encorvado. Este ya sabe que debe alcanzar el talonario y garrapatear un billete en ruta.

MIS COMPANEROS DE VIAJE

Me fijo en los compañeros de viaje. Los hombres llevan espesas zamarras sobre el traje de fiesta o sobre la pana. Es preciso distinguir que estos últimos alcanzaron por lo general, sólo Sabiñánigo, donde surten sus necesidades laborales y familiares. Aquellos que vienen de un más largo recorrido no llevan botas, sino zapatos, y en su mayor número se cubren con gabardinas, al parecer recién compradas, con el apresto de la tienda aún. Las mujeres visten con telas oscuras, con predominio del luto, y las muchachas con chalecos de lanas vivas: verdes, sienas, rojas...

Banaguás, Escuer, son altos mínimos en el camino. Aldeas tostadas, con tejados del oscuro sentido de una piedra plana y vegetal, en las planas que permite el descenso hacia el río Gállego, que corre limpiísimo, más allá, en el centro del ancho, del verde, valle



abierto. Pueblos intermedios, entre la falda pirenaica que se extiende desde las primeras trochas de Jaca hasta la frontera de la llanada cereal de La Violada en los arrabales de Ayerbe. Donde el albayalde de las ventanas y las anchas cejas de la portalada sobre el adobe ha desaparecido y las casas tienen una directa comunión con la piedra de los montes. Y a los 18 kilómetros, tras unas largas choperas, asoman los dos campanarios blanquíssimos de Biescas.

Llega a Biescas el coche de viajeros. Este coche, al que el pueblo llama «la Tensina», porque en un momento no sólo éste fué el objetivo de sus acarreos, sino que a las gentes del valle, por un sistema de acciones, correspondió la propiedad del servicio.

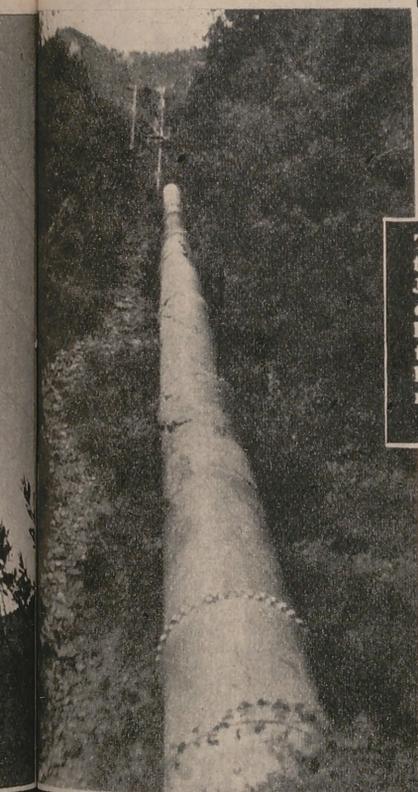
—Lo de siempre, mire usted... —me explica un hombre cuadrado que se sienta junto a mí—. Aún es más fácil que una oveja dé muleros que dos tensinos vayan a la una. Y los ricos, que hicieron un enjuague y se lo vendieron...

El monte se ha ido haciendo

LA LUZ

Av. Biescas, Garín, Cotefablo, Panticosa, Sallent

BELLEZA SUPERIOR



El puente de Escanellas, núcleo de las comunicaciones del valle, se alza sobre un tajo soberbio de abrupta y solemne belleza

Tubería del salto de Pueyo de Jaca. El agua es conducida a lo largo de siete kilómetros hasta una altura de 1.650 metros



de precauciones al atravesar unas ramblas por donde se encauza el agua de los torrentes, que en el invierno obstaculizan a veces la carretera a pesar de su furia desvaída en la inacabable escala de las anchas gradas.

—Esto lo tuvo de hacer Primo de Rivera, allá por el veintitantos. Que él vino hasta aquí mismo.

Es fácil entender en la seca palabra del montañés una lejana admiración por el Dictador y una diminuta queja por sentirse en soledad en olvido, de la gente de «abajo». También me siento de alguna manera responsable, hombre de la Ribera, escapo, miro a la derecha, una incisión en el monte por donde serpea una carretera, al final perceptible de la cual se yergue otro pueblo marrón.

—Es Garín... Por ahí se va a Cotefablo, vamos, a Broto, y luego Ordesa... ¿No lo conoce?...

«CASA CHANCE, COMIDAS»

Contesto que sí. Es inverosímil cómo no se va nuestro coche adentro de las casas. Garrapatea

el camino estrechado más aún entre las casas de Biescas. Parece que nos domina una extraña, cercanísima vecindad, en aquel regate del autocar, en aquellos quiebros toreros de las paredes. Luego se ensancha, tacaña, la carretera. Vuelve a detenerse «la Tensina», un poco más que en las anteriores estaciones. Todo tiene el aire de estar tomando aliento. Un viejo amigo de los viajeros, Víctor, fuerte, redondo, joven en sus sesenta bien cumplidos, pasa en silencio revista a los que vienen, repasa a los desconocidos, bajo la muestra del bar: «Casa Chance, comidas».

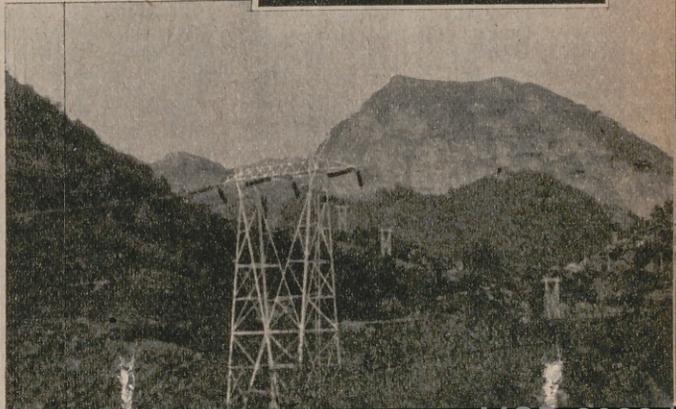
Se para el motor. Descienden, con el cobrador y el chófer, algunos viajeros. Con ellos, precedidos por el viejo Víctor, el amigo de todos, entro yo también en el establecimiento. Es la hora del ángelus en la sed.

A unos cinco kilómetros de Biescas—Biescas «la Roja», Bies-

El cable nuevo de E. I. A hilvana los predios del Valle del Tena

más alto, más forestal. El asfalto de la carretera, más terrenal y escrofuloso, con graves escoriaciones donde se complacen los flejes habituales del transporte, sin los que acaso se asfixiaría irremediablemente el coche, como los montañeses sin las cumbres donde aunar su aliento poderoso. Solamente hemos advertido un par

En el fondo del valle la central eléctrica es un permanente latido. El producto anual de esta zona alcanza la bonita cifra de 96 millones de kilovatios



cas «la Mártir», que injusta y justamente, así se la conoce; Biescas, de todas las maneras, baluarte decisivo en las duras jornadas de la guerra—, en una brecha enriscada, sobre una foz estrechada entre las últimas piedras de la amidonada falda de Peñablanca, está el Fuerte de Santa Elena, hoy abandonado, perteneciente al rudimentario sistema defensivo que se coronó en el valle paralelo de Canfranc, con el famoso Coll de Ladrones. Junto al fuerte, en un balcón palomero, se halla la ermita de Santa Elena, blanquísima, lanzada al cielo por el vuelo vertical de su torre. A los pies de la ermita, donde acude en romería toda la comarca, surge «la Gloriosa», una misteriosa fuente de agua que intermitentemente se peña colmada en bellísima cascada. Corre entre la fe aldeana de la comarca la creencia de que es buen augurio pasar delante de la ermita cuando esto ocurre, y con «la Gloriosa» todos la conocen, como si fuera una ofrenda del cielo a los muchos méritos milagrosos de la santa que se expanden en beneficios por el valle.

LA BIENVENIDA DEL VALLE DE TENA

Si el saludador oficial, la bienvenida del valle de Tena, está en la puerta de «Casa Chance», en las manos escanciadoras del viejo amigo, cordial y alegre, que es Víctor, aquí, en la ermita, se halla el principio real, geográfico y espiritual, del valle. Una suerte de consumidor natural, donde, como en los oratorios islámicos, es preciso dejar las alpargatas del serido común para poder contemplar, sin susto, sin condición ni entorpecimiento, el prodigio de una belleza superior.

Se estrechan las montañas, hasta pensar en una maternidad que ceta tiernamente, que protege la fragilidad del caminante, de la torva amenaza diluvial del cielo, blanda, calientemente oscuro. Y el agua, que runrunea preciosa por cualquier humilde herida de la montaña heroica, se ilumina en la primera central eléctrica, una antigua instalación, «El Espumoso», que debe pervivir más por ternura de los primeros recuerdos que por eficacia productora. A los dos lados del camino que atravesamos se advierten las oscuras sangrías de las carreteras de pizarra. Varias casas han crecido en torno a una ermita cerrada, a una forja y a una tienda que es al mismo tiempo despacho ganadero del dueño. Sobre la piedra de la ermita, un gran letrero anuncia «Uralita», desviando la atención de otro cartel, apenas legible y mucho menor, con el nombre del pueblo: Polituara. Parece ser que aquí, en Polituara, Jacaquín Costa, aquella voz de tronante apóstol pirenaico, que aun conservan los ecos de los montes, desde Podesuer hasta el franciscano granito de Leira, residenciaba los emplazamientos primitivos de una civilización. Cuelga, a unos cuatrocientos metros de la carretera, la blanca pajarería de Hoz de Jaca, una aldea que parece inhabitada, de cerradas ventanas, que esconde ganaderías riquísimas por los verdes más altos y las fortunas más considerables de Tena. Frente a Hoz,

Búbal, y sobre Búbal, Piedrafita, en la base misma de la sierra que sirve de cerrojo al valle, con la Punta Telera. Peña Blanca y El Portero, picos vigilantes sobre la brecha de Santa Elena, alturas que brindan los 2.500 metros, a cuyos pies se extienden los mullidos pastos del puerto de Izas. Retumba el motor en la extraña horadada de una roca que atraviesa el camino.

EL PASO DE POURTALET

El paso de Fourtalet está a unos 14 kilómetros del corazón del valle. Suele estar cerrado las tres cuartas partes del año y abierto sólo la temporada de verano, acusando el paso de unos veinte carruajes extranjeros como media diaria. Estoy comulgando en las mismas razones que mi interlocutor, quien desvía mi atención para indicarme alguna referencia hacia el Norte, que ahora permite una panorámica más ancha y vegetal.

—O monte picudo y negro, aquel más bajo, donde termina o tubo es «Cucuraza».

Una tonsura sobre los picos que montan la Cucuraza.

—... O pico aquél es o «Garmos...»; lo otro, «Cochatalda». Y, a drechas, Forátula..., Punta Tendeñera... puerto de San Nicolás Bujaruelo...

—¿Qué altura?...

—Allá van os tres mil, más, menos...

Los tensinos hablan con una forma original de articulación. Conservan aún en su dicción muchas «x» en lugar de «j», pero, sobre todo, extraña la graciosa abreviación de los artículos, donde el «o» sustituye arcaico los «él».

En Saqués, un pueblo de unas veinte casas, se apean varios viajeros. Saludan brevemente y, ya en la carretera—que se jalona de una doble hilera de chopos altísimos, centenaricos, con la belleza erguida y elegante que sólo la espiritación del chopo consigue—, se espesan los alientos de los recién llegados. En la historia moderna del valle Saqués fué el reducto de la nueva fe política. Todos los hombres del pueblo eran en el año 36, falangistas, constituyendo el dique que impedía la llegada desde la tierra baja de virulencias perturbadoras.

No es posible dudar de la existencia del oro contemplando un sol que se escapa milagrosamente del apelmazado cielo y que ha venido a dorar las altas cumbres del Pirineo Central. Un oro fuerte, un tesoro infinito, celosamente defendido por la piedra y la nube, invita en silencio a su conquista y a aventura.

RONDANDO LOS 1.350 METROS

Hundido en el valle, en el ángulo de confluencia de los ríos Gállego y Caldarés, Pueyo de Jaca, un Belén sencillo, un recodo en el mundo hecho para la paz. Encima, casi aplastando a éste, Panticosa, ante la brecha del Escalar, una trepa que sube, en largos meandros, a los que ataja la trocha, hasta el Baleario, los lagos de Bachimana, Azules y puerto de Mercadau.

Quedan a la izquierda los dos pueblos más altos del valle. Tramacastilla y San Diniés, rondando los 1.350 metros. San Diniés es, con Hoz de Jaca, el pueblo

más ganadero y el que más fortunas individuales remansa.

La carretera se escinde a la altura de un tajo bellissimo sobre el que pende un puente breve. A la derecha sigue al Baleario: nueve kilómetros. Por la izquierda, a una distancia de siete kilómetros, Sallent de Gállego, la capital de la montaña, puesto fronterizo, una villa sorprendente de contornos e intimidad. Y antes, Escarrilla, sobre el tajo del Gállego, y Lanuza, bajo el Pacino y su ladera vertical. Sobre todo, la Foratata, tenue, desvaída, como si la luz no la alcanzara y si la lejanía, una distancia de ensueño. Y Formigal, que desciende manso de praderos ralos desde el nacimiento del Gállego, quien se unirá, bajo las casas de Sallent, las casas blancas de teja morena, con otro río, fríasimo, cristalino, el Aguas Limpias.

Enloquecer, sí: con esta sinrazón, ahora, mañana, pronto. Porque esta sinrazón es eterna, la maravillosa locura de la gratitud del hombre hacia el Creador.

En un tiempo, el valle fué descubierta por los pintores. Apenas monta nadie un caballete en este encuadre prodigioso. La belleza es también inasequible. Y una serenidad enloquecedora es este múltiplo de matices verdes, que se aploman desgastados, se yerguen tempranos y agrios, se doran mustios en una finta del sol, se enrojecen en las carrascas viejas, se amargan en las arañoneras, visten el rosicler de los atardeceres vivos, toman del cielo un azul bogador y se tornan wagneriana demencia en el oscuro rompiente de la pinada, dulce plegaria del Fra Angélico en la línea clara de los chopos hilados en la mansedumbre de un prado.

EJERCITO DE OBREROS

En el tuétano de este encuadre clásico, la paz es viva, y el mundo de la bucólica fundamental que lo nutre oculta el pálpito sanguíneo de otro mundo moderno, apasionado, dulcemente alborotado.

Es la luz, que no es demasiada nunca, a pesar del alemán que se cegaba. Que es verdad y vida. Un reguero diminuto crece en una sombra, por los tres mil metros de las cresterías. Brinca, salta, se nutre, choca con ruido en el desprendimiento, domesticase en un lago. Ejércitos de obreros se mueven sin hacer ruido. En las altas horas de la madrugada, revienta un barrero conquistando los ecos de la esquila.

Desde Sallent a Sabiánigo, dos poderosas líneas de conducción en una doble y distinta hilera—pilonas las llaman los aldeanos—de postes de plateado esqueleto. Son el «cable viejo», con sus 66.000 voltios, que parte de Panticosa y Pueyo de Jaca, y la «línea nueva» que ha doblado a la anterior—120.000—, y que, desde Lasarra, encima de Sallent, recoge la más nueva fuerza del Pirineo Central.

Sallent, Panticosa, Biescas, Pueyo, son otras tantas centrales que la Compañía explotadora Energía e Industrias Aragonesas, tiene montadas para la creación de este prodigio urgente y necesario que es la hulla blanca.

Con frecuencia se leen en libros cuyos escritores debieran exigirse un mayor rigor, datos equivocados en relación con la exacta producción eléctrica de estas centrales. Así en la «Geografía Ge-

neral» del señor Paluzie, edición reformada por Santamans, es fácil encontrar, en la página 140, que el salto de Sallent produce 54.000 kilovatios-hora, cuando Sallent suelta realmente 12.000 kilovatios-hora. El de Pueyo de Jaca, con aguas conducidas desde el lago de Panticosa, a 1.650 metros, da una fuerza de 24.000 kilovatios-hora. El salto de Lasarra, aun no terminado, al final de las obras producirá 30.000 kilovatios-hora, completando su capacidad máxima actual de 20.600. Biescas es la central con menos rendimiento, y Panticosa, tras las instalaciones del balneario de este nombre, rinde unos 4.300.000 kilovatios al mes. El producto anual de energía, con el salto de Pueyo de Jaca, por ejemplo, alcanza la bonita cifra de 96 millones de producción teórica.

UNA OPERACION HIDRO-ELECTRICA

A pesar de este rendimiento conseguido, el sistema hidroeléctrico del valle de Tena no está finalizado. En Górgol y en el nacimiento del Escarra sigue trabajándose en nuevas recogidas de agua que serán servidas a la central de Sallent. Dijimos ya que se espera completar en breve la capacidad productora de Lasarra. Otras avanzadillas laborales recogen hasta la última gota en Ibon Ciecho, Pondiellos, Arrieles y Respumoso. Esto en cuanto a la operación que está en marcha. Se proyecta, además, vitalizar la primitiva colectora de «El Espumoso», entre Polituara y Santa Elena. Y se halla también iniciada recientemente la construcción de una línea de 220.000 voltios a Francia, interconexión que resolvería el problema de las mutuas ayudas con salida y entrada entre los dos países de los sobrantes.

La importancia de esta generación de energía eléctrica se desprende sin necesidad de ulterior argumentación si nos detenemos un instante a considerar el notable complejo industrial de Sabinánigo, ayer aún un simple barrio, el de la Estación—el Ayuntamiento, el primitivo y real Sabinánigo, se encuentra bastante apartado del ferrocarril, hundido entre las montañas—, y que en este momento viene a ser unas ocho veces mayor que el Municipio matriz, con sus importantísimas fábricas de aluminio, papel y serrerías de notable envergadura, una especie de novísima «Ciudad del Dólar»—sin que varíe la clásica topografía de las aldeas de colonos en el Far-West, con su calle fundamental larguísima, interminable, casas de doble planta y unas pocas más esparcidas a una de sus espaldas—con grandes posibilidades sin agotar y donde surge cada nuevo día una empresa distinta, entablados en la actualidad proyectos, tanto oficiales como procedentes de iniciativas privadas, de gran potencial económico. Y no queda reducida esta industria reciente a la fuerza motriz de los saltos del valle, sino que, además de esta espléndida realidad, que por sí sola justificaría esfuerzo tan gigantesco, es preciso contabilizar los suministros de energía a la compañía Electra-Jaquesa, que alimenta las necesidades de gran parte del canal de Berdún y sus aledaños, así como las conexiones que sirven a

Eléctricas Reunidas, S. A., de Zaragoza, y a la Iber-Duero, que traslada una gran cifra de kilovatios a los núcleos fabriles del norte de España.

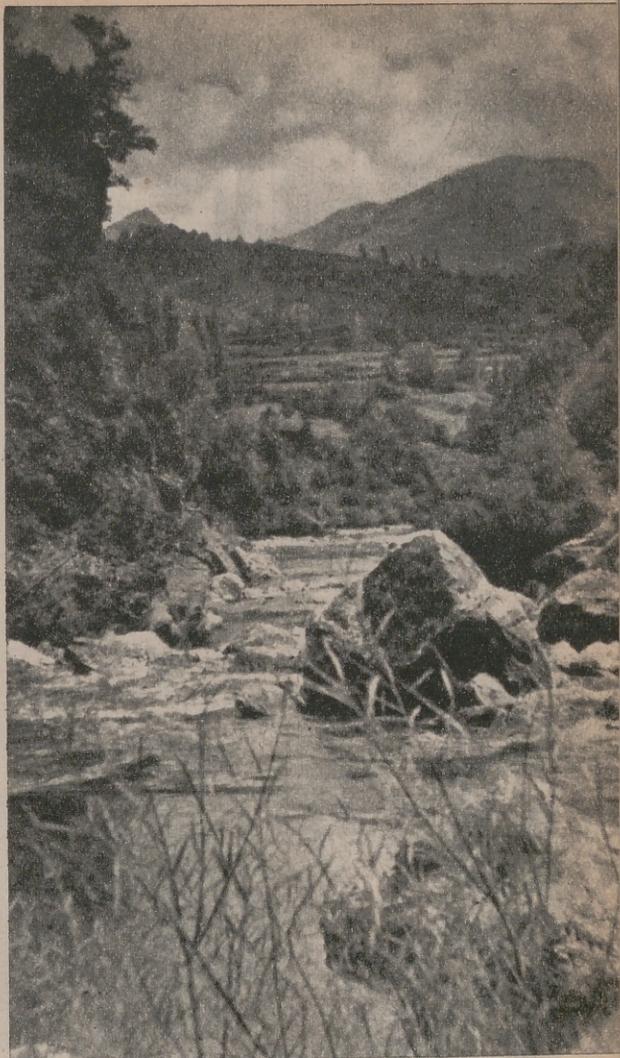
Un corazón generoso, en cada latido de segundo hay una verdad, la fortuna esplendorosa de un mediodía continuo es el valle de Tena, humilde, pequeño, serenísimos, dormido y olvidado bajo el alerta de las sierras, Tellerá, Tendeñera y los 3.000 metros del macizo central de la Cordillera Pirenaica.

LA TERESIANA DEL TRABAJO

Un tercio, heroico y laboral, se ocupa de mantener el fuego sagrado, la continuidad de este a provechamiento progresivo. Y si decimos que aquí está presente una legión laboral, no nos apoyamos en ninguna metáfora sugestiva. Legión es, que ocupa el puesto más difícil de las alturas enriscadas, donde se hace anónimo el minero y el peón, los capataces y los técnicos, en la denominación—O. C. I. S. A.—de la empresa, cuyo cuartel general se establece en Sallent de Gállego. Legión es, y su laurel, el cielo más intenso, cercano a las espaldas de estos equipos, por la dureza del trabajo—excavación, perforación de túneles con peligrosas filtraciones y silicosis frecuentes—, por el rigor del clima, por la altura, que sobrepasa los 2.000 metros en muchos de los tajos, por el gesto de colonización que tienen los barracones perdidos en la entraña pirenaica.

Actualmente, en los tajos que se mantienen activos, la mano de obra, podemos asegurarla, alcanza un número aproximado a los 1.300 operarios. En Górgol son unos 160 obreros. En Escarra, alrededor de los 350. Lasarra ocupa en estos momentos unos 50. En Respumoso trabajan cerca de los 300; Arrieles, 50; Ibon Ciecho, el centenar; Lago de Pondiellos, 250; Sallent, otro centenar.

La mayor parte de estos operarios está constituida por gentes de Andalucía y Galicia. El sistema laboral, predominantemente, es el destajo. Se suelen trabajar diez horas en verano, que en invierno quedan reducidas a nueve. Todos los días son santos y buenos para el trabajo, incluso los domingos. Las horas extraordinarias son aceptadas como la liberación compensadora. El jornal base de los

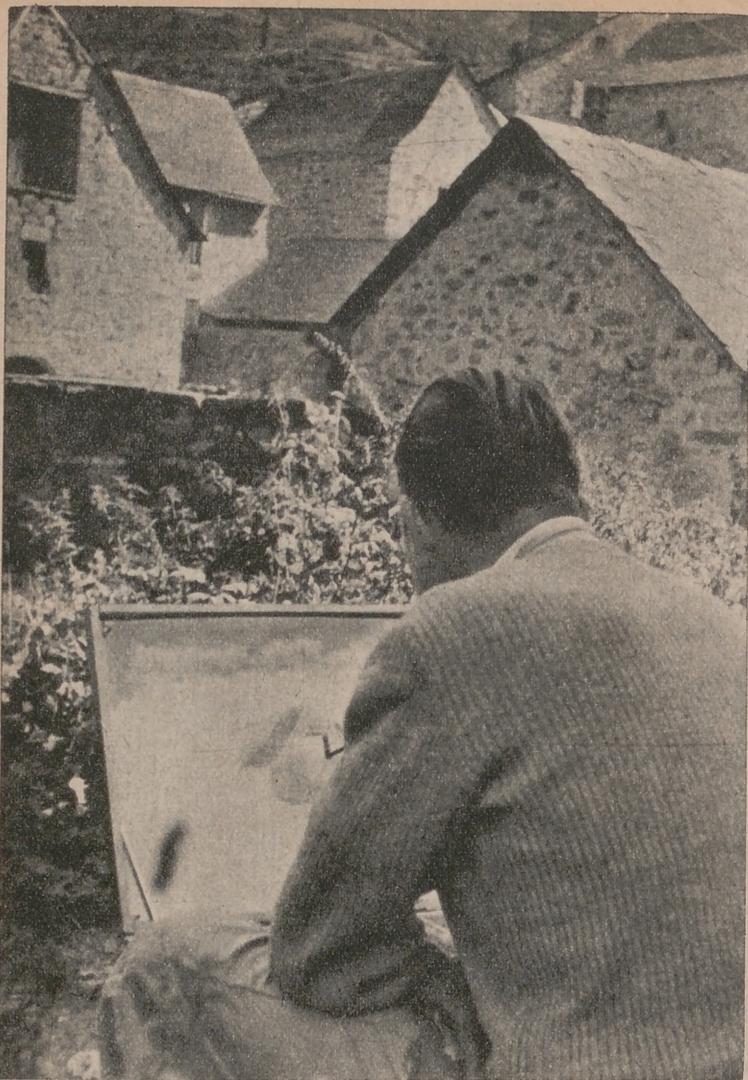


Un bello paisaje refrescado por las aguas del río Gállego

peones es de 24 pesetas y céntimos. Los mineros de primera clase—entre los que se ceba con preferencia la silicosis—ganan un poco más de las 28 pesetas como jornal base. Los señoritos, los mejor pagados de todos los mineros allí empleados, son los mineros entibadores.

Los tajos están, en lo sanitario, atendidos por practicantes. El médico, como ya dijimos, se halla en Sallent. Desde el más próximo tajo al pueblo, desde Escarra, por ejemplo, hay unos tres o tres kilómetros y medio. Se agrava la situación cuanto más adentrado en la orografía está el centro de los trabajos. Así, desde Respumoso al Ibon Ciecho hay unos tres kilómetros, a los que es preciso añadir la longitud del plano inclinado que une éste con el punto de Lasarra, donde ya puede recoger al accidentado la ambulancia que existe para estos fines de asistencia urgente, debiendo recorrer desde allí otros dos kilómetros y medio a tres hasta el puesto médico de Sallent. No es difícil, con la presencia de estos datos, imaginar las dificultades que encierran las atenciones sanitarias de estas obras.

La asistencia se completa con un sistema de economatos en cada emplazamiento y la instalación de barracones con destino a dormitorios. Todas las penas que aún pudieran quedar al descubierto después del esfuerzo diario han de ser sufridas con la mejor voluntad de la imaginación o con



Aun quedan espíritus heroicos que luchan difícilmente con la domesticación del verde en la acuarela. El pintor regresa sus colores a la piedra desnuda de los caseríos

un buen trago de vino. Es imprescindible añadir que, una vez por semana, la compañía da una sesión de cine en cada tajo.

A pesar de todo, la alegría no falta. En esta tiendecilla del valle—cantina, ultramarinos y confecciones—apurán conmigo un vaso varios obreros de O. C. I. S. A., que aun tienen fuerzas, al final de la jornada, para cabalgar en su bicicleta por la entraña negra de la noche. Tira el remedo de hogar que provisionalmente instalaron estas gentes en los pueblos del hondo valle. Es la paz permitida, un remanso precario al que es difícil renunciar. Es el hogar mientras dura la tiniebla. Pero el corazón, distinto, fortalecido en el riesgo, repecha también con la distancia, la helada y el descanso. Y luego, para ejemplo de timoratos, la alegría se traduce en los hijos que llegan. Sin que los ahogue el temor del porvenir incierto. Y cuando, Juan Miguel, el tendero, vuelve a llenar los vasos, entra una mujer. Paga, que cobraron la quincena, religiosamente; bromea; ríe mientras el dueño borra la cuenta atrasada en la libreta; se le van los ojos tras una camisa azulina, y la compra. Se regala también, y es para la hija mayor esta vez, unas alpargatas rojas con flores bordadas. Y se vuelve a la habitación realquilada con un gesto de triunfo.

—Pues ya ves...—me dice el tendero— No te apures, que a la

quincena se limpian el debo... ¿La has visto?... ¿Quién diría que tiene cuarenta y tres años y trece hijos?...

—¡Ah!...—dice uno de los obreros—. Y que está pa tener media ocena más...

E inmediatamente pienso en las duras mujeres de los conquistadores, que de este mismo barro estarían hechas.

Bajo la luz sucia de la única bombilla de la plaza del pueblo, dos trabajadores más desmontan de una bicicleta. Antes de que el cielo se matice con los primeros grises del alba, retornarán a los tajos estos caballeros del esfuerzo como ciclopes voladores sobre la grupa que acaba en el único ojo parpadeante de una linterna.

EL ULTIMO CONTRABANDISTA

Desde el pico Midi-d'Ossau, que recuerda una cabeza de barbo asomando en el agua, hasta la ancha mole de la Gran Face—en cuya cumbre, los últimos años, montañeros españoles y franceses rezan a una Virgen allá entronizada, dentro de la más pura de las hermandades—, se agrupan las alturas más impresionantes y bellas de la Cordillera. Más suave el declive francés, en el español se erizan los tres mil, rebeldes, apretados, como niños a la salida de una escuela. Allí están la Forata, el Bañitus, el Cristales, el

Aragón, la Face, el Infierno, las Arguallas, los Garmos—Garmo Negro, Garmo Blanco, Garmo Carnicero—, el puente aserrado de las Crestas del Diablo, dominando las altivas maravillas naturales de los circos de Piedrafito y de Panticosa, de difícil, áspera e insuperable belleza, hundiendo sus pies anchurosos, sus faldas gigantescas, en la lentejuela prodigiosa de los ibones.

Si estratégicamente—«Se defiendo con una escoba», me ha dicho, en Llanel, un pastor—es una barrera difícilmente salvable, presta una serie de imponderables a vencer por la más alertada Policía, que el contrabando aprovechó hasta tener categoría primerísima en otro tiempo. La guerra europea del 14 avivó muchos ánimos, y la mínima concesión de un balcón a media montaña fué empleado para paso de la aventura y del pie misteriosamente afincado del contrabandista. Y alguna fortuna de Tena tuvo su inicio en el regate hábil de los carabineros.

Pero el contrabando, aquella bohemia violenta y esforzada de los hombres del valle, ha periclitado definitivamente. Las causas, cualquiera las sabe, dicen, si la gente es distinta, si tiene otro temple. El caso es que hoy se prefiere el seguro rendimiento de la ganadería, la mediocre aportación del cultivo agrícola y el complemento de un turismo rudimentario y sin ambición, al azar del monte y a la sorpresa de los cerinelas.

Carretera arriba, ya no encontraremos más a «Chacán», el viejo montañés que, a las puertas de Lanuza, su pueblo natal, salía estos años atrás, vencido por la ceguera, montado sobre sus piernas arqueadas y antiguamente del más elástico acero, a pedir, arruinado, un cigarro al caminante. «Chacán» se ha muerto—como antes se extinguió, también sin ninguna pena, el «dance paloteado» que cantara Basterra—, y se ha llevado con él la leyenda que era historia viva allí por el tiempo en que esta humillante carretera empezó a vivir, con el coraje de las mujeres tensinas—que no otros fueron los brazos que la tendieron palmo a palmo—, los valles abiertos e intermedios con el puesto de Sallent sobre la frontera.

«Chacán» fué el último protagonista con guapeza de oficio y reinando desde el Pourtalet hasta el Mercadau. El que se atrevía a cantar, agarrado con sus manos prodigiosas a los barrotes de un calabozo, jotas de desafío a sus carceleros. El Don Juan, burlador Tenorio de mulas francesas, como aquella vez, que, sorprendido por una confidencia que le llevara la noticia de la proximidad de los carabineros, antes de amilanarse, subió yeguas y muleros a caballo de sus hombros, escaleras arriba, hasta la última bardilla de su casa, donde, para que en la requisa no se denunciaran con el ruido de las patas, las colgó, con sogas bajo el vientre, de las fuertes vigas del tejado.

«Chacán», aquel mínimo mendigo que conocimos pidiéndonos un cigarro en las vueltas de Lanuza, el mozo audaz en los balbuceos del novecientos, el último tensino echado a los alijos, se ha

querido morir de calzón corto, faja a la cintura, chaleco de pelusa y camisa blanca. Ha pasado de matute en su última hora, alegremente convicto, las últimas alpargatas abiertas del tesón montañés, las hijas tópicas de aquellas otras que tan fuertemente se amarraron al borde de los precipicios.

Su hora, y un tiempo distinto al suyo, le han ganado el alijo miserable del aliento. Su hora, y este mundo nuevo, que no los carabineros. Descanse en paz, y con él el fraude gallardo, la guapeza del traje montañés, y los labios del monte que tienen un susurro menos.

POSIBILIDADES GANADERAS, MINERAS Y TURISTICAS

Vuelvo a la carretera. Ahora, de regreso a la tierra baja. Pero antes he de decir que esta tierra esta incompleta. La ganadería es susceptible de aumento y de mejora. El ensanchamiento, y un nuevo piso en la carretera—con nueva ordenación de las cañadas—traería una afluencia turística para la que muy pocos lugares de la Península están tan completamente dotados. La explotación minera—ya hay una mina de carbón en el Formigal y otra de plomo en la Tendeñera—arrancaría al monte nuevos tesoros. Aún hoy, con las molestias que supone un anormal transporte, la existencia de una red de hoteles, cuádruple de la que existe, atraería el descanso de muchos españoles, quienes—a excepción de las familias catalanas que se atreven al riesgo de la incomodidad entendiendo una compensación en el encantamiento serenísimos de esta belleza inigualable—, desconocen la emoción de estos parajes. El quitanieves, imprescindible, el teléfono, insoslayable, la instalación del agua corriente en los pueblos tensinos, son otros tantos pasos previos que es preciso acometer con urgencia.

Porque es el valle de la luz, no sólo de la eléctrica, sino de la misma sonrisa del Creador, que se asoma diariamente, a complacerse, a enaltecerse, en una porción maravillosa, excepcional, de su obra superior. Y, un día, con esta claridad, seremos sorprendidos por el secreto de esta verdad, de esta elegancia sin artificio de los hombres, de una cultura que envidiarían muchos pueblos españoles más metidos en el mundo de la progresión científica, técnica y civilizadora, más cumplidos de medios educadores. Y porque también necesitamos este orgullo hispánico de los tensinos que no precisó de apoyos económicos ni de cualquier otro orden material para ser digue insalvable desde el año 36 al 39. Y porque está entre nuestras obligaciones descubrir España a los españoles allá donde exista, máxime si es, como esta vez en un rincón olvidado donde permanece la gracia del ángel.

Miguel Angel CASTIELLA

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

INGLES FRANCES ALEMAN

LITERATURA INGLESA
LITERATURA FRANCESA

CON
DISCOS
(corriente y en microsuro)



SIN
DISCOS

Cursos fonobilingües

Poliglophone

La eficacia de nuestros cursos de idiomas no descansa sólo en el complemento de los discos; la amena distribución del texto, de técnica insuperable, hacen su estudio tan fascinador como un juego científico.

"Obsequiamos con un 'tocadiscos miniatura'"

CCC



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.
señas
solicita información **GRATIS** sobre el curso o
cursos siguientes

REMITASE A: **CCC** APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN



LAS ANIMAS DEL PURGATORIO

NOVELA

Por Carmen CONDE

CAPITULO I

DURANTE el día la tienda hierve de mujeres, de chiquillas que van a la compra, fiada casi siempre, de los alimentos del día. Los tenderos son descendientes de una larga dinastía de tenderos cuyo origen parte de un minero que tuvo suerte y pudo dejar la mina y establecerse por su cuenta. De aquel hombre, redimido del subsuelo por la fortuna, les ha quedado a todos sus descendientes la piadosa comprensión que significa ayuda a los irredentos, en forma de crédito. Los sábados, las mujeres pagan —no todas, desde luego—, lo que se llevaron durante la semana: habichuelas, arroz, tocino, garbanzos, atún de tronco o de ijada (salazón que gusta mucho al pueblo levantino), olivas, jabón para lavar... Lavar es difícil, porque el agua se encuentra polarizada en unas pocas fuentes del barrio, alrededor de las cuales han de montar guardia los cántaros esperando vez para llenarse. Y las chiquillas son las encargadas de velar por sus derechos mientras las madres guisan, friegan, sacan los trastos al sol de la calle y cambian impresiones unas con otras.

A la tienda de los Popos llegan todas las embestidas del barrio de Santa Lucía. Como un promontorio que resiste inacabables oleajes, en la tienda rompen todas las habladurías de unos y de otros. De día no hay tiempo para escuchar siquiera. Mientras el tendero, la tendera, sus hijos, hasta el mismo abuelo en ocasiones, lían con agilidad esos paquetes tan graciosos cuyo papel se va rizando por los bordes hasta acabar en un fuerte doblez, las vecinas se lo dicen todo sin que a ellos llegue más que el sordo rumor del oleaje.

Vergonzosamente, como huídas, llegan también las de las cuevas; muchas tienen tracoma. Porque hay tracoma por allí, aunque no tanto como en Almería. Las de las cuevas compran cortezas del tocino, rectos de quesos secos; cosas que apenas existen ya como alimento posible. Algunas veces, la tendera o su hija, sin mencionarlo siquiera, meten entre lo pedido un buen trozo de tocino fresco, o de longaniza, unas patatas... Y los ojos pitañosos parpadean «haciendo ruido», como diría Gloria Fuertes, y la boca murmura algo que no se entiende.

De noche es otra cosa la tienda, porque empie-

za a vivir su mitad de taberna. Después del trabajo llegan los hombres y se sinetan en torno a un par de mesas medio vencidas, se recuestan en las paredes, se apoyan en el mostrador, y hablan entre vaso y vaso —laguenas— de tinto jumillano mezclado con aguardientes; o juegan a la baraja mientras se hace la cena en sus casas.

Por lo regular, el que preside estas veladas es el abuelo, el viejo *Popo*. El recuerda a los abuelos de estos hombres duros, secos, cuya forzosa contención en el comer ha decretado que sean flacos y resistentes. Acuden ex mineros, broncos y pendencieros; marineros de los barcos del mineral, del riquísimo mineral que da la sierra ahora a los barcos extranjeros y nacionales que anclan en mitad del puerto esperando a las gabarras que se hinchen en el embarcadero de Santa Lucía.

Los hombres hablan de sus ideas, que fácilmente se suponen el verlos derrotados, macilentos, engañando todas sus hambres con un juego de cartas o de dominó. Y el viejo tendero, que es un buen hombre, interviene para distraerlos cuando las palabras se van amontonando con excesiva rapidez.

En la tienda se venden también aparejos de pesca, y por eso se huele a brea, a jarcia seca, a rollos de cuerda. Hay faroles viejísimo colgados del techo, redes por los rincones, enormes paquetes de madejas de hilo para componerlas. Estas cosas están a cargo, exclusivamente, del *Popo* jovencito cuya enorme aspiración es ser piloto. Hay que tener presente que el puerto está allí, basta asomarse a la puerta para verlo.

Esta noche el ambiente es muy espeso, pues hace ya frío en la calle y los hombres cerraron las vidrieras que dan afuera. Ha venido otro viejo del barrio, y todos hablan de cosas diferentes a las habituales. Sin saberse cómo, en lugar de meterse con el Gobierno (placer al que nunca se ha renunciado entre nosotros), se habla de cosas que pasaron, hace muchos años, allí mismo, en el barrio de Santa Lucía. El *Popo* viejo cuenta una, sombría, y su amigo el señor Pencho le contesta con otra, que es amarga y a la vez risueña. Los

hombres fuman y beben con parsimonia; algunos crios se agazapan por allí, al oisique de lo que se dice; y hasta hay dos viejas por detrás de los rollos de cuerda embreada prestando atención y asentimiento a lo que escuchan.

¿Qué le ha inducido al anciano tendero a sacar a relucir un suceso tan antiguo? Pues su historia es del tiempo en que no iban camiones por las carreteras, sino grandes diligencias, carros con tiro de mulas y borricos, polvorientas tartanas y galeras abarrotadas de personas y de cosas... Un arriero, que vivía cerca del cementerio y estaba casado con una arpía de la cual tenía un hijo que ya era un mozalbete de catorce años, tenía consigo a su padre, un pobre vejete que no hacía daño a nadie y se pasaba las horas al sol sin decir esta boca es mía. Pues bien, la arpía de la nuera, cansada de mantenerle y de que él no se decidiera a meterse definitivamente en el cementerio vecino, se empeñó en convencer a su marido de la necesidad de llevar al viejo al Asilo de Ancianos. ¿No iban otros; por qué no habría de ir también él? La vida estaba muy cara, el muchacho crecía y había que alimentarle mejor; si se quitaran de encima al abuelo, podrían tener más desahogo...

—Pero, mujer —argüía cada vez más débil el arriero—. Si el pobre padre se conforma con unas tristes sopas...

—Unas sopas, unas tristes sopas. Eso te lo crees tú, porque es lo que se come delante de ti. Pero cuando tú no estás...

Sentadito en su puerta, mascando los trozos de tabaco que algún vecino le daba compasivo, el abuelo miraba con melancolía el polvoriento camino del cementerio. Por delante de la casa pasaban los coches de los muertos; algunos días, muchachos; otros, uno o dos tan sólo. Y el resol mantenía cerrados los cansados ojos del anciano, debajo de cuyos párpados se obstinaba la lúgubre imagen del coche con su ataúd.

Hasta que una tarde, por fin, el hijo se le acercó titubeando, con una profunda angustia en el alma. Sentóse a su lado, le lió un cigarro y hasta se lo encendió al dárselo; luego, sin mirarlo, con voz que se le agarraba a la garganta para poder subir desde el pecho, fué diciéndole:

—Padre, la vida está cada vez más cara, más dura; yo no gano lo bastante; el chico necesita comer más... Y he pensado llevármelo a usted a la Casa de Ancianos, porque allí estará mejor, muy bien, las monjas son buenas y se harán cargo...

Durante un minuto —un minuto es mucho tiempo a veces— no se miraron el padre y el hijo. Luego, el anciano levantó la triste cabeza blanca y contestó con dulzura:

—Llévame, hijo.

El hijo, que reventaba por dentro, se levantó con ligereza; las cosas estas hay que hacerlas pronto, cuanto antes, si se quiere sobrevivir a ellas.

—Voy a preparar el carro y nos iremos. Hable ayer con la Superiora.

El abuelo tuvo frío porque estaba anocheciendo y siempre se levanta una brisa que se cuele hasta los huesos. Pidió:

—Hijo, dame una manta. Me servirá allí después.

El arriero gritó con fuerza, ordenando a su muchacho:

—¡Muchacho! Entra a la cuadra y cógete una manta del caballo para que se la lleve el abuelo.

Rebulleron en la casa, en el cocherón donde el arriero se disponía a preparar el viaje al Asilo de Ancianos... El viejo, despacio, fué también allí dispuesto a subirse al carro. Entonces se le acercó el nieto, rostro inexpresivo, y le tendió media manta. Amarga, ahora sí, le asomó su voz al abuelo:

—Mira tu hijo, qué espléndido es. Me da media manta en vez de una entera.—Y rió, cascadamente, considerando el asunto.

Aquello sirvió para que el arriero soltara de algún modo su dolorosa ira.

—¿Qué has hecho, galopo? ¿Por qué le diste al abuelo media manta?

El muchacho levantó sus ojos claros, abiertos y, sin embargo, cerrados, hasta los de su padre, y contestó:

—Porque la otra media me la guardo para cuando te lleve a ti a ese Asilo.

Sonó un taco, un breve y convincente taco. Y el arriero arrancó aquel trapo de las temblonas manos de su padre:

—¡No me llevarás!—gritó—. Porque yo tampoco

llevaré a mi padre. —Se arrodilló, sollozando—: ¡Padre, perdóneme usted!—suplicó.

Y el anciano acarició aquella frente que se hundía en su cuerpo helado, y miró al nieto por encima del hijo. Era un chico hermoso, limpio, que le sonrió con toda la cara y le besó luego una mano que parecía un pájaro desplumado y con miedo.

Buen ejemplo, ¿eh? El que más y el que menos aprendió la amarga lección que encerraba. Se hizo el silencio. Llegó, claro, el bronco aullar de una sirena. El hijo del *Popo* acudió con un frasco de tinto y llenó de nuevo los vasos. Brindó:

—Esta ronda, por mi padre. Yo convido.

Lamiéndose los labios, el antiguo amigo de la casa, el señor Pencho, quiso ahora contar su historia. Era auténtica también, y ocurrió en el barrio. Quizá fuera por el mismo tiempo que la otra. Las cosas estas pasaban todas cuando los padres eran viejos y pobres, que cuando conservan su dinero...

Allí estaba aquel buen hombre con más de setenta años vividos casi íntegros en la mina. Se quedó viudo y como tenía dos hijos, una hija y un hijo, casados ya, decidió repartir entre ellos sus pocos bienes y vivir, alternando las semanas, en sus casas. No es que fuera mucha su fortuna, aunque dos casitas, una poza de agua potable que se vendía por cubas y un huerto que producía hortalizas, algo representaba para gente humilde.

Hechas dos partes iguales que cada hijo tomó para sí, el abuelo vivía una semana en una casa, otra semana en la otra..., y pasando el tiempo, sin que se pudiera precisar desde qué momento, el abuelo comenzó a sobrar en las dos. En una, los nietos le trataban mal; en la otra, la nuera. Nunca hacía nada a derechas, siempre estorbaba a sus hijos. Imposibilitado, por su dádiva, para irse a vivir solo, por su cuenta, el pobre viejo padecía una existencia miserable. Hasta que un día, cuando paseaba por el muelle entre montones de pirita y lingotes de plomo, encontró a un antiguo amigo, su mejor amigo, al cual se lo contó todo sin dejarse nada dentro.

Sentados sobre bidones de alquitrán, oyendo chillar a las gaviotas, los dos viejos sonreían con amargura. Y el consejo brotó cargado de sabiduría...

—Fuiste un tonto con darlo todo en vida.

—Ahora lo comprendo.

—Vas a darles una lección que les escocerá hasta que se mueran. ¿Me prometes hacer lo que yo te diga?

—Sí, hombre; sí.

—Bueno; pues te voy a dar diez duros en plata y vamos a mandar hacer muchísimos rulos de madera del tamaño del duro, para que tú los lies en paquetes de veinte, de diez, como quieras. Ponle un buen candado al arca. ¿Tienes arca?

—Sí, una tengo. Pequeña.

—Colócala frente a la cerradura de tu cuarto, y de noche, cuando te metas en él, enciértrate con llave. Te vuelves de espalda a la puerta, te sientas delante del arca y cuenta muchas veces los diez duros que te doy. Después, metes los cartuchos de rulos en el arca, los sacas, mueves trajín para que ellos crean que la tienes llena de duros. Mañana te daré un papel que meterás en el arca, pegándolo a la tapa por dentro.

—¡Bendito sea Dios, qué ocurrencia!

—Ya me contarás el resultado, ya. Si te parece,



diles cualquier día que no dejen de llamarme en cuanto te mueras.

Se dieron la mano, se miraron a los ojos: los dos lloraban. Y el barco seguía pitando, las gaviotas chillaban, y el cielo permanecía siempre encima del mar.

Todo se hizo como el experimentado amigo dictara; y, ¡oh humana naturaleza!, los hijos, los nietos, cambiaron súbitamente de actitud ante su abuelo:

—No ha comido usted hoy nada, padre.

—Siéntese en esta silla al sol, abuelo.

—Padre, ¿no fuma? Tome este puro.

—Padre, ¿no bebe? Pruebe este Jumilla.

Padre por aquí, abuelo por allá. Cuando se reunió con su amigo en el muelle...

—¿Qué tal te va con tus duros?

—Da miedo ver lo bien que me tratan.

—Requetebién, hombre. Pásalo agusto, que te lo mereces.

Y los viejos se apretaban las manos, y en los ojos les brillaban lágrimas.

¡Menudo chasco el de los hijos cuando descubrieron que el padre no se lo había dado todo, como dijo; que aún se guardaba muy buenos duros en su arca! Se reunieron, celebraron consejo, y tomaron la decisión de complacerle para que no se les fuera. Con su dinero (¡la cantidad de cartuchos que tenía en el arca!) podría irse a vivir tranquilamente con quien quisiera. Y organizaron una corte complaciente para que no le faltara nada al abuelo.

Muy pocos años duró aquella pobre vida gastada, en la que se clavó la más cruel lanza: la de la ingratitud filial. Se puso muy enfermo, pidió confesión, y el buen fraile capuchino que acudió en su socorro rió unos minutos al oírle; después le dió su absolución y fué el viejo el que rió, gozoso de luz invisible, encaminándose al Señor.

—Hay que llamar a su amigo—dijo la hija—. Y delante de él, como testigo, haremos las particiones.

—Voy a buscarle. —Y el hijo salió en su busca, media hora después de volver del cementerio en donde dejó, en sepultura perpetua, a su padre.

Lo encontró pronto, pues ya estaba él esperando que le buscaran; y juntos se instalaron todos ante el arca.

—Mi padre—contó la hija—dijo que nos lo había dado todo, en partes iguales, y no era verdad. En esta arca se guarda un capital, pues le oíamos contar y recontar duros que después liaba en cartuchos y metía aquí.

—Abrid el arca. Repartiremos esto también.

Forzado el candado—no se encontró la llave, la tapa se levantó, y aunque tenía pegada una leyenda nadie le hizo caso, pues todos los ojos fueron, afanosos, al fondo: ¡cilindros y más cilindros de duros se amontonaban allí! Y, cosa rara: sólo diez piezas de plata estaban en una cajita de pastillas para tos, al descubierto.

—¡Lo que guardaba el viejo!—rezongó la nuera.

—Hay que contarlos—se anticipó el yerno.

Y el hijo tomó un paquete, otro la hija, y ya al scpeararlos se miraron extrañados; inquietos, rasgaron más que deslizaron el papel: ¡Rulos de madera, más rulos de madera!

—¿Eh? ¡Qué diablos es esto!

El amigo se reía, señalándoles lo escrito y pegado en la tapa; entonces, leyeron: «El que da los bienes antes de la muerte, merece que le den con un mazo en la frente.»

Con voz reposada les fué explicando la estrategia aconsejada por él; les reprochó su sucio comportamiento antes y después de oírle contar duros a su padre. Y añadió, que cómo aquellos diez de plata, los auténticos, eran suyos, pues se los dió para que les engañara dándoles una buena lección, pues ahora él los recuperaba y sanseacabó. Tomó la puerta y se fué tan campante.

¿Qué se hizo de los hijos? Por ahí andaban, tan viejos como el que ahora contaba su divertido engaño.

En la tienda de los Popos se rió. Algunos se emocionaron; las mujeres se pasaron la mano por los ojos, y hubo crío que se quedó callado para toda la noche.

Era tarde, casi la hora de la cena. Una ronda más fué servida (ahora convidaba el segundo re-

lador), y las cadenas de un ancla sonaron estridentes en el muelle. Después de las cadenas se oyó un golpe y unos pasos apresurados. Las dos puertas de la tienda se abrieron, violentamente, dando paso a un hombre de pelo rojizo, envuelto en harapos, medio descalzo, que, jadeando, los observó a todos como un perro acosado; se arrimó al mostrador y dijo:

—Vino. Quiero mucho vino.

Se miraron extrañados cuantos estaban allí, y unos se encogieron de hombros, otros se retiraron en sus sillas; y todos, en fin, prestaron su atención a aquel lívido y titiritante desdichado que Dios sabía de dónde llegaría.

—Otro vaso, maestro; ponme tres o cuatro vasos en fila. Estoy seco.

Y bebió. Cuatro vasos, uno tras el otro. Se puso rojo, echó a sudar; el cuello acusó unas gordas arterias que le dieron aspecto de madero a medio quemar.

—Estoy corriendo desde hace tres o cuatro horas, o cinco, ¡o toda mi vida! Y todavía no he dejado de oír aquella maldita guitarra.

El Popo viejo tenía una larga experiencia de borrachos que vuelcan sus entresijos; y avanzó hasta quedarse a su lado. Le puso una mano en el hombro, y con aire distraído:

—¿No te gustan las copias?—preguntó.

—Me gustan, me gustan, ¡claro que me gustan!

—Entonces...

—¡Pero no que se las canten a las Animas del Purgatorio!

—¡Ah, eso es otra cosa!

El quinto vaso. El humo se cortaba. Se oía a frío. A muelle con cáscaras de naranjas pisoteadas...

—No hay quien resista estar oyendo a un hombre cantar a los muertos, a las ánimas en pena. Yo soy un macho templado, podéis comprobarlo. Cuando supe que tenía sus buenos cuartos, quise cogérselos porque más falta me hacen a mí que a él, que al fin y al cabo todavía tiene su buen montón de cabras. Está solo en el mundo, es viejo, ¿quién hubiera descubierto el golpe que yo le diera? ¡Nadie! Y se puso a tocar su guitarra, puso a cantar a las Animas del Purgatorio...! Vinieron todas. «Son mi única compañía», me dijo. Vinieron a protegerle, a no dejarme que le matara...

El séptimo vaso.

—¡Guitarra, guitarra, maldita guitarra! Ojos con lumbre, puñados de criaturas por aquí, puñados por allá. La guitarra...

Duró una hora la relación del vagabundo.

CAPITULO II

Avanzaban las nubes: arracimadas, sueltas, en largos giros que se deshlaban con el empuje del viento, un gran viento salobre que traía olores del puerto cercano. Tiempo desapacible, próximo a Todos los Santos; tiempo gris, húmedo, que participaba del invierno sin haberse desprendido aún del otoño dorado.

—Va a llover—dijo Rosa, pelando ya la fruta del postre.

—¡Que llueva!—afirmó Paco; y su voz tenía un tinte rencoroso. Tanto, que su mujer le miró extrañada. ¿Por qué no querría él que lloviera? Buena falta hacía la lluvia por aquellas tierras, sedientas siempre, jadeantes de sed.

—¿No quieres que llueva, Paco?

—¿Por qué no voy a querer que llueva, Rosa?

—No sé; lo dijiste de un modo...

—¿De un modo qué?

—Nada, hijo, nada. Estás de un humor negro.

El humo del cigarro creaba una cortina breve entre ellos; a contraluz, Paco apenas era visible para Rosa, que empezó a recoger la mesa en silencio, mirando de cuando en cuando al patio, que ya estaba mojado por las finísimas gotitas. Se olvidó de la apenas discusión y habló de nuevo, como para ella sola.

—Ya está lloviendo. Hacía falta, desde luego. Hasta los pozos están secos, los pobres. Bueno. Tendré que recoger a esas gallinas.

Dobló el mantel, lo encerró en el cajón de la mesa; salió al patio, ahuyentando al averío hasta su encierro. Olía bien la tierra, olía bien el viento que traía a la lluvia; un aleteo sombrío estremecía el cielo ya plomizo, cubierto enteramente por las nubes amontonadas.

Rosa no advertía nada porque su pensamiento andaba lejano, reconstruyendo algo que oyó contar por la mañana en un grupo de mujeres y que

a todos causó gran impresión. Tan abstraída estaba que Paco la llamó ásperamente:

—Rosa, eres tonta. ¿No ves que te estás mojando?

—Pues es verdad. Voy para dentro.

Y se reintegró a la cocina riendo; su expresión era distraída, en sus ojos había misterio... El sonido creciente de la lluvia ponía su fondo melancólico a lo que pensaba.

—¿Qué estás pensando, mujer?

—En lo que oí contar esta mañana.

Llovía por fin, como toda la tierra de Levante sueña ser llovida, secularmente. Se formaban charcos, las gotas rebotaban en ellos, un frío intenso y desacostumbrado aumentaba el gris del momento. Paco sufría, indudablemente, viendo cubierto de agua su gran patio; se diría que creía amenazado el bien provisto gallinero, porque miraba con expresión durísima la lluvia y sus labios, secos, que retenían el cigarro apagado, mostraban expresión de amargura.

—¿Qué oíste contar esta mañana?

Rosa había cogido su cesta de labor y se dispuso a remendar piezas maltratadas. Ahora, como Paco, miraba el patio encharcado; sin embargo, su expresión era gozosa, agradecía la lluvia que, por fin, accedía a colmar el suelo de riqueza...

—Cuando fui a comprar el cordero a la casa del tío Popo...

La tienda de los «Popos» era un enorme caserón en cuyo almacén se vendía de todo. Punto de reunión de las mujeres por las mañanas, lo seguía siendo de los hombres por la tarde, ya que comestibles y vino constituían el fuerte de sus existencias comerciales. A la tienda iban a parar todas las historias habidas y por haber; de allí salían infames, maledicencias, críticas y hasta riñas. Los mineros tenían mal vino, los marineros también, y cuando unos bajaban al puerto y otros subían a la sierra a ver a la familia solían encontrarse en el mostrador de los Popos.

—Cuando fui a comprar esta mañana encontré allí a todas las vecinas muy revueltas. Acababan de llevarse a un vagabundo borracho.

—¿Quién se lo llevó?

—La pareja de la Guardia Civil.

—¿Había robado?

—No... Eso es lo que allí se hablaba, que no era un ladrón ni un asesino, pero que por verdadera casualidad ya que él estuvo dispuesto a ser las dos cosas a un tiempo. Si no se lo hubieran impedido, claro.

—¿La pareja?

—No. Las Animas del Purgatorio.

—¿Rosa! ¿Estás loca?

—No estoy loca, no. Eso es lo que él confesó anoche en la tienda mientras se echaba al buche sus buenos vasos de tinto. Tantas cosas contó, y tan raras todas, que el viejo Popo salió y llamó a los civiles.

El gris plomizo del cielo asfixiaba casi. Llovía como si por vez primera cayera agua en el mundo. Paco encendió otro cigarro, tiró la colilla del anterior al patio y en torno suyo se coloreó, un instante, el suelo. Rosa hablaba por encima de la lluvia, sin apartar sus ojos oscuros y un poco asustados del agua gruesa y ruidosa.

El pobre hombre estaba borracho cuando se lo llevaron, desde luego; pero aun no lo estaba cuando empezó a contar su historia. Allí le oyeron, además de los Popos todos, la tía Lola y el sacristán. ¡Había que oírlos repetir lo que oyeron! Voy a contártelo, Paco, pero no te rías. Estoy erizada todavía, sólo de acordarme. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. ¿Qué historia es esa? Habla.

Cabo de Palos se hunde en el mar violentamente. Pocos son los que han hablado de su solitaria hermosura, pero entre ellos están Gabriel Miró y Andrés Cegarra Salcedo, aquel escritor paralítico que supo recorrérselo con firmeza.

Cabo de Palos es el extremo ambicioso de un litoral suave, ceñido por una *manga* de tierra que lo separa del mar Mediterráneo, poblado de graciosas islitas menudas y solitarias. Mar Menor se llama este gran charco de agua espesa, salobre, densa, más azul que ninguna y más olorosa. En el extremo de la sierra minera, que llega desde Cartagena casi y se encuentra antes del mar Menor, hay montecillos no tan lunares como los de Los Blancos; no tan austeros como los que sostie-



nen las ermitas de los Angeles sobre San Ginés de la Xara: pequeños montes por cuyas laderas bullen rebeldes de cabras olisqueando un pasto casi imaginario.

Desde estos montecitos se ve el mar Menor a la izquierda; y el hirsuto cabo de Palos a la derecha. Dentro del brazo que es la *manga*, caben la isla Perdiguera, la Mayor... Y al otro lado, en el mar Mediterráneo libre, el Farallón, isla Grossa, la Hormiga, el Hormigón... En la misma *manga*, el Estacio. Y en la orilla de tierra, Santiago de la Ribera, los Alcázares, los Nietos... Cualquiera olvida la ladera de almendros floridos que en enero o febrero brinda el Algar, muy cerca ya de mar Menor. El límite de esta costa cautiva es Lo Pagán; después viene San Pedro del Pinatar poco antes de Torreveja, que es ya Alicante.

Las cabras ramonean con ascetismo; olisquean hierbas invisibles; suben y bajan venteando la brisa yodada que del mar Menor se desprende. Y los pastores sestean sin temor. Unas veces por estar muy cerca de esos embudos blancos, lunares, con los cuales se acaba la sierra en el punto precisamente llamado Los Blancos, y en donde acaba, a su vez, el ferrocarril minúsculo y trotante que viene de Cartagena. Otras veces, por estar cerca de almendrales, olivares, algarrobos, y saber que allí no acecha ningún mal a las criaturas.

Un pastor viejo, tan curtido de soles como exento de lluvias, estaba quieto, entredormido, cuando llegó el vagabundo...; ni se movió. Era mediodía justo; se veía (con la mano puesta en pantalla sobre los ojos, para soslayar el sol) un enjambre de barcas pescando en el mar Menor todavía, y un gran navío que cruzaba apaciblemente por enfrente de cabo de Palos...

—¡A la paz de Dios!—adelantóse el cabrero a su visitante.

—Buen día tengamos—concedió éste. Y se sentó cerca, sin más ceremonias. Estaba cansado. Tenía hambre y sed—. Vengo reventando de caminar y de pedir inútilmente—dijo con rabia. Y el viejo le miró sin abrir del todo los ojos, como pensando en sus cabras que iban y venían, inútilmente también.

—Yo te daré pan y queso de mi comida—aseguró.

—¡Menos mal que encuentro algo!—estalló el otro.

Sin rebullirse apenas, el pastor le ofreció su bolsa de tabaco y la yesca.

—¿De dónde vienes?—quiso saber.

—Empecé a andar en La Unión hace unos días, cuando cerraron del todo la última mina. Aquello se acabó, maestro. No queda una casa en pie, ni un cristiano que coma de su trabajo—chupó el cigarro y entornó los ojos—. Creo que me iré a Cartagena a ver si encuentro trabajo en el muelle o me enrolo de marinero de cualquier barco. ¡Maldita vida!

—¿Y para acabar en Cartagena has venido hasta aquí?

Se miraron de frente; el viejo, tranquilo; el otro se encogió de hombros, alejando la seriedad de la pregunta.

—Eché uno a andar, y... ni rumbo se tiene cuando no hay qué comer ni manera de encontrarlo—y cerró del todo los ojos, cortando.

Pasaron en silencio un largo cuarto de hora. El cabrero sacó de su zurrón pan, queso, un puñado de olivas negras de *cuquillo*, y un frasco de vino de Jumilla. Lo fué repartiendo todo con cachaza, y vió cómo engullía, voraz, su parte el vagabundo. El comió despacio, con el señorío de los campesinos de Levante. El vino pasó por el gáznate del extraño, crepitando.

—¿Estás solo, cabrero?

—Soy solo.

—Como yo. Ni mujer, ni hijos. ¿Quién los alimentaría ahora? Años hace que no se ganaba en la mina ni para comer uno solo. Y las cabras, ¿son tuyas?

—Eso parece.

—Por lo menos hay sesenta.

—Las había. Pero vendí treinta hace unos cuantos días. No hay pastos ya, no llueve ni gota, pasan hambre y yo padezco.

Los ojos del vagabundo erraron por el horizonte. Había oído que treinta cabras acababan de venderse, y que el pastor era solo. El no había sido nunca un mal hombre; en su oficio de minero se ganó la vida miserablemente hasta que el capataz dió por terminado el tajo...

—¿Vienes de lejos con tus cabras?

—Vivo en el chozo.

El chozo se encontraba a unos cien metros, junto a una higuera. Y el pastor, allí; comiendo sus olivas negras y tirando los huesos al suelo, uno tras otro, para que las hormigas los fueran rodeando e intentando la loca aventura de llevárselos.

—¿Y no te da miedo vivir solo?

—¿Por qué?

Cautelosamente, el extraño se aventuró:

—¡Hombre! Tienes cabras, tienes cuartos... ¿Te las pagaron bien?

—¡Bah! ¿Quién va a hacerle daño a un viejo?—se levantó y sonrió con alegría. Todo el cielo sobre él, un viento frío moviéndole aquella blusa corta y negra—. Voy a buscar mi guitarra, muchacho—y se alejó, se metió en el chozo, y volvió con una guitarra morena en los brazos—. Después de comer, toco todos los días un ratico...

—Está bien, toca tu guitarra.

Mientras el viejo cabrero templaba su instrumento, el vagabundo se dió a pensar que él tenía que quedarse allí, que lograr que lo admitiera el pastor en su compañía. Podía proponérselo ya, ¿o se esperaría a que terminara su música?

—¡Por la gloria de las Animas benditas del Purgatorio!—saltó la bronca voz del cabrero; y rasgó con sentimiento, entonándose... El otro saltó también, pero estupefacto.

—¿Has dicho por la gloria de las Animas?—preguntó.

—Pues sí, eso parece que dije. Todos los que se acuerdan de ellas, les rezan. ¡Bastantes rezos tienen las pobres, ya! Por eso yo les canto. Con mi guitarra, todos los días toco para su gloria—y sonrió, ajenándose; sin parar mientes en el rostro asombrado del vagabundo. Pero de repente se volvió a él, invitándole:— ¡Hombre, tú eres de las minas. Cántales hoy tú!

—¿Yo a las Animas?

—Yo toco y tú cantas. Anda, que algo sabrás también.

La sierra minera de un canto especial, un trágico canto hondo que se parece al grito que el

submarino lanza cuando sale a la superficie, dentro ya del puerto. El minero, todavía con medio cuerpo en el pozo, huele la luz libre; salta, emerge, canta. La guitarra le espera en la taberna, cerca de un vaso de vino oscuro; o en la taberna, junto a una veta de cal que resalta bajo la luna; o en el Poniente largo, desangrante. Entonces la *cartagenera* brota, arrollándolo todo.

Este mismo canto nace en los montes, entre cabras negras de ojos humanos. La copla rasga, hiende, penetra el aire tibio; o el frío húmedo del cielo. La voz va cantando, por la gloria de las Animas benditas del Purgatorio, una y otra, más dolientes historias o querellas del hombre con su destino.

—Se acabó, amigo. Ahora, canta tú.

Recestandose en un ribazo, las rodillas dobladas, la frente echada hacia atrás, el minero comenzó a planear un posible ataque: primero, le pediría que le dejara vivir allí ayudándole a cuidar de las cabras... O, ¿no sería mejor acabar en seguida con él? Mientras aquel insensato viejo cantaba a las Animas, podría asestarle un buen golpe que le tumbara sin decir pío; luego, iría al chozo, buscaría el dinero de la venta de las cabras, y a huir. Nadie le vió llegar, nadie advertiría su paso. Con dinero podría meterse en el tren y alcanzar el puerto... Felizmente, aquellos lugares eran bien solitarios.

Buscó con la mirada una piedra; las había magníficas, con su carga de mineral dentro. En los bolsillos del roto pantalón las manos callosas le empezaron a sudar, frías. ¡Había que oír al demonio del viejo, cantándole a las Animas del Purgatorio!

—¿Les cantas a diario, dijiste?

—Claro. ¿No ves que no tengo más compañía que la de ellas?

Aquello tenía gracia: la compañía de las Animas. El vagabundo avanzó un brazo con suavidad, a espaldas del guitarrista, y una piedra aguda, negruzca, pesada, cupo en su mano...

—Hombre, si quieres yo puedo acompañarte.

—¿Qué vas a hacer tú aquí?

—Ayudarte con las cabras, hacerte de comer... ¿O prefieres comer siempre pan y queso con olivas?

Sin interrumpir su música, autorizó el viejo:

—Mucho tiempo, no; pero, quédate unos días a ver qué haces.

Y siguió tocando, cantando, mientras la piedra latía en la mano del otro...

¿De dónde salían aquellos caminantes que remontaban el ribazo, yendo a perderse en la luz de la tarde? Habría que esperar otro momento, la soledad del sitio no era tanta como se creyera.

—Oye, cabrero; ¿adónde van todos esos? ¿Qué vienen a hacer por aquí?

—No pasa nadie, amigo. El vino te cogió desmayado.

Y dando por terminada la fiesta, el pastor llevó al chozo su guitarra. Tardó en volver. Era casi la noche cerrada cuando reapareció.

—Has dicho que te querías quedar.

—Eso dije.

—Bueno, hombre, bueno. Vamos a recoger las cabras.

Mansas, sonando el atardecer cumplido de sus esquillas, fueron agrupándose las cabras en un corral que había a la espalda misma del chozo. El viejo se movía como si estuvieran solos, y, sin embargo, no paraban de pasar gentes apresuradas, apenas visibles ya. Y cuando todo estuvo rematadamente oscuro, se las oía pisar cerca, pisar sin cesar el montecico... ¿Qué trajín habría entre cabo de Palos y San Ginés de la Xara, y por qué tenían que subir hasta allí para tener que bajar inmediatamente? El cabrero debería saberlo; quizá era un asunto de contrabando que él se conocía bien. Por eso decía que no veía a nadie.

—Toma una zamarra y duerme; hay otro chozo donde las cabras.

La noche, húmeda, no tuvo soledad tampoco.

Ovillado en aquel chozo que olía a macho cabrío, el vagabundo acabó durmiéndose. Su fatiga le aconsejaba aplazar su criminal determinación. ¿No iba a quedarse unos días allí? Pues ya tendría tiempo.

Todo el día siguiente lo pasó en una tensión disparatada, a la que—naturalmente—estuvo ajeno el cabrero.

Las cabras se desparramaban por el alcor, la hora del mediodía sobrevino con su sol redondo, y después de trasegar unos tientos del frasco de Jumilla y comerse unos pedazos de longaniza blanca, de la tierra, el cabrero fué a buscar su guitarra...

Hacia mucho rato que el ex minero no pensaba en el mal: su frente, oreada por aquel lienzo mojado de yodo que es el aire marítimo, casi reducía apacible. Cuando el cabrero volvió con su guitarra, sonriéndole al día, recuperó el maldito pensamiento de la víspera: aprovechar su distracción para tumbarle de un certero golpe.

Precisamente hoy cantaba el viejo un romance de ciego, de aquellos que para pedir limosna en las casas iba entonando un anciano al que se conocía con el sobrenombre de *El verano*. Era un romance religioso, que narraba pormenorizadamente los tropiezos de un pescador hasta que Dios, compadecido, le mandó a su Ángel de la Guardia.

—¡Por la gloria de las benditas Animas del Purgatorio!

Y latió la música, densa y hasta bronca, como una melena de llamas.

La piedra de ayer estaba en el mismo sitio; todo estaba en idéntica posición: el cabrero, de espaldas al vagabundo, y éste, apoyado en el ribazo... Había que terminar; otra noche más allí, imposible. Por fin, no se veía a nadie, no se oían pasos. Y cauteloso, contentiendo el resuello que se le desbordaba, avanzó...

¿Qué? ¿De nuevo la absurda gente del día anterior?

Porque eran los mismos, estaba segurísimo. Oleadas de hombres, de mujeres, de niños..., que a oleadas también desaparecían.

Tuvo miedo. Súbitamente surgían ante él, le miraban, estaba cierto, con ojos enormes, de fuego, y se perdían. Grito:

—¿Adónde van, quiénes son, qué buscan?

El cabrero le miró desde muy lejos, sin contestarle. Ya estaba en sus labios la llegada del Ángel de la Guardia a su pecador, y los dedos retostados sacaban de las cuerdas una melodía trágica.

—¿Es que no les ves tú? ¡Cállate con tu maldita guitarra!

—Estaría bueno, hombre. Yo canto para las Animas.

—¡Las Animas!

Ellas eran, no había duda.

La piedra ardía, quemaba su mano. La tiró y pareció que iba a dar en pleno pecho de un anciano que remontaba la cuesta, de frente a ellos. Y no le dió. O le atravesó sin tocarle.

Horrizado, se levantó el ex minero; temblaba. La guitarra seguía sonando, el canto palpitaba, el anochecer (pero, ¿es que era, otra vez, de noche?) se echaba encima. Más gente. ¿Más Animas!

—Por tu madre te lo digo, cabrero. ¿Quién es toda esa gente?

Y el viejo giró una mirada asombrada, diciendo con extrañeza:

—Pero, ¡si estamos solos tú y yo, amigo!

Siguió tocando y siguieron llegando—pasando de largo—hombres, mujeres, ancianos... El vagabundo no pudo aguantar más. Echó a correr. Huyó.

Saltó del monte el camino, se cayó en un embudo blanco; lo rebasó y siguió corriendo a campo traviesa. Noche. ¡Y aquella guitarra, y la copla monótona, y el ritmo sombrío!

No supo cómo llegó, al filo de las diez de la noche, a la tienda de los Popos. Pidió vino, jadeando. Bebió como un perro que bebe muy cansado. Habló, lloró, lo contó todo como se cuentan las cosas en confesión general...

El Popo más viejo tuvo miedo y salió y llamó a la pareja de la Guardia Civil.

(Escuchando atentamente, casi se oía desde allí también al cabrero cantar con su guitarra a las Animas benditas del Purgatorio.)





Este **PHILIPS**
es para Ud.

**El aparato de lujo para
el hogar medio.**

Disfrute con sus excepcionales cualidades de recepción y reproducción, por el mínimo precio.

¡TOME NOTA

RECEPTOR **BE 431 A/01**
2.947,- PTAS.
(Incluido impuestos) **!**



PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

EPISODIOS PINTORESICOS DE UN VIAJE OFICIAL A BALEARES

Mi convivencia profesional con Indalecio Prieto

Por Francisco CASARES



Alcalá Zamora firmando el Estatuto de Cataluña

A ALCICANTE
A poco de aprobarse, por las Cortes Constituyentes republicanas, el proyecto de Constitución y tomar posesión el Presidente de la República, don Niceto Alcalá-Zamora, hizo éste su primer viaje oficial. Ignoro por qué causas fué Alicante, Valencia y Baleares el itinerario presidencial. Como ministro de jornada fué designado el socialista Indalecio Prieto. Algunos otros jerarcas y figurones de la República formaron el séquito. Y fuimos invitados al viaje, para hacer las oportunas informaciones, algunos de los redactores políticos. Me correspondió, por «La Epoca», figurar en el grupo de los cronistas. La excursión resultó pródiga en episodios pintorescos, y si no pudieron ser reseñados todos ellos en los reportajes que envié a mi periódico, ni los recogí tampoco, ninguno de mis compañeros, ahora al cabo de los años, y cuando trato de ordenar, en evocación retrospectiva, los hechos de que he sido testigo, por mi ejercicio profesional, no creo que haya ninguna razón para silenciar lo que entonces presenciara.

Salimos una noche de la estación de Atocha. Despedida oficial, ministros, autoridades, Himno de Riego, y todo lo que el protocolo—en remedo de lo que se hacía en tiempos del Rey—señalaba, subrayó la marcha del Presidente, en su primer viaje oficial. Don Niceto viajaba en el «break» de Obras Públicas, y en otro coche especial iba el ministro, al que acompañaba su hijo y secretario, Luis Prieto, mozancon robusto, con maneras de «señorito», que no era, precisamente, un portento de inteligencia. Recuerdo que figuraba también en la comitiva el ilustre doctor Tapia, porque se iba a inaugurar una carretera en Alicante por la que el famoso otorrinolaringólogo había postulado insistentemente. Pasamos la noche, hasta muy tarde, charlando. Prieto hizo, como siempre, exhibición abundante de sus ingeniosidades y de su léxico, estudiadamente desenfadado. Se contaron anécdotas y chascarrillos. El personaje socialista

arremetió contra gentes conocidas y dió cumplido testimonio de su despreocupación al calificar a los demás, amigos o adversarios. Ya de madrugada nos retiramos a nuestros lechos. Los periodistas íbamos en un vagón de camas. Y a la mañana siguiente llegamos a Alicante, donde se repitieron las manifestaciones de popular entusiasmo. Ya por el camino y hasta horas muy avanzadas, en las estaciones del trayecto hubo esas mismas expresiones de euforia republicana. ¡Cuántas veces había presenciado yo, en mis destajos de informador, actos y demostraciones del mismo carácter acompañando a los Reyes o a ministros de la Monarquía! No pude menos de pensar, y de comentar con mis camaradas, lo tornadizo de las adhesiones y los fervores. Muchos de los que aplaudían desde los andenes, ¿cuántas veces lo habrían hecho, al recibir y despedir a Sus Majestades? Y los que nos «obsejaban» con el Himno de Riego, ¿cuántas habrían interpretado la Marcha Real?

VISITA A BALEARES

No recuerdo bien lo que se hiciera en Alicante. Me parece que fué muy breve la estancia en la ciudad levantina. Inmediatamente embarcamos para dirigimos a Mallorca. El Presidente, el ministro y personalidades más relevantes subieron a bordo de un crucero. Los periodistas y algunos invitados más realizamos la travesía en un destructor, el «José Luis Díez». En Palma el recibimiento fué también «triumfal». Asistimos a diversos actos. Tomamos parte en varias excursiones. Para mí, el atractivo del viaje, más que el presenciar los homenajes y las visitas, y escuchar los floridos discursos del Jefe del Estado, estaba en conocer aquellas islas, a las que acudía por primera vez en mi vida. Luego, he tenido ocasión de volver en distintas ocasiones. Hubo los consabidos banquetes, las inevitables peroraciones, la machaconería del Himno republicano y todo el espectáculo de etiqueta,

ritual y fanfarria, que pensaban aquellos hombres «del pueblo», los representantes «genuínos» de la democracia, que correspondía a tan altas jerarquías.

Una de las cosas que mas me impresionó, entre los agasajos y las visitas, fué la realizada a las cuevas del Drach y de Artach, con sus originales escenografías y el romántico concierto, en unas barcas, bajo las estalactitas, que nos fuera ofrecido. La visita a Mallorca duró dos o tres días, en los que se desarrolló un copioso programa de actos oficiales. El Presidente, con su abundosa verborrea, no dejaba de discursar. Y Prieto, el inefable «don Inda», hablaba también, siempre que se presentaba coyuntura. Y si no, las procuraba él, a quien gustaba sobremañera lanzar sus conceptos audaces y darse fuertes puñadas en el abombado pecho. Estuvimos, también en Menorca. No se me olvidará el curioso espectáculo del momento de embarcar para el viaje de regreso a la Península. Había mar fuerte. Las olas, encrespadas, azotaban las quillas de los navios. Y alguien apuntó que era una temeridad embarcar en aquellas circunstancias. Pero el Presidente, «intrépido y cumplidor», dijo que el viaje no se podía demorar, y que, pasase lo que pasase, él embarcaba. Naturalmente, su actitud hubo de ser secundada por los demás. El buque presidencial se hallaba anclado un poco lejos del puerto. En unas motoras nos traladamos todos. El Presidente y su séquito, al crucero. Los demás, a los destructores. Desde luego, la aventura era algo expuesta. No hubiera sido ninguna tontería esperar unas horas y ver si el estado del mar mejoraba. Pero no hubo otro remedio. Don Niceto lo disponía, y yo supongo que, por otra parte, los marinos no vieron tan serio el peligro. Si no, es natural que hubiesen evitado por todos los medios el viaje. Lo que pasó es que alguno de los que formaban la comitiva presidencial, acaso para valorar su gesto, le echaron demasiado dramatismo a la cosa. Y otros, poco «lobos de mar», se asustaron realmente.

UN EMBARQUE DRAMÁTICO

El hecho es que, en aquella mañana de la partida hacia Valencia, hubo rostros expresivamente empalidecidos, gestos de verdadero terror y un nervosismo en todos que, por primera vez, malograba la tónica de «entusiasmos» y aplausos que había ido subrayando el paso del cortejo por ciudades, pueblos, estaciones ferroviarias y puertos. El Presidente era, lógicamente, la persona cuya posible malaventura, en la expuesta empresa, inquietaba más. Su embarque se hacía difícil, aparte las circunstancias que dejo apuntadas, porque don Niceto era ya hombre de edad y, además, tuvo siempre poca vista. La motora llegó al costado del buque. Las olas la lanzaban hacia el mismo y la separaban del casco del crucero. Daba la sensación de que iba a estrellarse contra él. O que en una de las piruetas que el mar, embravecido, imponía a la frágil embarcación, ésta iba a dar la vuelta, con su humano y distinguido cargamento. La escalerilla del navío estaba allí, esperando, pero el acceso a ella, desde la motora, se hacía muy difícil. El Presidente dió un salto en una de las ocasiones de proximidad y subió. El ministro lo hizo detrás de él, con otra gimnástica y atrevida proeza marinera. Y al llegar, sano y salvo a cubierta, gritó, desafortadamente: «¡Viva la República!». Era un grito de júbilo, y acaso de convalidamiento de que era la institución republicana la que acababa de «salvarse» de un gravísimo peligro, conjurado gracias al valor, impresionante, extraordinario, de don Niceto y don Indalecio. Los demás, importábamos menos. Como Dios nos dió a entender y la serenidad nos permitía, subimos a nuestro barco. Y se emprendió la navegación, sin más incidentes, hacia el puerto valenciano.

PRIETO: «EN ESTO DE TENER HIJOS BRUTOS SOY CAMPEÓN»

También en la ciudad del Cid —de abolengo republicano— hubo grandes manifestaciones, delirantes aplausos y con ellos la actitud de satisfacción que referendaba el gesto de «valentía» de los personajes que llegaban. No era una expresión de gracias al Altísimo, porque ello no se compadecía con la «atmósfera política del momento». Pero yo quise percibir que los músicos soplaban con más vigor que nunca al interpretar el Himno del general Riego, testimonio filarmónico del homenaje al jerarca recién arribado.

Y no faltó en Valencia otro episodio ridículo. Lo protagonizó el ministro socialista de Obras Públicas. Se celebraba un banquete oficial en el Ayuntamiento. Fuimos todos a él. El Presidente de la República fué recibido en la Casa Consistorial con los honores de rigor. Pasó al gran salón de actos del palacio municipal, donde ya se hallaban el ministro, el alcalde de la ciudad, el gobernador y las demás autoridades y personalidades que habían de asistir al ágape. Indalecio Prieto se dió cuenta de que don Niceto había acudido de frac. También los marinos invitados lucían sus fracs de uniforme de gala. Y alguna otra de las personas que

tenían asiento en la mesa presidencial. Los demás, democráticamente, iban embutidos en sus «smokings». El ministro era de los que llevaban esta prenda. De etiqueta, pero más sencilla. Al ver que don Niceto se había vestido de frac y que allí se exhibían otros se enfureció. Pensó que estaba en ridículo. Se presentaba con atuendo menos vistoso, menos «de circunstancias». Y, dirigiéndose a su hijo, le preguntó, con tono de imprecación:

—Pero, ¿por qué no me has dicho que la comida era de frac?

Luis Prieto, demudado, se limitó a responderle:

—¡Qué más da, papá! Sentados, no se nota.

Y entonces, el personaje socialista, mucho más indignado, replicó a su retoño:

—¡Eres un animal! Y yo, en error de tener hijos brutos, el campeón. Tengo la «copa».

No paró la cosa, ni se liquidó el incidente con este pintoresco diálogo. El ministro no se conformaba con la solución de permanecer con ropa menos elegante. Eso hubiera sido lo lógico, tratándose de un socialista. Pero Prieto dijo que él había nacido para senador vitalicio o para arzobispo y que había malogrado su verdadera carrera. Y decidió no sentarse así. Se fué al hotel a cambiar la vestimenta. Con este motivo, el banquete oficial empezó media hora más tarde de lo que el programa señalara. Hasta que Prieto volvió, con su flamante frac, no se sentó nadie a la mesa, ni se comenzó a servir la comida.

Los que, sin conocer la razón del retraso, hubieron de aguardar un buen rato, impacientándose, sólo sabían que el ministro se había marchado y que se le estaba esperando. Claro que, al llegar, de nuevo al Ayuntamiento, con su elegante atuendo, se percataron del motivo. Y los comentarios, a pesar de que el ambiente inducía a que todo pareciera «de perlas», perfectamente correcto y plausible, no dejaron de ser sabrosos.

REFERENCIA DE UN CONSEJO DE MINISTROS

Ese gesto de soberbia y de vanidad exacerbada del gerifalte marxista rimaba muy bien con su carácter. Tuve ocasión, en la obligada convivencia con los personajes republicanos, de comprobar más de una vez, su modo de ser. La vanidad era su más acusado rasgo personal, el trazo definidor de su carácter. En todo, se creía el más inteligente, el que estaba siempre en posesión de la verdad. Aun cuando presumió, invariablemente, de su procedencia del campo periodístico, era el hombre que trataba con más visible desdén a los informadores. Cuando le «petaba» gastaba bromas y hacía alarde de conocer, personalmente, a todos. Pero las más de las veces se mantenía «tieso» y solemne, y esquivaba la conversación.

Una noche, después de celebrarse un Consejo de Ministros, y habiendo noticia de un acuerdo importante que a los redactores políticos nos interesaba mucho conocer, decidimos Heredero, Losada, Solache y yo, ir a visitarle, con el ruego de que nos informase acerca de la cuestión que nos tenía preocupados. Era expuesta

la visita. Sabíamos de sus «rabotadas» y desplantes. Y, por otra parte, no era «don Inda» de los ministros que fácilmente proporcionaban «ampliaciones» de los Consejos. Pero la noticia, como digo, era de mucho interés. Y ante la sugestión de no sé cuál de mis compañeros, acudimos al domicilio del ministro socialista. Nos recibió «carifiosamente». Hizo una excepción en sus modales y su costumbre. Pero, naturalmente, no nos dijo una sola palabra de lo que nos interesaba. En cambio, puso de chupa de dómine a sus compañeros del Gobierno. Yo no he oído jamás procañales del calibre de las que soltó Prieto aquella una de sus hijas que trajera como de seda y un batín ostentoso. Nos hizo pasar a una salita cursionalmente amueblada. Mandó a una de sus hijas que trajera café, y nos obsequió con unas copas. Y cuando le manifestamos el motivo de la visita y el deseo que hasta su casa nos llevara, empezó con los denuestos y las alusiones procaces:

—El Consejo de esta tarde —nos dijo— no ha tenido el menor interés. Me he aburrido como una ostra. El «tal» —aquí un calificativo peor que barriobajero— de Fulano —el apellido de uno, del ministro de Estado— nos dió una tabarra espantosa, hablándonos de política exterior. Ni él mismo sabía lo que decía. Pero se llevó dos horas. Luego, Zutano —otro ministro, compañero suyo— que es idiota, nos mareó otro buen rato, con sus informes. ¡Sandeces! Y así, paso el Consejo. Nada, han errado ustedes. Lo que es hoy, ni palabra.

Y siguió haciendo alarde de su desenfado, para hablar de cosas y de gentes. Luego —lo recuerdo perfectamente— volvió a su tema favorito: la vocación truncada. Hubiera sido un clérigo estupendo, gordo, optimista, entuoso. O un gran plutócrata. Pero las circunstancias mandaron y tuvo que ser «líder» socialista. En el fondo había algo de verdad en esas ironías. Prieto despreciaba a los «campañeros», y sentía verdadera repugnancia por el contacto con el proletariado. La presencia en mítines, manifestaciones, o simplemente en la Casa del Pueblo, cosas que algunas veces no podía eludir, le mortificaba. Pero, según decía él, su destino estaba trazado. No podía rectificar. Lo que, indudablemente, hubiera podido, si se lo propusiese, que no lo hizo, es tener buena educación. Le gustaba ser mordaz, «meterse» con amigos y con enemigos, y tener fama de terrible de hombre «tremendo».

PRIETO TACHA MI NOMBRE

La maledicencia le complacía como un verdadero deleite. Nada le importaba la fama de los demás. Una frase, que pudiera ser reída, que hiciese gracia al inevitable corrillo de aduladores o aficionados al chisme y la murmuración, le parecía ejercicio divertido. En realidad, Prieto ha sido siempre un escéptico, a quien no ha interesado más que su propia persona. El que redacta estas impresiones tiene mal recuerdo del potentado socialista. Cuando la Embajada argentina, en la que me hallaba refugiado durante la dominación

marxista en Madrid, propuso al Gobierno rojo la salida de los allí acogidos, una lista de cerca de doscientos nombres, luego ampliada a otro tanto, no halló dificultades. Grandes de España, banqueros, personajes conocidos en sociedad y en política, encontraron la deseada aprobación, el permiso para abandonar la zona roja. Sólo cuatro nombres fueron tachados. Entre ellos, el de este modesto periodista. No voy a presumir de hombre «peligroso», aunque algo dijera de eso Álvarez del Vayo (puede verse la referencia que a ello hace el que fué embajador en Madrid, de la Argentina, don Adrián Escobar, en su libro «Diálogo íntimo con España»). La realidad es que Indalecio Prieto me vetó. Esto del veto merece unas líneas de recordación, porque fué un episodio importante de mi vida y porque revela ese carácter, rencoroso, de pequeñas pasiones, que indudablemente ha distinguido al gerifalte bilbaíno.

MI CAPACIDAD DE DESPRECIO ERA MAYOR

Yo había tenido con Prieto una directa relación, en el orden profesional, allá por los años 1920 y 1921, cuando las ideologías no afectaban al emplazamiento de trabajo. Entre las tareas de ayudante de corresponsal en Madrid, tuve a mi cargo la de colaborar con el que representaba a «El Liberal» de Bilbao, Francisco Villanueva, que había sido antes director del periódico en la capital vizcaína. Prieto era diputado y hacía todas las noches una crónica «Impresiones parlamentarias», o «Desde mi escaño». No recuerdo bien el título. Era algo semejante a las «Acotaciones de un oyente», que hizo famosas Wenceslao Fernández Flórez. Me llevaba sus cuartillas a Teléfonos y muchas noches se quedaba allí conmigo hasta que ponía la conferencia con Bilbao. No funcionaba todavía en España la Telefónica Nacional. Era la Península de Teléfonos, la que tenía a su cargo las conferencias interurbanas. Tardaban muchas noches media hora, una hora, y más todavía, en poner las comunicaciones. Y Prieto y yo, a la fuerza, permanecíamos juntos, en obligada espera. No había otra solución que la de charlar. He mantenido, con él, largas conversaciones. Conocía mis puntos de vista. Me llamaba humorísticamente «carca». Pero me trataba con afabilidad. Y elogiaba mis condiciones de periodista. Sobre todo, le gustaba que entendiera su letra, que ha sido siempre infernal y que yo aprendí a «traducir» perfectamente.

Cito esto de nuestra convivencia profesional porque era la razón de una supuesta amistad, ajena a la política y a las posiciones de cada uno. Pues bien: Prieto tachó mi nombre en el Consejo de Ministros en que se trató de la salida de los refugiados de la Embajada argentina. Y el origen de esa hostilidad, que se traducía nada menos que en el deseo de que me pudiera costar la vida su actitud, era una puerilidad. Una verdadera pequeñez, pero que atestigüa el sentido rencoroso y vengativo del personaje. Cuando el viaje

a Baleares, con don Niceto, al que me he referido al comienzo de este capítulo, yo hice una crónica en la que ridiculizaba, sin demasiada acritud —no lo hubiera consentido la censura, que fué arbitrio que la República Democrática no dejó de emplear— algunas de las escenas que presencié y a que he hecho alusión. Y, «don Inda», vanidoso, ensobrecido, no perdonó que me metiera con él. Dejó de saludarme. Anduvo conmigo serio y despectivo. No me dirigía la palabra en los pasillos del Congreso. Me la «guardó». Pero, sobre todo, no quiso olvidar un recado que yo le envié con un compañero mío Agustín Solache. Le dije, sencillamente, esto: «Dile a Prieto que estoy satisfecho, porque en algo le había de ganar. Mi capacidad de desprecio es mayor que la suya. El se digna despreciar a un modesto periodista. Y yo desprecio a un ministro de la República». Solache —asesinado por los rojos, a poco de iniciarse el Movimiento— era un pedazo de pan, un muchacho sin la menor mala intención, un santo. Yo le quise fraternalmente. Tenía, no diré un defecto, porque, en rigor, era una manifestación más de su virtud: la ingenuidad. No era «cuco», ni precavido. Eso no entraba en su composición psicológica. Y lo que pudo paliar o callarse, se lo espetó, tal como yo lo había dicho al orondo personaje. Luego, como asustado de haberlo hecho, me contó que Prieto se había enfurecido y dijo contra mí algunas de sus habituales barbaridades.

Pues bien, no lo olvidó. Y además de mantener esa actitud de desdén, de «desconocerme» o despreciarme, como yo le había recordado, cuando llegó la ocasión, lo tuvo presente. Cualquiera bien nacido, responde elegantemente, con el perdón, con el olvido. Era incapaz de eso. Y aprovechó el momento de leerse, en una reunión del Gobierno rojo, la lista de los que el encargado de Negocios proponía para la evacuación, para decir, gozosamente: «¡Casares, no!». Como digo, Álvarez del Vayo, con el que también tuve, antes de llegar los días de la discordia política irreconciliable, relaciones de tipo profesional —fué, durante mucho tiempo, el representante en Madrid, de «La Nación», de Buenos Aires— apoyó la negativa con un comentario sobre lo que podría significar un «periodista combatiente» en la zona nacional. El hecho es que me tacharon, y que «mi antiguo empresario y amigo», don Indalecio Prieto, fué el autor de la hazaña.

Muchas más cosas podría referir, para que, al que me lea, lleve una silueta acabada, precisa, del que se llevó el oro español en el «Vita», del que presumía de obispo o de senador malogrado, del que sentía repugnancia por la «alpargata» y vestía batines y pijamas de seda, del orador histrónico de los golpes en el tórax,



El puerto de Palma de Mallorca a la llegada del Presidente

del hombre procaz y desenfadado que ponía en solfa a los demás, sin detenerse a la hora de agraviar o calumniar, con tal de hacer un chiste o aparecer como ingenioso. Pero no merece la pena. Está exilado, aunque en exilio suntuoso, y no quiero ensañarme. Lo que dejo apuntado es poco, muy poco, para lo que podría decir y recordar. Estas notas las he traído aquí, porque, objetivamente, son una evocación del tipo. Y, en mis apuntes, quiero que los episodios queden contados tal como fueron. Y los hombres, tal como yo los vi.



Una fricción diaria
CON

Diplona

ES SUFICIENTE



PARA EVITAR LA CAIDA DEL CABELLO, ELIMINAR LAS MANIFESTACIONES SEBORREICAS Y REGENERAR LAS ZONAS CALVAS

LA VICTORIA DE LA CIENCIA ALEMANA SOBRE LA CALVICIE

EFICACIA
EXTRAORDINARIA

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

IGLESIA CAPITAL VATICANO

Por Jean NEUVECELLE

EL ESTADO MAS
PEQUEÑO DEL
MUNDO

Existe el «telón de acero» y la Puerta de Bronce. Esta última está guardada por suizos armados de alabardas y da acceso al Estado más pequeño del mundo, que gobierna un anciano vestido de blanco. Su Estado es como una subprefectura francesa a la sombra de una catedral, no más extenso que un distrito de París. Está construido sobre un cementerio. Si se cava en su suelo se tropieza con profundas catacumbas, con galerías en donde primero los paganos y más tarde los primitivos cristianos depositaban sus muertos. También había en el subsuelo actual del Estado Pontificio un circo, en el que Nerón martirizó a los discípulos de la nueva religión.

Se penetra en la Ciudad del Vaticano por tres puestos fronterizos principales: la Puerta de Bronce, el Arco de las Campanas y la Puerta de Santa Ana. No hay aduaneros en la frontera, pero es necesario franquear una doble barrera, la de los suizos primero y la de los gendarmes pontificios luego, que os encaminan a la oficina de pasaportes. Allí decidís a dónde pensáis ir y presentáis vuestra carta de identidad. Una llamada telefónica seguida por la extensión de un documento y un itinerario prescrito sigue a todo esto. Los gendarmes pontificios están colocados en el exterior de tal modo que no pierden jamás de vista al viajero durante todo su recorrido.

Es necesario tres cuartos de hora para recorrer a pie el recinto exterior de la Ciudad del Vaticano, a la que la villa de Roma rodea por todas partes. Es un paseo encantador el recorrer las viejas murallas. A las parejas de enamorados les gusta particularmente. El Estado del Papa está rodeado de un círculo de muchachos de ambos sexos que «pellan la pava». Ciertamente es imposible trazar las fronteras exactas de la Ciudad del Vaticano, ya que es el Estado que posee proporcionalmente el mayor número de propiedades extraterritoriales. En toda Roma existen zonas donde el Papa ejerce la plenitud de su Poder Temporal. Sin embargo, la Ciudad del Vaticano pierde a sus ciudadanos desde que éstos no residen dentro de sus fronteras. Únicamente los cardenales y los nuncios constituyen una excepción, ya que conservan su ciudadanía vaticana aunque habiten fuera del Estado Pontificio.

La Ciudad del Vaticano posee una treintena de

«Eglise Capitale Vatican» no es ni un tratado teológico ni una historia de la Iglesia, según su propio autor. Tampoco es la descripción de la Ciudad del Vaticano ni la biografía de un Papa. Se trata esencialmente de las impresiones de un testigo que ha visto desarrollarse ante sus ojos toda la vida del Vaticano. Cualquiera lector que se aproxima a este libro encuentra en él muchas cosas conocidas y también otras que olvidó o desconoció siempre. Pero, por encima de lo que pueda descubrir de nuevo en sus páginas, existe en ellas el valor indiscutible de haber realizado una magnífica síntesis de la vida del Vaticano, tanto en su aspecto secular como eclesiástico.

El autor de «Eglise Capitale Vatican» ha nacido en Neuvecelle, y de ahí viene la elección de su seudónimo. Pasó su vida en Suiza e Italia; posteriormente estudió en Provenza y Alsacia y se agregó en la Universidad de París. Ha sido profesor de Beauce y corresponsal en Roma del periódico «Combat». Desde hace algunos años es enviado especial permanente en Italia de «Paris-Presse» y del diario hablado de la Radiodifusión Francesa. Ha sido esta corresponsalia la que le ha permitido escribir este libro, que constituye un auténtico «testimonio» del conjunto de la vida de la Curia.

Jean Neuvecelle, «Eglise Capitale Vatican» («Iglesia Capital Vaticano»). L'Air du Temps.—Nrf. Gallimard, París, 1954.

Jean
Neuvecelle

ÉGLISE
CAPITALE
VATICAN

plazas y de calles, unos cincuenta inmuebles, dos iglesias (a más de San Pedro), una parroquia, una montaña (cubierta con las antenas de la Radio Vaticana), una estación, cuatro estafetas postales, un Tribunal, dos cárceles, varios diarios (el diario oficial, *Acta Apostolicae Sedis*, un diario oficioso, el *Osservatore Romano*, un semanario, l'*Osservatore della Domenica*), y una revista mensual, *Ecclesia*, en italiano) y cuatro fincas militares. La población es de 1.031 habitantes, de los cuales 750 son hombres y 281 mujeres; 153 matrimonios y 57 niños. Sus habitantes pertenecen a quince nacionalidades de origen. La lengua oficial es el italiano y el latín para la Santa Sede. La religión es el catolicismo. Los colores nacionales son el blanco y el amarillo. El himno ha sido compuesto por Gounod. Los autos llevan una matrícula especial con las iniciales SCV. En el Vaticano viven más militares que ci-

viles y la mayor parte de éstos son eclesiásticos. La Ciudad del Vaticano no es la Santa Sede; ésta última expresión designa al Gobierno de la Iglesia.

La Iglesia puede existir sin ninguna soberanía temporal, como ocurrió durante los siete primeros siglos del cristianismo y desde 1870 a 1929, época en la cual los Papas han renunciado definitivamente a la posesión de Roma y han creado un Estado temporal en la Ciudad del Vaticano. Los actos llevados a cabo por la Santa Sede no arrastran necesariamente a la Ciudad del Vaticano, y viceversa. Así, la Ciudad del Vaticano forma parte de ciertas organizaciones internacionales, tales como la Unión Postal Universal. El Papa es, a la vez, Jefe de la cristiandad católica y desde 1929 Soberano de la Ciudad del Vaticano, pero este título figura en sus atribuciones en el sexto lugar, después del de Obispo de Roma, Patriarca de Occidente, etc. En cierto modo el principio de la separación de la Iglesia y el Estado es admitido en la Ciudad del Vaticano. El gobierno del Estado es asegurado por los órganos en los que el Soberano delega sus poderes.

EL GOBIERNO DEL VATICANO

No obstante, la Ciudad del Vaticano existe solamente en función de la Santa Sede, a la cual suministra un cuerpo: el mínimo de territorio que simboliza su independencia y su soberanía. La Ciu-

dad del Vaticano no puede tener una vida política propia ni evolución autónoma. Una revolución no es allí posible. Su existencia es consecuencia de la voluntad del Papa. Este no sólo es un Soberano que dispone de los tres Poderes (Legislativo, Ejecutivo y Judicial), sino que también es el propietario de todo el Estado. Sin embargo delega la mayor parte de sus Poderes temporales en una Comisión Cardenalicia. Dos cardenales forman ésta, Canali et Pizzardo, así como un sobrino del Papa, el príncipe Carlos Pacelli, y el conde Pietro-Enrico Galeazzi. Estos ejercen el Poder Ejecutivo y controlan hasta el menor detalle la vida de la Ciudad. Todas las cuestiones financieras, económicas, administrativas, fiscales y militares; pasan por la criba de la Comisión Cardenalicia. Nada se les escapa: ni el nacimiento de un niño en casa de un obrero de la panadería, ni el envío de arresto a un gendarme pontificio que saltó el muro, ni la instalación de una nueva antena de la radiodifusión. El cardenal Canali, que ocupa altas funciones en la Curia, pues es el Gran Penitenciario, el Gran Maestro de la Orden del Santo Sepulcro, etc., es, a pesar de todo, un administrador de ojo de linco, que llega frecuentemente en su solicitud hasta investigar la manera con que se distribuye en los almacenes del Estado las raciones alimenticias.

A su lado, en la jerarquía no oficial de la Ciudad del Vaticano, el hombre que ocupa el primer lugar no es un eclesiástico, sino el conde Galeazzi, arquitecto de la «Reverenda Fábrica de San Pedro», gran administrador e íntimo del Soberano Pontífice.

UN OCULISTA, MEDICO PARTICULAR DEL PAPA

Galeazzi es hermanastro del médico particular del Papa, que, por extraño que parezca, es un oculista. Un día, cuando el cardenal Pacelli no era todavía Pío XII, paseando por la Vía Sixtina de Roma, vió un ojo enorme que le miraba desde lo alto de un inmueble; era un anuncio publicitario del profesor Galeazzi, oculista renombrado. El futuro Papa, que tenía necesidad de cambiar sus gafas, subió a la consulta del profesor y se convirtió en un asiduo cliente. El día del Conclave, al volver de la Capilla Sixtina, después del escrutinio decisivo, el hasta entonces cardenal Pacelli, a causa de una caída, se hirió en un brazo, aunque se negó a que le curaran. Pocas horas más tarde se convertía en el Jefe Supremo de la Iglesia. Fué al final de aquella jornada, rica en emociones, cuando se acordó de su herida, y como el único médico que conocía personalmente era el profesor Galeazzi, le mandó llamar. Desde entonces, cada vez que el Papa está enfermo es al oculista al que se llama, y algunos meses más tarde de su advenimiento recibió el título de arcediano pontificio. Su hermano es el arquitecto de la Ciudad del Vaticano. Sus cualidades y sus funciones hacen que vea con frecuencia al Soberano Pontífice, y sus consejos son escuchados, sus órdenes obedecidas y sus recomendaciones buscadas. El conde Galeazzi es un hombre de su tiempo. Ha viajado mucho, permaneciendo varias veces en los Estados Unidos. Fué aquí donde estableció su amistad con el que debía ser más tarde el cardenal Spellman.

LOS TRIBUNALES, LAS INDUSTRIAS Y LAS COMUNICACIONES EN EL ESTADO VATICANO

Los felices ciudadanos administrados por el Gobierno de la Ciudad del Vaticano no pagan impuestos, ni incluso los alquileres de las casas en que viven. Están dispensados del servicio militar. El Estado les facilita a precios reducidos el pan, la leche, el azúcar, los tejidos en almacenes oficiales, que son los únicos admitidos, y se suministran de productos farmacéuticos en las farmacias estatales, regidas por los hermanos de San Juan de Dios. Uno de los atributos más visibles de la soberanía del Vaticano es su estación. A ella llegan algunos trenes de mercancías, pero constituye el mayor testimonio de la independencia del Estado, y es por esto por lo que posee un andén imponente y algunos metros de carriles que le unen con la red ferroviaria italiana. No hay personal ferroviario, pero existe un jefe de estación con el título de Caballero y sin uniforme ni

gorra de visera. El Papa no tiene ni tren, ni flota, ni avión, aunque el parque de camiones y coches personales es considerable.

Tres Tribunales sirven para hacer justicia a los ciudadanos del Vaticano: el Tribunal de Primera Instancia se encuentra en el interior de la ciudad; los de Apelación y Casación se alojan en los palacios extraterritoriales de Roma. Los procesos son extremadamente raros, en primer lugar porque los ciudadanos son respetuosos con las leyes, y en segundo, porque las autoridades prefieren entregar a los contraventores al brazo secular de la Justicia italiana.

La vida industrial y artesana es bastante reducida. No obstante hay todo un sector en el que resuena el murmullo de los motores y las máquinas. El Vaticano produce mosaicos en un taller célebre y uniformes para la Guardia Suiza. Dos grandes imprentas funcionan allí, una tipografía poliglota, que posee los caracteres de todas las lenguas del mundo. Los obreros que trabajan en ella son religiosos y están unidos a la misma secretamente y para siempre. Jamás en la historia de la Iglesia abandonó ninguno de éstos su puesto. Los funcionarios de la Administración del Estado, los empleados y los obreros reciben sueldos, pero esta modestia es recompensada por la distribución de paquetes, por la instalación de una cantina y por la certeza moral de poder arrebatar sus días a la sombra de la Basílica, sin estar expuesto a perder su plaza, pues está al abrigo de las revoluciones sucesivas que inquietan a otros países.

LA VIDA PRIVADA DEL PAPA

El Soberano Pontífice acaba de terminar su aseo. En el segundo piso del Palacio Vaticano, las ventanas de su residencia particular son las únicas iluminadas. Las siete no han sonado todavía en el gran reloj de San Pedro. Hace frío. La vasta plaza, desierta, y la columnata de Bernini están inmersas en la bruma.

El Papa ha dejado el cuarto de baño, en donde en un orden minucioso quedan la máquina eléctrica de afeitar y los objetos de su aseo. Lleva una humilde sotana blanca. El silencio es completo. Sólo resuenan de vez en cuando los pasos rítmicos de un gendarme pontificio. Un jilguero y dos canarios revolotean en la habitación. Son estos pajaritos los primeros compañeros de la jornada. El jilguero, bautizado con el nombre de «Gretel» por la madre Pascualina (la religiosa bávara que cuida la modesta casa del Santo Padre), adora el runrún matinal de la máquina eléctrica de afeitar.

Un revuelo en la minúscula capilla privada: el Papa acaba de abrir la puerta de su habitación, se reviste con el alba, la estola y la casulla, se aproxima al altar, se signa ampliamente y comienza en voz baja las preces de la misa. Terminada ésta, el Papa se traslada al comedor, en donde toma sus comidas solitarias. La tradición no permite a nadie sentarse en la mesa pontificia. Su desayuno es frugal, según la costumbre de los países mediterráneos.

Después de una primera ojeada sobre media docena de periódicos italianos, franceses, ingleses, alemanes y españoles, el Papa se levanta, recita el «Deo gratias» y marcha hacia la puerta; los guardias suizos en la vasta galería exterior ponen rodilla en tierra; un mayordomo de librea «scarlata» abre la puerta del ascensor. El Papa desciende al segundo piso, penetra en la biblioteca privada, descuelga el teléfono que le une directamente con la oficina del prosecretario de Estado, monseñor Montini. Desde este instante la existencia recogida y humilde de la residencia particular se ha interrumpido. El Soberano que reina sobre 450 millones de súbditos entra en funciones.

Este débil anciano, guardián infalible de la doctrina y Jefe absoluto de muchos millones de fieles, no tiene delfín, ni secretario de Estado, ni confidente. Solo en un palacio inmenso, en medio de una corte fastuosa, lleva una vida de asceta.

Por las tardes, acabada la larga jornada de trabajo, el Soberano Pontífice se retira a su residencia privada. Esta es una vivienda moderna, amueblada con el gusto un poco germánico que distingue a Pío XII. En todas las habitaciones los muros están barnizados. Cada cámara tiene un color distinto: la capilla, verde claro; la alcoba, blanca. Esta vivienda comprende un gran número de habitaciones (comedor, despacho, cuarto de ba-

ño y cuartos de estar), en donde están colocados los numerosos regalos que recibe el Santo Padre de todos los puntos del horizonte católico. Pío XII posee un aparato de radio, que sólo usa para escuchar a sus compositores preferidos, Chopin o Mendelssohn, o los diarios hablados de las emisoras.

Una pequeña escalera interior lleva al piso superior, en donde trabajan los dos secretarios archiveros del Papa, los jesuitas Laiber y Hendrich, alemanes ambos. En un extremo del piso se encuentra la cocina de gas, un pequeño comedor y un dormitorio, reservado a la madre Pascualina y a las tres religiosas que bajo sus órdenes llevan el orden de la casa.

El Papa está solo. Acaba de cenar un plato ligero de carne, algunas legumbres, una gota de vino y una tisana. Ahora coge el *Osservatore Romano*, que lo lee hasta en sus menores detalles. La lectura del periódico es interrumpida por la visita de personajes que no figuran en los programas de audiencias. Son el conde Galeazzi y otros íntimos. La conversación de Pío XII y del citado conde es larga, hasta que la madre Pascualina entra en la habitación calladamente. Dirige al Santo Padre la mirada rápida e inquisidora que tienen las mujeres para los seres débiles confiados a su cuidado. Interrumpe la conversación:

«El Santo Padre está fatigado», murmura sonriendo al conde.

La madre Pascualina es el único ser en el mundo que se puede permitir esta familiaridad. La etiqueta no existe para ella. Hace una treintena de años que esta religiosa bávara entró al servicio del Papa, en los tiempos, ya lejanos, en que Mgr. Pacelli era nuncio en Alemania. Desde entonces ha cuidado siempre de él. Mujer fuerte y piadosa, llena de sentido común, inteligente y que sabe no dejarse ver nunca, es quien mejor conoce al Papa. Es ella quien sabe hasta dónde puede ir en el trabajo y en el ayuno y quien adivina la más mínima de sus necesidades. Siempre está allí donde es necesario con su mezcla de devoción y de *gemütlichkeit* germánica. Es ella la que ha creado el mínimo de calor familiar, sin el cual nadie sabría vivir en este inmenso laberinto de mármol.

Sobria y frugal, la vida privada de Pío XII se reduce a una simplicidad extrema durante sus largas estancias en Castelgandolfo. Tanto es así que si lográis evitar las débiles guardias de los suizos y llegáis hasta la vivienda personal del Papa y llamáis al timbre, el Soberano Pontífice en persona os vendrá a abrir.

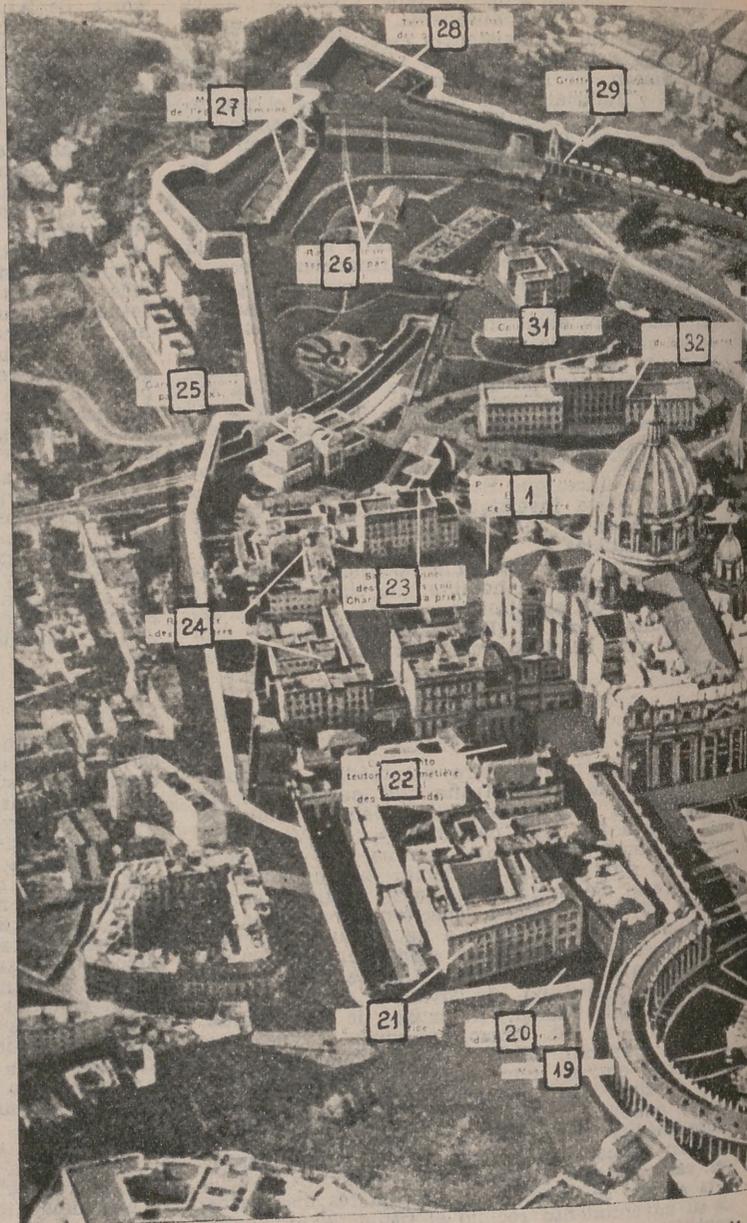
LOS PODERES DEL PAPA: SU INFALIBILIDAD

¿Quién es el Papa, este humilde anciano que llega a reinar sobre el cielo y la tierra?

El Papa es, según el dogma, el representante de Dios sobre la tierra, el Vicario de Jesucristo, el Jefe visible de la Iglesia. En nombre de Cristo puede, en ciertas circunstancias solemnes, extender su jurisdicción hasta los vivos y los muertos y establecer los artículos de fe para la comunidad cristiana presente y futura.

La primacía del Obispo de Roma ha sido discutida algunas veces. En el curso de los siglos algunas Iglesias se han negado a reconocer esta superioridad y se han separado de Roma: los ortodoxos de la Iglesia oriental, los anglicanos, los protestantes de Calvino, de Lutero y de Zwinglio. Hoy los Gobiernos comunistas intentan provocar divisiones y cismas en los católicos de sus países.

A pesar de estas defecciones, que en el pasado

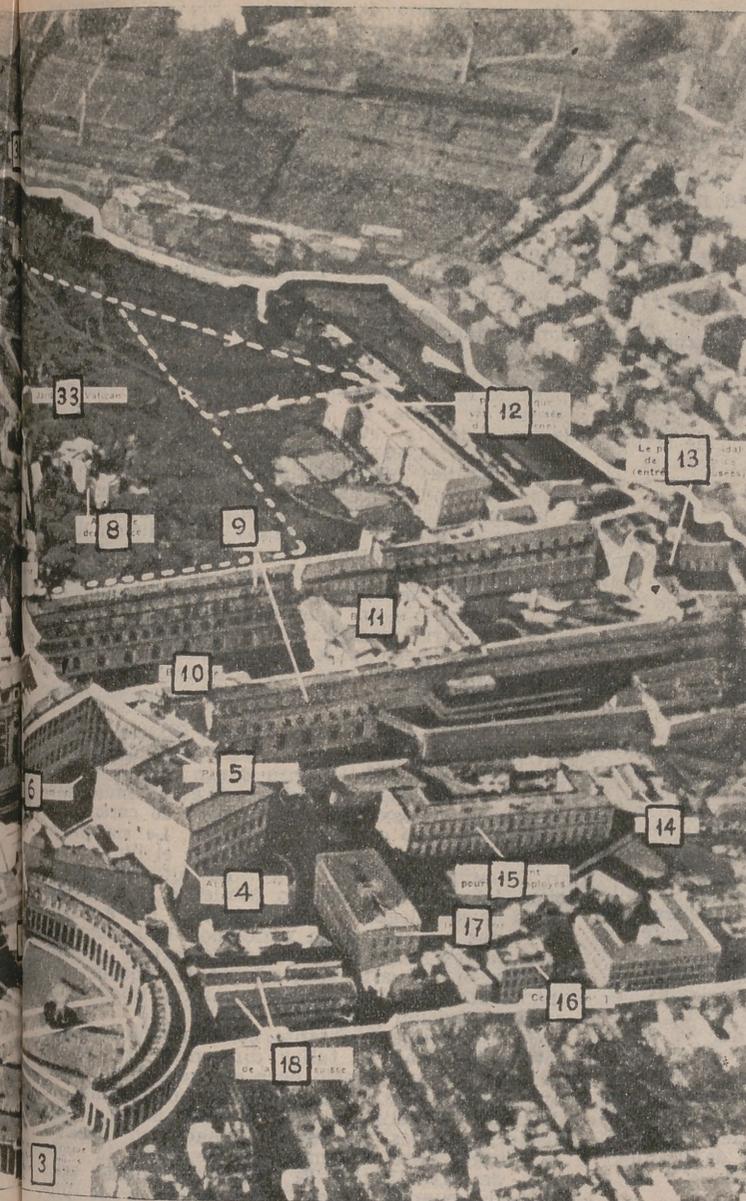


Los números sobre la fotografía indican la situación de los siguientes lugares: 1: Plaza de Santa Marta, Basílica de San Pedro. 2: Plaza de San Pedro. 3: Obelisco del Circo de Nerón, testigo de la crucifixión de San Pedro. 4: Vivienda del Papa. 5: Palacio del Papa. 6: Patio de San Dámaso. 7: Píila Sixtina. 8: Academia de Ciencias. 9: Museo. 10: Biblioteca Vaticana (construida por Pío XII). 11: Muro y dere. 12: Pinacoteca Vaticana (Museo de la época romana). 13: El Pozo Helicoidal de San Patricio (entradas de los Museos). 14: Garaje. 15: Alojamiento para los extranjeros. 16: Central núm. 1. 17: Imprenta. 18: Alojamiento de la Guardia Suiza. 19: Museo Petriano. 20: Plaza del Santo Oficio. 21: Palacio del Santo Oficio. 22: Cementerio Teutónico (cementerio medieval de los alemanes). 23: San Esteban Abisinios (en donde rezó Carlomagno). 24: Residencia para extranjeros. 25: Estación, construida por Pío XI. 26: Radio Vaticana (construida por Pío XII). 27: Muro y observatorio. 28: Campo de deportes de los suizos. 29: Gruta de Lourdes (ofrecida por los franciscanos). 30: Observatorio. 31: Colegio Etíope. 32: Palacio del Gobierno Civil. 33: Jardines del Vaticano.

han arrastrado a centenares de millones de hombres, la Iglesia de Roma ha proseguido el curso agitado de su existencia terrestre sin atenuar, sino, al contrario, reforzando constantemente la sólida estructura de su organización jerárquica. Pedro está siempre en Roma. El es invariablemente el Príncipe de los Apóstoles. Bajo los doscientos sesenta y tres pontificados que se han sucedido, los Papas han hecho y deshecho alianzas con el brazo secular, han sostenido luchas contra los Emperadores y otros soberanos temporales. Hace ochenta años a uno de estos Papas, Pío IX, le fué arrebatada Roma, que se ha convertido en la capital de Italia. Pero ha sido este propio Papa quien ha proclamado el más alto poder espiritual del Soberano Pontífice: la Infalibilidad.

INTERNACIONALIZACION DE LA CURIA

De vez en cuando se han realizado esfuerzos para reformar la Curia. Pío X modernizó y reorgani-



siempre modificar, tradición que parece lógica si se piensa que el Papa es Obispo de Roma y que Roma es una ciudad italiana. Teniendo en cuenta la universalidad de los problemas que afluyen a cada instante al Vaticano, el Papa cesa de pertenecer a un país cuando se trata de los grandes problemas de la Iglesia. El es el guardián de la doctrina y quien la preserva de toda desviación nacional cuando los artículos de la fe están en juego.

LOS MINISTERIOS DE LA IGLESIA

La Administración de la Iglesia está asegurada hoy por once congregaciones, que son, por orden de antigüedad, las siguientes: el Santo Oficio, la Consistorial, la Congregación de la Disciplina de Sacramento, la del Concilio, la de los Religiosos, la de Propaganda Fide, la Congregación de los Ritos, la del Ceremonial, la de los Asuntos Extraordinarios, la de los Seminarios y Universidades y, finalmente, la Congregación para la Iglesia Oriental.

Cada una de estas congregaciones está organizada según el mismo esquema y presidida por un cardenal prefecto. Sólo algunas de ellas están presididas por el propio Papa.

Las congregaciones plenarias de los cardenales se reúnen en el Vaticano de una manera solemne. La decisión de la congregación tiene que tener la aprobación del Papa, aunque existen asuntos menores para los cuales el cardenal prefecto tiene la delegación del Soberano Pontífice.

Se entiende por congregación, en el sentido más amplio de la palabra, las oficinas del ministerio en donde se hace la mayor parte del trabajo. Es el secretario quien suele representar en ellas el papel fundamental. Se puede comparar su acción a la de los secretarios generales de nuestros ministerios.

EL SANTO OFICIO

Desde hace mucho tiempo la Suprema Inquisición ha cambiado su nombre; se llama ahora Sa-

grada Congregación del Santo Oficio y ya no quema a nadie ni aun por intermedio del brazo secular. Ha renunciado a toda política temporal, pero por ello no deja de ser la primera de las congregaciones romanas, severa guardiana de la doctrina. No obra ya más que sobre los espíritus. Encargada de descubrir la más mínima desviación doctrinal, inflige sin debilidad las sanciones de la excomunión, es decir, la exclusión de la comunidad cristiana, que es lo más grave y lo más terrible que le puede ocurrir a un creyente.

El secreto del Santo Oficio es el más riguroso que la Iglesia conoce. Es tan inviolable como el de la confesión. El que lo traiciona, aunque sea indirectamente o por un simple signo, es automáticamente excomulgado, y la fórmula de la excomunión que le afecta es tan severa que sólo el Papa le puede liberar. El cardenal gran penitenciario no tiene poder para ello. La obsesión del secreto, el temor de la indiscreción reinan aquí. Está rigurosamente prohibido conocer el detalle de los procedimientos. Las cuestiones más inocentes chocan aquí con el muro del secreto.

El Santo Oficio tiene un doble aspecto: es un Tribunal que juzga a los hombres y a las ideas y una congregación que precisa e interpreta la doctrina. Un proceso ante el Santo Oficio transcurre siempre a puerta cerrada. El Santo Oficio no se inclina solamente sobre las obras teóricas. Todo lo que afecta a lo sobrenatural y, en particular, todas las desviaciones ocultas o místicas son de su competencia. Se ocupa del espiritismo, de la magia, del sortilegio y en parte también de la posesión diabólica, aunque los exorcismos por los

cuales la Iglesia combate al maligno son competencia de la Congregación de Sacramentos.

Todas las formas de experiencia mística pasan por la criba del Santo Oficio. La Iglesia, como se sabe, es extremadamente prudente en estos fenómenos. No se pronuncia nunca sobre la autenticidad de acontecimientos sobrenaturales o visiones en tanto que sus beneficiarios viven.

Es también el Santo Oficio quien asegura la publicación del Índice de libros prohibidos. Este Índice está redactado por una Comisión especial que trabaja sobre informaciones que le llegan del mundo entero.

PROPAGANDA FIDE

Desde hace tres siglos, el trabajo de expansión católica ha sido cogido por el Gobierno central de la Iglesia. El Papa ha confiado la tarea a una congregación fundada especialmente: *De Propaganda Fide*. Desde su creación, los Papas la han establecido en un viejo palacio romano de la plaza de España. Una especie de cuartel general de las tropas católicas que parten a la conquista de los paganos. En el momento actual el cardenal prefecto de la Propaganda manda un ejército de cerca de 12.000 sacerdotes indígena; y 16.000 sacerdotes misioneros. El conjunto de los católicos colocados bajo su jurisdicción es de cerca de 28 millones; pero la mayor parte de estos fieles no forman más que cabeza de puente en los inmensos territorios de África y de Asia, en los cuales Roma organiza pacientemente la conversión.

Este contacto más íntimo de la Iglesia romana con las cristiandades de territorios africanos o asiáticos representa una aportación nueva en la vida de la Iglesia. Un cardenal prefecto está colocado a la cabeza de la Propaganda. Sus poderes son muy extensos sobre las cristiandades que se encuentran bajo su jurisdicción. Estas se constituyen en ciertos casos en diócesis y están gobernadas por obispos, en estos casos el representante del cardenal prefecto se limita a ayudar a estos episcopados y clerics iniciales. En un estado menor las comunidades cristianas jóvenes son gobernadas por vicarios apostólicos, por prefectos apostólicos o por superiores de las misiones autónomas. En las Indias, en el Japón, en China, en vastas regiones del África, están erigidas en jerarquías ordinarias. De Alaska a las Antillas; de Liberia, de Togo a Yaundé, a Nyassa, a Zanzibar; de Port-Louis a Madrás, de Colombo a Bangkok, de Siwantzé a Hiroshima, la Propaganda ha colocado ya sus jalones, establecido sus cabezas de puente, ha vigilado atentamente la obra de sus apóstoles e inscrito regularmente en los grandes libros de sus martires los nombres de sus últimos testigos.

LA ELECCION DE UN NUEVO PAPA

De nuevo la Capilla Sixtina. Esta decoración sombría, en donde arde el inmenso fresco de Miguel Ángel, aparece constantemente en las grandes horas de la Iglesia. Es allí, cuando el Papa muere, donde el Conclave se reúne. Los cardenales cumplen entonces su función más alta, la que les vale ante los ojos de la etiqueta humana su categoría de Príncipes de sangre: eligen al Jefe de la Iglesia y al Vicario de Cristo. Cada uno de ellos es un Papa en potencia.

El Soberano Pontífice exhala su último suspiro rodeado de la pompa litúrgica. En su residencia privada un pequeño grupo de familiares escucha de rodillas las invocaciones latinas pronunciadas por la voz fuerte del sacristán de Su Santidad, a quien incumbe la tarea de recitar las plegarias de los agonizantes. Es este mismo quien administra al Papa la extremaunción.

Quando el Papa entrega su alma, el médico se aproxima para certificar su defunción. Entonces los prelados, que están en la habitación, caen de rodillas y recitan las oraciones de los muertos. Después, por orden jerárquico, vienen todos a besar la mano derecha del Soberano Pontífice.

La noticia se extiende repentinamente por el

inmenso Palacio del Vaticano. El Camarlengo es por unos días la más alta autoridad de la Iglesia. Un destacamento de guardias suizas armados de alabardas le acompaña por todas partes. Reconoce oficialmente el cuerpo del Soberano Pontífice y es él quien entona de rodillas, ante los despojos mortales del Papa, el salmo *De Profundis*. Luego se aproxima al lecho, levanta el velo que cubre su rostro y comprueba la defunción golpeando por tres veces con un martillo de marfil la frente del difunto y llamándole por su nombre.

Es en este momento cuando la muerte es oficialmente reconocida y cuando el maestro de cámara retira el anillo papal. Después de muchas ceremonias el Papa es llevado a la Basílica. Por primera vez su entrada no es saludada con trompetas ni con aclamaciones de la multitud. La inmensa iglesia está vacía y enlutada.

El Cardenal Decano reúne todos los días, después de la muerte del Papa, a los cardenales presentes en Roma. Su reunión comienza con la lectura de la «Constitución», redactada por Pío XII en 1945 y que traza hasta en sus menores detalles las modalidades de la elección del Papa. A la muerte de Benedito XV el plazo prescrito por la «Constitución» anterior era tan corto que los cardenales americanos no pudieron llegar a tiempo para participar en la elección, Pío XI modificó este artículo en el sentido de que el Conclave no se celebrara antes del décimoquinto día que siguió a la muerte del Papa. Parece que será necesario modificar la «Constitución» ahora en sentido inverso, pues las comunicaciones se han hecho tan rápidas que los cardenales llegados a Roma se exponen a pasar largos días sin tener nada que hacer.

Antes de penetrar en la Capilla Sixtina los cardenales se reúnen en San Pedro y su Decano celebra una misa de Espíritu Santo. Una vez cumplidas las ceremonias divinas se entra inmediatamente en el Conclave. El maestro de ceremonias abre el camino con la cruz papal. Le siguen los cardenales; y todo el séquito entona el himno «*Veni Creator Spiritus*». Tras una última exhortación del Cardenal Decano comienza el Conclave. Nada puede llegar a los cardenales del exterior: ni cartas, ni diarios, ni periódicos. Una doble cerradura los incomunica con el exterior. La excomuniación más severa caerá sobre todos aquellos que introduzcan en el Conclave aparatos fotográficos, radio, televisión y cine.

Un sastre, mientras tanto, corta rápidamente tres sotanas blancas de tallas diferentes, con el fin de que todo esté presto para el nuevo Papa. Sobre una mesa, ante el fresco del Juicio Final, se deposita un cáliz cubierto de una patena. Cada elector, después de haber llenado su papeleta se dirige ante la mesa, y deposita su voto, tras de arrodillarse. El Primer Cardenal agita el cáliz cuando todos han votado y se procede al escrutinio. Hasta la reforma de Pío XII, una mayoría de dos tercios bastaba para elegir Papa. Desde ahora, el reglamento exige que la mayoría sea de dos tercios y un voto.

En la pequeña sacristía de la Capilla Sixtina unos criados mantienen encendida una estufa. Es allí donde después de cada vuelta del escrutinio se quemarán las papeletas. Cuando no se logra la mayoría prescrita se agrega a estas papeletas un poco de paja húmeda con el fin de que el humo negro que se escapa por el tubo anuncie a los romanos que han invadido la plaza de San Pedro que no hay todavía Papa.

Quando se logra la mayoría el Cardenal Decano, en nombre del Sacro Colegio, pide al elegido que acepte su elección, y, después de asegurarse de esto, le pregunta el nombre que desea tomar para reinar. Después de un primer homenaje por los Príncipes de la Iglesia, un miembro del Sacro Colegio se dirige a la Loggia, que domina la plaza de San Pedro y en donde una inmensa multitud sabe ya que el Papa ha sido elegido, pues el último humo ha sido blanco. Sin embargo, la multitud ignora todavía el nombre del elegido. Es entonces cuando el cardenal lanza el grito gózoso, que los altavoces llevarán, sin duda, desde el Conclave hasta las orillas del Tíber: «*Nuntio vobis gaudium magnum: Habemus Papam!*»

TODOS LOS MESES SE PUBLICA "POESIA ESPAÑOLA"
UNA GRAN REVISTA LITERARIA POR DIEZ PESETAS

EL TRIPLE CRIMEN DE LURS

EL "PATRIARCA"
GASTON DOMINICI
COMPARECE ANTE
LOS TRIBUNALES

UNA FICHA POLICIACA
QUE VUELVE A ESTAR
DE ACTUALIDAD

CON ESTAS PALABRAS

BRIGADA de Gendarmería de Forcalquier al comisario de la Policía judicial de Marsella: Hoy, 5 de agosto de 1952, hacia las 5,30 de la madrugada, han sido descubiertos tres cadáveres en la aldea de Lurs al lado de un coche de matrícula inglesa. Los cadáveres son de un hombre y dos mujeres. Varios disparos de arma de fuego se han oído en la noche alrededor de la una hora. Gendarmería comienza la investigación. Tribunal de Digne prevenido. Robo parece ser el móvil del crimen.»

Es así como se da vigencia oficial al caso de Lurs. Horas antes, un motociclista, Jean Marie Olivier, llevaba por el camino de Lurs a Forcalquier la noticia que le había sido comunicada por un campesino: Gustavo Dominici.

—¿Cómo dice que se llama? —preguntaba el capitán Albert, de la Gendarmería de Forcalquier.

—Gustavo Dominici. Es un campesino que vive en la Grand-Terre, cerca del río.

TRES CADAVERES EN LA
GRAND-TERRE

A las siete y media de la mañana los gendarmes se presentaban en la Grand-Terre. Todavía hacía frío. El capitán Albert se

subió el cuello de la americana. Los agentes tomaron, sobre el terreno, sus primeras notas: «Dcs personas, completamente carentes de papeles de identidad, yacían al lado de un coche «Hilman» matriculado NNK 686 G. B.»

La mujer se encontraba a unos cinco metros, casi al pie de un barranco que se desplomaba próximo a un depósito utilizado como granero. Una tela escocesa la cubría. El hombre, al otro lado de la carretera, yacía entre dos ramilletes silvestres de retama. El asesino, como se supuso al principio, debió de arrojar sobre el cuerpo un lecho de campaña para evitar que los automóviles que pasaban por allí durante la noche pudieran descubrirle.

Mientras tanto, un grupo de hombres aterrorizados y silenciosos, descubrieron, pasado el puente que cruzaba la vía férrea y a unos 60 metros de la orilla del río Durance, el cuadro más duro: el cadáver de una niña en pijama, los pies desnudos, los brazos en cruz y la cabeza destrozada.

Hasta después del mediodía no se supo quiénes eran los muertos. Se trataba de sir Jack Drummond, director de un laboratorio de investigaciones farmacéuticas en Nottingham, Inglaterra, de su esposa Lady Ann y de su

hija de once años Elizabeth. Apparentemente venían de Villefranche, de donde habían salido la víspera para asistir a una «charlotada» taurina organizada con motivo de las fiestas de la Lavanda en Digne.

EL ESCENARIO DEL
CRIMEN

Lurs, del Ayuntamiento de Forcalquier, está en lo alto de una estribación montañosa que tiene la figura de una espuela. Es una zona áspera, de vida pobre y difícil, donde las ruinas parecen ser los jalones que primero asaltan al visitante. En veinte años las dos terceras partes de sus habitantes han dejado Lurs. Hoy, aproximadamente, la población de la «commune» de Lurs es de unas 400 personas.

Sobre sus cabezas, dicen que está el cielo más puro de Provenza. Al otro lado de la planicie de Valensole, que se extiende al otro lado del río Durance, el ojo puede distinguir la perspectiva de Verdón y, hacia el Norte, las montañas de Lure. El río Durance corre, rápido, recogiendo las aguas que fluyen de todas las vertientes.

La Grand-Terre se encuentra casi sobre el río. Es una zona aislada. Una serie de edificios que parecen apuntalarse los unos a los otros cierran el cuadro de pobreza. Las tejas redondas,



Una reciente fotografía del viejo Gastón, saliendo de la prisión para comparecer ante el Tribunal

creces y sucias, coronan unos tejados increíblemente curvados.

Una casa, semejante en apariencia a decenas de otras que están situadas a lo largo de la carretera nacional 96, se levanta próxima al río Durance: es la del «patiarca» Gastón Dominici.

La hacienda está cruzada por las vías del ferrocarril, que han de cruzarse por el puente, para alcanzar el río. Por el otro lado, la casa, limita con la carretera. A 120 metros de las ventanas, casi a la vista, se encuentra el pequeño ángulo del camino al puente que los Drummond escogieron para acampar. Para pasar la noche. Los faros de todos los coches que pasaron tuvieron, necesariamente, que sobresaltarlos.

UN AMBIENTE INDESCRIFRABLE

Cuando hacia las tres de la tarde del 6 de agosto llegó el comisario Sebeille de Marsella hacia horas que todo Lurs y Forcalquier, a unos 10 kilómetros de distancia, estaban enterados del triple asesinato. Los primeros sorprendidos fueron los dos gendarmes de la brigada de Oraison a quienes el motociclista les había sacado de la cama a golpes de grito:

—¡Marchad a la hacienda de los Dominici; hay un muerto!

Muchas horas hubo, por tanto, desde la llegada del capitán Albert, para tomar las primeras disposiciones. El terreno estaba seco. La humedad de la noche no había dejado una sola hue-

lla. No había césped ninguno. No existía nada, en aquel lugar, que aconsejara a pasar allí la noche. La carretera, con el constante trepidar de los camiones pesados y el brillo amarillento de los faros. Por otra parte, la vía estaba casi inmediata. Pero el capitán Albert no pudo tocar nada, salvo intentar averiguar la identidad de los muertos, porque la famosa circular número 32 prohíbe cualquier cambio antes de la llegada de la Policía móvil. Así que, únicamente, se pueden intentar pequeños ensayos. El comandante Bernier, a las nueve, lanza sobre la pista del asesino la perra policía «Wach» que fué capaz de encontrar a una mujer perdida durante cinco días en las montañas de Lurs. La perra, a quien se hizo olfatear la ropa de la pequeña Elizabeth, se dirigió en primer lugar hacia el río, después se lanzó sobre la vía férrea para, inmediatamente, dirigirse hacia la hacienda de los Dominici. «Wach» volvió hacia el coche, cruzó la carretera y dió una serie de vueltas, empeñosa y olfateante, por el pequeño bosquecito y desde allí, rápida, volver de nuevo al lado de la niña.

Cuando ocho horas después llegaron los policías se descubrió que un trozo de la culata del fusil con la que, bárbaramente se golpeara su cabeza, estaba entre sus ropas. Este pequeño trozo de madera debió ser tocado, con toda violencia, por el asesino. Pero, cuando al fin se lo dieron a

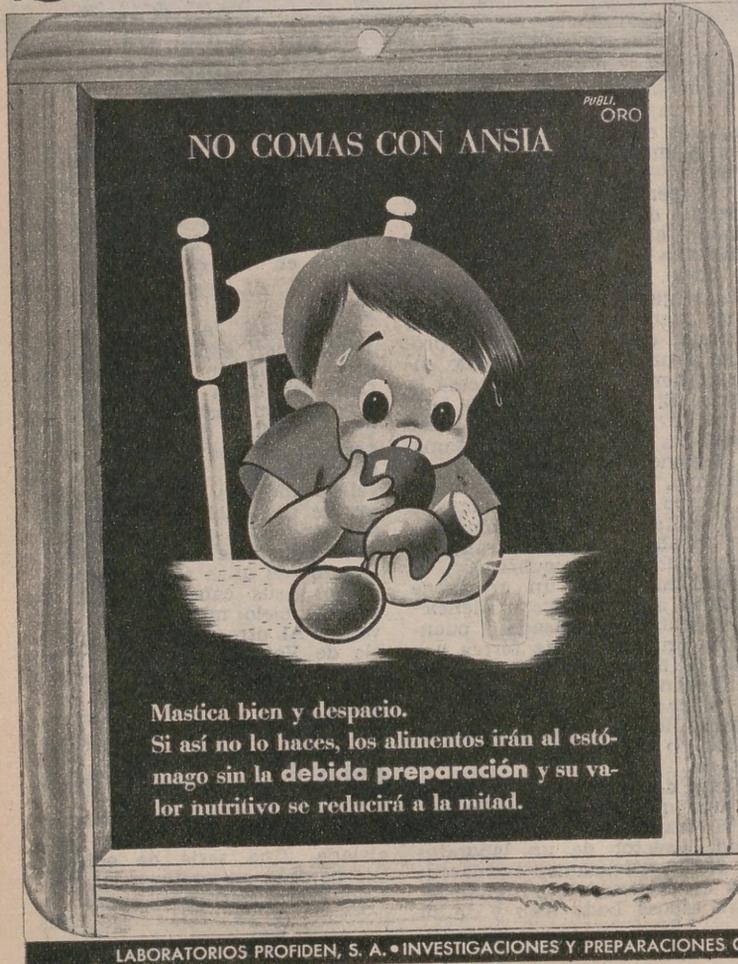
oler a «Wach», toda impregnación había desaparecido.

Además, el comisario Sebeille, árbitro de la situación, poco atento con la Gendarmería, ni tan siquiera se presentó al capitán Albert. Toda su enorme experiencia iba a chocar con un ambiente indescifrable. Los gendarmes, aislados, conocedores de la gente, habitantes ellos también de las mismas tierras duras, comenzaron a investigar por su cuenta. Unos por un lado y otros por donde podían. Lurs, como una ostra viva, comenzó a cerrar su concha. Ni la respiración del pueblo se oía el día 6 de agosto.

«YO NO SOY ENFERMERA»

La Brigada móvil de Marsella llegó en dos automóviles y una camioneta-laboratorio. Pero cuando llegaron se habían producido algunas novedades. La encuesta, la investigación, se cerraba, sólidamente, sobre un rectángulo de 150 metros por 100, representado, al Oeste, por la carretera nacional 96; al Este, por el río, y al Sur, por los edificios de la Grand-Terre. Al Norte, punto clave, el límite era un pequeño camino que llegaba, por entre la crecida hierba, a un puente de piedra que cruzaba las vías del tren, paralelas, en cierto modo, al curso del río. Pues bien, en ese cuadrado, en ese rectángulo, centenares de ojos, de graves miradas, se detenían en las paredes de la hacienda de los Dominici. Hasta la puerta, una vie-

CENSURA SANITARIA N.º 12.070



NO COMAS CON ANSIA

Mastica bien y despacio.
Si así no lo haces, los alimentos irán al estómago sin la **debida preparación** y su valor nutritivo se reducirá a la mitad.

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID



ES UNO DE LOS "DIEZ CONSEJOS" DE LA "CAMPAÑA "PROFIDÉN" DE HIGIENE DENTAL", 1953-1954, DIRIGIDA A LOS ESCOLARES DE PRIMERA ENSEÑANZA, Y QUE "PROFIDEN" PUBLICA PARA HACER LLEGAR LOS BENEFICIOS DE SU LABOR DIVULGADORA AL MÁS EXTENSO NUCLEO INFANTIL.



ja viña abandonada, se ofrecía como camino para los agentes.

Los gendarmes han franqueado los límites, seguido los caminos, confrontado los vértices posibles del ataque, con el primer hombre que descubrió las víctimas: con Gustavo Dominici.

—Nosotros—dice Gustavo—, mi padre y yo, vimos a los Drummond instalar su campo.

El capitán Albert le preguntó: —¿Salió usted?

—A las 20,30 fui a ver un corrimiento de tierras que podía amenazar la vía... los ingleses comenzaban a desvestirse.

—La niña—precisó entonces el viejo Gastón Dominici, miraba pasar mis cabras.

Pero la conducta extrañamente inculcable, la que iba a hacer penetrar el problema en el terreno de la barbarie o de la locura, comenzó inmediatamente. A las 5,30 Gustavo Dominici descubrió a la niña con la cara terriblemente ensangrentada. No pensó o no quiso hacerlo, si sus declaraciones se acercan a la verdad, si la niña podía estar, aún, con vida. No se detuvo, sino que, inmediatamente, fué a contárselo a su mujer que, tampoco, se decide a intentar ver si es posible la salvación de una persona herida. Cuando el capitán Albert la reprocha esta falta completa de reflejos maternos, de su ausencia absoluta de caridad, la mujer, sorprendida, como si lo hubiera oído por primera vez, responde:

—Yo no soy enfermera. Además, yo no quería ser mezclada en este asunto.

Entonces el capitán Albert hace la pregunta decisiva:

—¿Por qué no buscasteis inmediatamente a los padres de la niña que, según vuestra declaración, habíais visto la noche antes?

—No se piensa en todo—fué su respuesta textual.

Del otro lado de la corriente del Durance, a más de un kilómetro del lugar del crimen, un agricultor de Gargas, M. Roche, declara haber oído, entre la una y la una y media, disparos de un fusil de guerra.

Sólo los Dominici no oyen nada. Sólo sus ventanas, que están a 120 metros del campamento, que han estado abiertas hasta las 23,30 en que a todos les despertó una sidecar, no han podido recoger los gritos de los asaltados. De la niña, que fué perseguida y a la que dispararon, por detrás, un tiro que, según los médicos, la atravesó la oreja. Eso, primero; luego, la culata. Hasta que se rompió el fusil en dos.

EL TESTIMONIO DE LOS MEDICOS

Al informe del médico forense, de extraordinario interés, como veremos más tarde, precedió el del doctor Dragon, llamado en los primeros momentos del descubrimiento para realizar las primeras comprobaciones médicas. Al exponer su opinión, el doctor Dragon aseguró que la rigidez cadavérica era menor en el cuerpo de Elizabeth que en el de sus padres: la niña, por tanto, murió más tarde. Si ello, de por sí, era importante para juzgar definitivamente que Gustavo Domi-



Una emotiva escena ante la tumba de la pequeña Elizabeth Drummond, la tercera víctima del sanguinario «patriarca» de la «Grand-Terre»

nici pudo encontrarse en situación de prestarla algún auxilio, otra conclusión de enorme interés psicológico se desprendía de otra observación: «Elizabeth estaba descalza, pero la planta de sus pies desnudos estaba completamente limpia», lo que hacía suponer al médico que la niña fué transportada al lugar donde fué descubierta que, como sabemos, fué al otro lado del puentecillo. Es decir, a unos 120 o 130 pasos del lugar donde se descubrió el cadáver de su madre.

El informe del doctor Girard, médico forense, que por cierto ha fallecido sin lograr conocer el veredicto de los jueces, comenzaba enumerando las heridas de las víctimas para arrojar, posteriormente, sobre un nuevo misterio:

«... Sir Jack ha sido abatido —decía el informe— luego de ser herido en una mano, de un balazo en el pecho. Elizabeth había perecido a golpes de culata que la cruzaban la cabeza.» Pero eran las heridas de lady Ann las que atraían la mayor atención del especialista: «Una bala había roto el brazo izquierdo y atravesado, mortalmente, el cuerpo de parte a parte. Dos balas más habían penetrado en el pecho y habían salido por el abdomen, por delante, la una hacia la derecha y la otra hacia la izquierda, proporcionando un problema balístico no resuelto todavía...»

EL COMISARIO SEBEILLE Y SU EQUIPO

El comisario Sebeille no es nuevo en el oficio. Es un hombre que hereda unas condiciones. Que tiene ese difícil talento de auscultar y conocer. En Francia, siempre empeñada en clasificar a sus personajes, se le ha querido comparar al célebre comisario Maigret, héroe de Simenon.

El padre de Sebeille fué inspector casualmente de la misma brigada a la que pertenece hoy su hijo: a la X Brigada Móvil. Pero la verdad es que no es como Maigret. Maigret es pesado, lento, sueña su personaje y recrea dentro de sí las situaciones. Se vuelve un poco el asesino. Sebeille es más delgado, más pequeño y más inquieto. Tenaz también en la persecución y en el trabajo, abandona difícilmente un

objetivo. Se agarra a él hasta que consigue lo que quiere. Usa unas gafas negras iluminadas constantemente por la lucecita del cigarrillo.

En su equipo no está el famoso «Lucas» del comisario Maigret, pero cuenta también con unos inspectores sólidos y completos; algunos, alegres y festivos; otros, calmosos y tranquilos. O como Tardieu, que tiene la calma y la alegría.

Pero el asunto, harto áspero, hizo también asomarse al comisario Constant. La persecución, endemoniada, se hacía desde todos los ángulos posibles.

«ESTE ARMA HABLA»

El arma del crimen fué encontrada por los inspectores de Sebeille: Ronchin y Girolami. La culata fué hallada flotando sobre el agua de un agujero. El cañón emergió treinta metros más arriba, en plena corriente, y en las proximidades al lugar donde fuera hallado el cadáver de Elizabeth.

Se trataba de una carabina automática americana, una «Rock-Ole», en mal estado, reparada en más de una ocasión y que dió la clave de algunas cosas: se encontraron balas que la carabina tuvo que expulsar sin ser disparadas. El comisario Sebeille se limitó a decir: «Este arma hablará.»

LA CONSPIRACION DEL SILENCIO

El capitán Albert sabía que se iba a producir un mutismo absoluto.

Interrogados uno tras otro los habitantes de Lurs, los ciudadanos de Lurs se declararon incapaces de ayudar al comisario. Nadie sabía nada del arma. Nadie podía dar una sola noticia. Nadie decía nada. Un silencio absoluto, total, enervante, que arrojaba a la Policía a un callejón sin salida. ¿Qué ocurría? ¿Qué se ocurría?

La atención del comisario Sebeille, siempre retenida por la hacienda de los Dominici en la Grand-Terre, se volvió otra vez

en esta dirección, sin abandonar la ya. Al presentar la carabina al hijo del «patriarca», a Clovis Dominici, el hombre comenzó a temblar. Durante largos minutos, como hipnotizado, miró el arma. Luego, como los demás, como todos, respondió lo mismo: «Yo veo este fusil por vez primera». Estaba claro que mentía.

Lo mismo ocurre cuando se intenta vencer la resistencia de Gustavo y del padre. El «patriarca», Gastón Dominici, de setenta y seis años, fuerte, vigoroso, con una mata de pelo blanco y unos bigotes enormes, ni tan siquiera responde. Cuando los fotógrafos le retratan, sonríe. Una pugna gigantesca, sorda, casi heroica, se establece entre Lurs con su capitán Gastón Dominici y el comisario Sebeille. «De los tres—dice Sebeille—, sólo el padre, Gastón, es fuerte. Los hijos, Gustavo y Clovis, flaquearán...»

LA HACIENDA DE LOS DOMINICI

Insensiblemente y a pesar de todo, las cosas van ocupando su puesto. Declaración tras declaración consumen la energía de los más jóvenes. Al final de una de ellas Gustavo declara que vio, «ciertamente, mover un brazo a Elizabeth». Inmediatamente el comisario Sebeille lo envía a la cárcel bajo la acusación de «falta de asistencia a una persona en peligro de muerte».

Solo allí, separado del padre, piensa el comisario, cabrá la oportunidad de obtener nuevas declaraciones. Mientras estén a su lado es casi imposible. Gastón Dominici dispone como amo y señor de sus hijos. Casi se puede decir que se rie de ellos. Que los desprecia. Su palabra es un orden que nadie se atreve ni a discutir. Por otra parte, en Lurs son famosas las cóleras de Dominici. En un ambiente fantástico, en las conversaciones que inevitablemente se deslizan el comisario comienza a conocer el pasado de Gastón. «Un clima agrio, de violencia, gobierna a esta familia. Una noche, en 1946, dos camiones se detuvieron ante la hacienda. Antes de que se supiera el motivo de su parada, los conductores se vieron sorprendidos por una ráfaga de metrallera.» Disparan sin más. Cuando un gendarme preguntó a Clovis el motivo de los disparos, Dominici contestó que fué pensando si serían bandidos. En 1948 a uno de los hijos, a Gustavo, le robaron una pistola. Cuando fué detenido el ladrón, un tal Sube, se verificó un registro en casa del robado; se encontró un fusil «Máuser», por lo que Gustavo Dominici resultó condenado a 6.000 francos de multa.

Pero las ramas no son el problema de Lurs. Sino, al revés, su alma impenetrable. El misterio ha impedido que, de una forma u otra, se haya encontrado la grieta en la muralla para penetrar en el recinto fortificado del mutismo. ¿Por qué ha sido así?

LURS, CENTRO DEL MAQUIS

Cuando se descubrió el arma del crimen todo el mundo creyó, con el comisario Sebeille, que se estaba al principio del fin. Que

era posible que el arma hablase. Pero no ha sido así. Sólo el capitán Albert dijo: «Serán precisas dos horas o dos años.»

«El mutismo de la población de Lurs—decía *Paris-Match* de 11 de octubre de 1952—ha sido organizado por los comunistas.» Pero ¿por qué? ¿Se trata de defender simplemente a Dominici o se trata de forzar a un silencio de cosas más remotas? Sigamos los acontecimientos.

Lurs, y en general esta región montañosa de los Alpes Bajos, ha sido el centro del maquis francés. Por estos caminos de cabra, de cielo puro y dura mano se han cometido, al lado de acciones brillantes, tropelías sin cuento. El sos dos horas o dos años.»

Siguiendo el curso del Durance se podría dibujar sobre el mapa una serie ininterrumpida de «ejecuciones sin garantía de justicia». En un radio de 15 kilómetros en torno a la Grand-Terre, en torno a ese puente de piedra fina, en el que una niña era muerta a culatazos, puede ser que no exista una sola aglomeración urbana que no tenga entre los suyos, paredes adentro del silencio, un fusilado por el maquis. En los más pequeños pueblos y en las villas. En Forcalquier un fotógrafo, M. Gras. En Peyrus, el viejo alcalde, y a unos pasos de su casa, a unos minutos de paso corto, fueron asesinados el juez de paz monsieur Stais y M. Almariac. En la villa de Mees, una joven peluquera, la señorita Colette, y en Saint Auban, los dos hermanos del molinero Queyrel (quien por cierto recibió una carta del maquis, del coronel Noël, por otro nombre Bonnair, señalándole que sus dos hermanos habían sido fusilados por error...) En Maillefougasse, dos viejos vendedores de tabaco. En Pierrerue, en una hacienda, toda la familia.

Sin embargo, la ejecución por excelencia, la que tuvo más importancia por su final, fué la que tuvo por teatro el castillo de Paillerol, situado al otro lado del Durance, justamente y en línea recta frente al lugar donde los Drummond fueron asesinados. Los ocupantes del castillo, monsieur y Mme. Cartier, resultaron muertos una noche por un pequeño grupo de hombres; que se retiró llevándose con ellos la suma de 300.000 francos. El comisario Stini, de Niza, llegó a Paillerol en 1944 para realizar una investigación sobre el asunto. Actuó rápida y eficientemente pero tuvo la imprudencia de telefonar a sus superiores de Niza diciéndoles: «Conozco ya a los asesinos de los Cartier.» Unas horas más tarde el inspector Stini caía muerto, atravesado a balazos, a unos metros escasos del castillo.

Pero esas eran las ejecuciones más notorias. Decenas de otros de menor importancia están ocultos, muertos y enterrados, en un pequeño bosque.

EL TEMOR CIERRA LAS BOCAS

Gastón Dominici, el amo de la Grand-Terre, pertenecía al maquis de Ganagoble. No se puede decir de él que sea jefe de célula ni miembro activo. Pero algo gordo ha tenido que pasar para que al tercer día del asesinato de Lurs toda la organización del silencio se pusiera en marcha.

Las familias de los muertos, de los asesinados de una forma u otra por el maquis, no han osado emprender ninguna investigación. Se cuchichea en voz baja un nombre u otro, pero nadie se atreve a decir nada. La población de la región ha conservado de esa época una impresión de terror, todavía viva después de ocho años. El temor cierra las bocas. Para estos aldeanos realistas los Poderes públicos, lejanos y poco capaces de penetrar el caparazón de su tierra, no significan ninguna protección práctica. Se ha establecido por ello entre víctimas y victimados un tácito acuerdo de reserva cuando apareció el caso Drummond. Lo que menos importa es que Gastón Dominici sea el asesino o no lo sea. Lo que importa es que no se levante el velo de los años de atrás para que no se produzcan más daños. Por eso desde el tercer día al antiguo diputado comunista de los Bases-Alpes se le vio circular de hacienda en la hacienda. Emmanuelli, el director del diario comunista *La Marseillaise*, hizo un viaje a la región. Bonnair, alias Noël durante los maquis, se presentó también. Y también Hauteville, ex jefe de los maquis de Sigonza, uno de los más «duros», según la fama, se presentó varias veces en Peyrus. He aquí, pues, cómo una serie extraña de circunstancias, algunas de ellas muy anteriores al asesinato de los Drummond, son las que han venido a formar ese aire terrible, ese aire de silencio sólido que ha rodeado la investigación cuando ésta naturalmente, ha necesitado el testimonio de los agricultores.

DRUMMOND Y EL CONTRAESPIONAJE

El móvil del asesinato de los Drummond, y sobremanera de sir Jack Drummond, no parece claro. El del robo, que al principio parecía posible, parece hoy casi imposible.

Se descubren, o se descubrieron en su día nuevos motivos para el sobresalto: una familia inglesa, cuyas señas concuerdan perfectamente con la de los Drummond, fué vista cuatro días antes del crimen a dos kilómetros exactamente de la Grand-Terre. Los testigos dieron toda clase de detalles posibles. Reconocieron la furgoneta, «Hilman». Uno de los testigos añadió: «El tercer inglés estaba al volante. Alto, seco, parecía como de unos cincuenta años. Tenía mostachos blancos y se parecía extremadamente a los retratos que he visto de sir Jack Drummond. El nos dijo «Bonne soir», mientras que su mujer nos saludaba con un «Good night».

¿Por qué los Drummond eligieron para acampar un lugar tan incómodo? Ninguna respuesta correcta se ha dado a la deficiente instalación. Y si ellos tenían un propósito deliberado, ¿qué buscaban?

Sir Jack Drummond durante la guerra, oficialmente al menos, intervino en el Gobierno en cuestiones de abastecimiento y regulación. Pero con una frecuencia desconcertante se le ha situado plenamente en conexión con el «Intelligence Service». «Se trataba—ha dicho un periódico francés—, dada la personalidad poli-

tica de sir Jack, cuyo papel en los servicios de contraespionaje es indiscutible, de un arreglo de cuentas de la guerra secreta?

LA AGENDA DE SIR JACK

De todas formas, sus actividades durante la segunda guerra mundial son múltiples y misteriosas. Se sabe que gracias a sus trabajos el régimen alimenticio del pueblo inglés mejoró. Esto le valió varias recompensas, entre las cuales se encuentra la Medalla Americana del Mérito y el título de «honoris causa» en la Sorbonne. El *Daily Herald* bautizó a sir Jack con el título «del hombre que nos ha salvado del hambre». Pero eso no es todo. El aparato de misterio que rodea su vida alcanza zonas más oscuras. Sir Jack tuvo otras misiones durante la guerra. Fué «parachutado» y encargado de misiones secretas por el «Intelligence Service» a Holanda y Francia, cuando éstas permanecían ocupadas por Alemania. Estas misiones poco o nada tenían que ver con sus investigaciones científicas. Gentes bien informadas han señalado que, en esencia, su misión era la de establecer contacto con los maquis. Se sabe con toda certeza, por una agenda que perteneció a sir Jack, que éste, cuando menos, había estado en Lurs en el año 1947.

El famoso libro de notas, su agenda, se encontró poco después del crimen, el 15 de septiembre de 1952, y fué remitido inmediatamente a Scotland Yard. Después, no se habla más de ella. Probablemente porque las actividades de contraespionaje de sir Jack han quedado oscurecidas, porque así convenía a muchos, por el más espectacular caso de Gastón Dominici.

Parece probable que en aquel lugar, el más inhóspito para pasar la noche, sir Jack estaba dispuesto a recibir a alguien. ¿A Gastón Dominici? Parece poco probable. Gastón es un hombre al que una serie de circunstancias han arrojado al «affaire». Hay que pensar que sir Jack esperaba recibir a alguien que tendría que darle alguna documentación importante. Unos papeles tan decisivos que hicieron a sir Jack y a su familia arriesgarse para intentar la aventura. ¿Quién daba la orden clave para dar comienzo a las «ejecuciones sumarias»? ¿Quién escogía a las víctimas? ¿Qué transacciones se hicieron entre el contraespionaje y los maquis?

EL ARMA SECRETA DE SEBEILLE: LA PACIENCIA

A los quince meses de comenzada la encuesta Sebeille había alcanzado el arma que resultaba indispensable en aquella larga lucha: la paciencia. A los quince meses vuelve a comenzar a cero. Repite, como si hubiera ocurrido el día antes, todos los testimonios. Llama, incansable, en todas las puertas. Confronta los datos y espoleado en su amor propio por otro policía, el famoso Constant, a quien otras cuestiones impidieron seguir el caso Lurs, permanece impasible ante las malas respuestas. Los testimonios fueron cerrando en su curva implacable un hecho cierto. Según los datos de los prime-



Izquierda: Monsieur Rozau, Fiscal acusador en el sensacional proceso de Lurs.—Derecha: El defensor Je Gastón Dominici, monsieur Charles Alfred, examina el voluminoso expediente del acusado



He aquí el lugar donde fueron asesinados los Drummond, en la noche del 5 de agosto de 1952

ros testigos y la posición de los cuerpos a la hora de la fotografía existía una diferencia. Gustavo Dominici, apretado en el lazo de acero, terminó por decir: a), que oyó los disparos y los gritos de las víctimas; b), que lady Drummond había venido la víspera con Elizabeth a la hacienda; c), que se había levantado no a las cinco treinta, sino a las cuatro; d), que había visto los cadáveres en el campamento; e), que había modificado la posición del cuerpo de la inglesa.

LOS DOMINICI SE ACUSAN

Al día siguiente Sebeille podía presentar su primer boletín de victoria: «Gustavo Dominici, desfondado, declaraba que su padre, el día 5 de agosto, a las cuatro de la mañana, le había dicho que él era el autor de los disparos que había oído. La conversación fué así:

—Yo les he oído por la sencilla razón de ser yo quien ha tirado —dijo el viejo.

—Tú estás loco.

—Yo había ido a pasear y he llegado hasta los ingleses que vinieron ayer a la casa. Ellos me han tomado por un malhechor y yo he disparado.

No acababa Gustavo de termi-

nar de firmar su declaración cuando se la presentaron a su hermano Clovis. Este, que sufría el yugo del «patriarca» peor que los demás, claudicó rápidamente: «Yo he asistido a una terrible colera de mi padre, que disputaba con mi madre y le decía: «Yo he matado ya tres veces. Mataría cuarenta... Comprenderán —añadía Clovis— que no se denuncia fácilmente el crimen del padre de uno.»

Sin embargo Gustavo, en un careo con el padre, se retractó de sus declaraciones anteriores. No quedaba nada. Gastón Dominici sonreía. Sólo dijo: «¿No será él?»

EL VIEJO GASTON HABLA

Después de más de veinte horas de interrogatorios, el viejo Dominici permanecía fuerte. Rechazaba, colérico, las acusaciones que se lanzaban contra él. Rodeado de inspectores y magistrados, el bastón entre las piernas, el sombrero caído hasta las orejas por entre la gran mata blanca del pelo, el «patriarca» no se rendía.

Sus interlocutores, cansados, abatidos, habían abandonado la partida.

Y es ahora, cuando se han ido, cuando está únicamente su guardián Guerinot, cuando se pone a hablar. Lo hace como si descansara, como si se quitara un gran peso de encima:

—Yo no he sido feliz con mi mujer, con la «Sardina» (aí llama a su esposa). Mi noche de bodas la pasé llorando...

—Si tenéis alguna cosa que decir, decidla—dice Guerinot—. Estoy seguro que se tendrá en cuenta. ¿Fue un accidente?

La conversación, íntima, complicada, se abre ya a todas confesiones. Gastón Dominici ha llegado a un momento clave: no le pregunta nadie. Es él el que cuenta.

—Decídselo al comisario.

—No, al comisario no. Le odio. Yo quiero hablar a un hombre que me comprenda.

Guerinot llama al comisario de Policía de Digne, Prud'homme. Cuando éste se presenta, Gastón Dominici comienza su relato: «Di un paseo y vi cómo se desvestían. Al verme, Lady Ann gritó. Sir Jack se precipitó sobre mí y yo disparé.»

Los inspectores, mudos, asombrados, oyen la declaración que terminaba la batalla. ¿Que la terminaba?

El comisario Sebeille coloca a Gastón bajo arresto y lo traslada al juez de Instrucción Peyries.

«YO NO SOY EL ASESINO»

A las diez del 15 de noviembre de 1953 tuvo lugar otra de las más pintorescas, desenfadadas y estupefactas actitudes de Gastón Dominici. A esa hora llegaba el juez Peyries para hacerse cargo de la primera conversación con el «patriarca». Conversación, porque, a pesar de los pesares, Gastón Dominici era todavía un testigo y no un culpable. Las primeras palabras que escucha el juez, que es un hombre joven, de cara alegre, es lo siguiente:

—¡Pequeño, siéntate aquí! Yo no soy el asesino. Lo que declaré ayer fue por salvar a mis hijos.

Es de suponer que el magistrado, después de la tranquila declaración, necesite de verdad sentarse.

—¿Quién ha matado entonces?

—Estoy seguro que Gustavo.

—¿Usted le acusa?

—No, no; declaro todo esto como ayer.

Hay un momento en el que parece que Gastón Dominici está burlándose. Comienza otra declaración fantástica. Dice todas estas cosas para aprovechar la ocasión y escapar de su mujer. ¿Está loco?

LA RECONSTRUCCION DEL CRIMEN

El 16 de noviembre de 1953, partiendo de Digne, de la plaza en que está situado el Palacio de Justicia, una larga cadena de automóviles se dirige a Lurs. Entre ellos va un furgón celular con un huésped especial dentro: Gastón Dominici.

La caravana va a intentar reconstruir con todo detalle las circunstancias del asesinato. Cuando el viejo «patriarca» desciende en tierras de su casa, toda la familia está allí: la mujer y los hijos.

Primero, en la casa, enseña a los policías la repisa de donde tomó la carabina. Explica sus movimientos posteriores. «En principio pensé dirigirme hacia donde las tierras amenazaban desplomarse sobre la vía; luego cambié de idea y me dirigí hacia donde los ingleses.»

Paso a paso aparecían las figuras que representaban a los testigos y a los muertos. Gastón iba contando lo que hizo. Repentinamente, en una carrera impresionante, se acercó al puente. El inspector Girolami le alcanzó cuando estaba ya dispuesto a tirarse desde el puente a la vía férrea... El proceso Dominici aumentaba en tensión. El viejo «patriarca» había querido suicidarse.

Le confrontan con los hijos. Clovis se ratifica en su declaración de haberle oído confesarse el asesino ante su madre.

—No recuerdo nada.

Gustavo renueva también sus acusaciones. Le recuerda que fue él quien le dijo que «había oído los disparos por ser, precisamente, quien los había disparado».

—Gracias, monsieur Gustavo—dice el padre.

Pero el 30 de diciembre se rompe otra vez la acusación. Gustavo, ante la mirada fría y sardónica del padre, se arrepiente y grita: «¡Yo he mentido; mi padre no es el asesino!»

Aterrorizado, incapaz de hacer frente al padre prisionero, tienen que volver a dejarle solo para que se reafirme en sus declaraciones primitivas. Pero ¿qué sucederá en el juicio?

EL HOMBRE DE LA «GRAND-TERRE», EN LA CARCEL

Gastón Dominici se entretiene en la cárcel leyendo todas o casi todas las revistas o periódicos que tratan de su asunto. Se lamenta únicamente de que duerme poco. Parece ser, ciertamente, que duerme dos o tres horas durante la noche y envueltas éstas en pesadillas. Sin embargo, su apetito permanece excelente. Como le faltan muchos dientes, masticar con una terrible e imperturbable paciencia. Los miércoles y sábados son los días de visita. Sólo las mujeres tienen el derecho de verle.

—¿Y Clovis?—pregunta.

—Se le ve poco. Nos huye.

—Ese también flaqueará cuando me tenga delante.

Los abogados de Gastón están confiados en dar la vuelta al juicio, que ha comenzado el día 17. Emilio Pollak, el director del pequeño grupo, advierte que habrá un «golpe de teatro». Sin embargo, la cosa va seria. Hay que creer que se trata de un proceso excepcional cuando, hecho único en los anales, o en muy pocos casos, dos ministerios públicos, constituidos por el procurador Sabatier de Digne y por el abogado general Rozan, de Aix-en-Provence, se sentarán al lado del presidente.

EL COMUNISMO CONTRA EL «INTELLIGENCE SERVICE»

Los abogados de Gastón Dominici confían extraordinaria-

mente en sacar el caso adelante. Las razones, según ellos, es la confusión y las enormes contradicciones que pesan aún sobre la misma confesión de Gastón Dominici. El magistrado Peyries piensa, además, que el crimen no ha sido cometido por uno solo. Y aunque ciertamente cree que minici sabe mucho, no cree que sepa todo.

El crimen atraviesa una serie de claves de orden enigmático que se van centrando sobre razones políticas. El comunismo, claramente, se ha enfrentado al «Intelligence Service», tomando como máscara al viejo maquis de la región. La muralla de silencio, ¿qué otra cosa es que un mutismo que obedece a órdenes de táctica terrorista?

El capitán Albert, jefe de la Gendarmería de Forcalquier, ha hecho antes del juicio la siguiente declaración: «... yo no tengo derecho a emitir una opinión concreta días antes de verificarse el juicio... En este país las gentes no hablan mucho y lo que dicen es siempre vago. Si yo mismo tuviera una opinión, no la diría. Se puede pensar—añadió—que la familia Dominici conoce el secreto del caso. Si ellos quisieran hablar conoceríamos la verdad. Mi primera impresión fue que Gustavo menta. Los Dominici, aunque violentos, no tenían entre nosotros fama de duros, pero nadie creía que fueran capaces de eso...»

Gastón Dominici, mientras tanto, ha proclamado a todo el mundo: «Era necesario encontrar un culpable y se me ha escogido a mí».

PROCESO SENSACIONAL

Todas las habitaciones de los hoteles de Digne están retenidas con mucha antelación al comienzo del proceso. Centenares de periodistas de todo el mundo se han dado cita allí. Han sido anunciados, por lo pronto, los nombres de algunos: Mauriac, Maurois, Marcel Pagnon y Duhamel. El novelista Georges Simenon estará presente. Las cámaras tendrán también su representación.

El comisario Sebeille mirará por entre las filas de los personajes novelescos que empujan de un fondo oscuro superior a ellos mismos.

Ha empezado la película viva del proceso, del gran rompecabezas de Lurs. ¿Tendrá razón el «patriarca» de la Grand-Terre cuando dice que es necesario encontrar un culpable?

Si se quiere, las fichas del crimen de Lurs pueden recomponerse poniendo en claro, primero, la historia misma de ese círculo político del maquis y de sir Jack. Al fin y al cabo, las cosas ruedan hasta que una piedra insignificante las detiene. Entonces la mano de Dios se abate sobre el hombre.

Por ello Pollak, abogado defensor del «patriarca» de la Grand-Terre, ha advertido que el proceso tendrá, sin más, su «golpe de teatro».

Enrique RUIZ GARCIA

BUFFALO BILL

EL PERSONAJE LEGENDARIO DEL OESTE AMERICANO

TRES ETAPAS EN LA VIDA DEL HEROE DE LA PRADERA

MR. CODDY, DIRECTOR DE LA CASA
AMERICANA, HABLA DE SU PARIENTE



MISTER Cuddy sabe sonreír. Y lo que es más difícil aun: Mister Cuddy sabe reír. Tiene una risa amplia, alegre. Una sonrisa de lo más inquieta, dispuesta a saltar por cualquier cosa.

Así, riendo, el director de la Casa Americana, contesta a la primera pregunta que le hacemos, apenas hemos tomado posiciones en su despacho.

—Usted, mister Cuddy, es pariente cercano de Buffalo Bill, ¿verdad?

En lugar de una pregunta tan sencilla parece como si le acabásemos de contar un chiste. Hasta que el despacho y yo nos llenamos de su risa, y ya somos tres alrededor de ella. Luego, explica divertido.

—Pariente, sí soy. Pero no directamente. Verá usted: mi abuelo y el padre de Buffalo Bill eran hermanos. Así que mi padre y Buffalo Bill eran primos hermanos. Yo soy...

—Sobrino segundo, según eso.

—¿Sobrino segundo? Yo creo que este parentesco se llama primo segundo o algo así.

Y por no meternos en una discusión de parentela, seguimos adelante.

—Háblenos de usted y de Buffalo Bill. O de Buffalo Bill en relación a usted. O de usted en relación con Buffalo Bill, le rogamos.

Mister Cuddy se arrellena aún

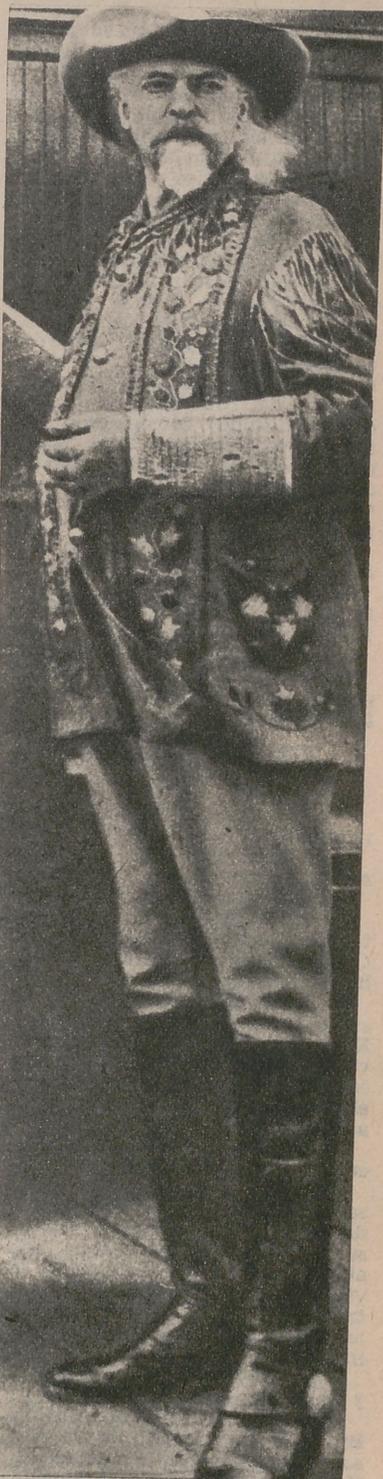
más en el amplio sillón que ocupa. Y empieza a contar.

—Eran los hermosos tiempos en que los pioneros iban palmo a palmo avanzado hacia el Oeste de los Estados Unidos. Mi abuelo y su hermano iban entre aquellas pequeñas masas de colonizadores. Hoy ocupaban una tierra, construían unas cuantas casas de troncos, bautizaban el grupo con un nombre y nacía una ciudad.

Relata mister Cuddy, y es fácil seguir a los colonizadores por los áspers senderos de Ohio. Carromatos con mujeres y niños, hombres a caballo. Altos jamas definitivos, escaramuzas con los indios. Los hermanos Cuddy se distinguen por su bravura, porque tienen madera de jefes. A los Cuddy les conoce todo el mundo, les respetan todos. Un Cuddy, el padre de Buffalo Bill, funda Cleveland (Ohio); otro Cuddy, funda Sheboygan (Wisconsin). Viajan un trecho juntos, para separarse en un punto determinado y seguir diferentes rutas. Muchas, muchas ciudades de los Estados de Ohio y Wisconsin deben su existencia al arrojito de alguno de los Cuddy.

—¿Vivía ya Buffalo Bill en esta época?

—No. Bill nació en el camino de Cleveland a la raya fronteriza que separaba al Estado de Nebraska de las otras tierras.



Izquierda: La escena recoge un ataque de los indios a una diligencia.—Arriba: Buffalo Bill, en el año 1910

—¿También a Nebraska fueron los Cuddy?

—También a Nebraska. Aunque aquí ya se afincaron. Los dos hermanos se habían separado algún tiempo antes y venían por diferentes rutas. Pero al saber que el Estado de Nebraska sería incorporado a la Unión en un día determinado, y que un disparo sería la señal que permitiría pasar la raya fronteriza, decidieron dirigirse hacia allá.

—¿Y llegaron a tiempo de oír el disparo?

—Muy a tiempo.

En los bordes del nuevo Estado de Nebraska, los hermanos Cuddy se vuelven a encontrar. Es un emocionante e histórico momento. El pequeño Bill, en brazos de su madre, ignora todo cuanto pasa a su alrededor. Los hombres, fatigados, derrengados, aguardan ansiosos la señal, inclinados sobre la convencional frontera. Por fin se oye un disparo, y la muchedumbre, como enloquecida, enfiebrada, pasa la raya. Desean un pedazo de tierra. Y cada cual quiere el más grande y el mejor. Se puede escoger y apropiarse de la que más convenga, dentro de unos límites determinados... Así es como los Cuddy consiguieron sus tierras en Nebraska. Unos años más tarde, el pequeño grupo de casas construidas era ya un pequeño pueblo. Hoy en día, es una populosa ciudad.

—¿Ha dicho usted Lincoln, en Nebraska?

—Exactamente. Lincoln. En esta ciudad creció Buffalo Bill, junto a su padre y su tío.

—Que era su abuelo de usted. Se ríe mister Cuddy y hace un gesto «No más complicaciones de parentescos».

LE PROMETIO UN «PONEY»

—Llegó usted a conocer personalmente a Buffalo Bill?

—Sí. Pero sólo le vi una vez, siendo yo muy niño.

—¿Le impresionó?

—Desde luego. Buffalo Bill estaba convertido ya en símbolo del Oeste americano. Yo había oído hablar tantísimo de él...

Me dice que Buffalo Bill era, sobre todas las cosas «humano». Era afable, cordial y comprensivo en grado extremo; siempre estaba dispuesto a ayudar a todo el mundo. En esto residía su gran atractivo.

—¿Qué hacía Buffalo Bill cuando usted le conoció?

—Trabajaba en su circo. Usted sabrá que Bill tuvo tres épocas diferentes. La primera época de su vida fué aquella en la que abastecía a los trabajadores de la vía férrea en construcción, y traía y llevaba el correo. Esta fué la época de sus luchas con los indios.

—¿Tantas como se han escrito y dado en el cine?

—Desde luego que no. Buffalo Bill dejó hace mucho de ser persona para pasar a ser personaje. Hollywood ha inventado mucho, y el resto lo ha hecho la imaginación de las gentes.

—La segunda época de Bill comienza cuando ingresó en el Ejército como «boy-scout». Llegó a jefe de «boy-scouts» de América. De esta época hay también bastantes historias de indios que contar.

—¿Y la tercera?

—La tercera, su época circense, podríamos decir. En su espectáculo incluyó todas las cosas típicas del Oeste americano. El actuaba también.

—Creo que he visto una película en la que se trata este aspecto de su vida. ¿Qué le parecen a usted la generalidad de las películas que se han hecho sobre su pariente?

—En general, muy malas. Fe-

las calidades humanas de su protagonista.

—Sigamos con el circo.

—¿El circo? Mi padre me ha contado que fué un fracaso en un principio. Un verdadero fracaso. Luego, la suerte cambió.

La figura de Buffalo Bill con su inevitable caballo blanco brilla más entre las luces de este circo que él montó. Pasan los primeros momentos de desesperanza, y el público empieza a interesarse por este nuevo espectáculo. Primero, una parte muy pequeña del público; luego, un sector más amplio.

—Terminó recorriendo un sinfín de países. No puedo recordar si vino a España. Pero estoy seguro de que recorrió Italia, Francia, Inglaterra y la mayor parte de los países europeos. Dió dos veces la vuelta al mundo, aclamado por todos los públicos y reclamado por todos los empresarios.

—¿En este momento le conoció usted?

—Sí. Por esta época fué. Nosotros estábamos entonces en Chicago, y él llegó con su famoso circo.

—¿Le recuerda usted bien?

—Perfectamente. Era alto, muy alto. Tenía una barba así... Me prometió un caballo entero, un «poney» para mí solo.

—¿Cumplió su promesa?

Mister Cuddy mueve la cabeza melancólicamente.

—Todavía lo estoy esperando.

«EL HOMBRE DEL CIRCO»

—Pero usted debe tener infinidad de recuerdos del gran hombre, infinidad de anécdotas.

—Mi padre es el que más cosas me ha contado sobre él. Ellos crecieron juntos en Lincoln y se tenían un gran cariño. Yo, ya le digo que sólo le vi una vez...

Parece como si el recuerdo del prometido «poney» empañase la sonrisa de mister Cuddy. Como para pasar más velozmente por el «triste» recuerdo, habla de la gran familia Cuddy, numerosísima.

—¿No tuvo hijos Buffalo Bill?

—Tuvo dos hijas y un hijo. El hijo murió. Por eso sus descendientes directos no llevan su mismo apellido, que sólo se conserva en las ramas laterales.

—¿Viven todavía sus hijas?

—Sí. También mi padre vive. Mi padre cuenta ahora ochenta y seis años, y lleva todavía una pequeña barbita, como la que Hollywood le ha colocado tantas veces a Bill.

—Y a usted, ¿no le gustaría dejársela igual?

Otra vez la risa sube, sube, se hincha y llena el cuarto: Pega contra las paredes, contra el techo, contra nosotros...

UN HEROE A PIE

La familia de los Cuddy no se compone de uno ni de dos miembros. La familia Cuddy es numerosísima. Tanto que existe una Asociación, la Asociación de los Cuddy, en la que están inscritos todos sus componentes.

—¿Se reúnen muy frecuentemente?

—Una vez por año. Hasta en el Canadá hay miembros de la gran familia Cuddy.

—¿Usted sabe qué fines tiene

—Únicamente la de mantener en contacto a unos miembros con otros y, sobre todo, mantener la memoria de Buffalo Bill. A esta Asociación se deben en gran parte libros, homenajes y todo tipo de ideas encaminadas a honrar la memoria del héroe americano. Mi padre suele asistir a estas reuniones.

La gran figura de Buffalo Bill está con nosotros. Ya no es el héroe legendario, combativo, arrojado. Ahora es, sobre todo, un ser humano. Un ser afectado por las desgracias familiares, afectado por la muerte del hijo, preocupado por la marcha de negocios, de los que dependen muchas personas. Es el tranquilo y jovial correo, «boy-scout», capaz de fundar una familia, de amar una casa.

El álbum familiar nos le revela muchacho. Es un crío como los demás. Un muchacho como tantos otros en Lincoln. Quiere a sus padres, trabaja y ayuda a las faenas caseras. Ese chico, con un cubo de agua en la mano, es el futuro Buffalo Bill. Aunque se le vayan los ojos tras los caballos. Es un muchacho amable, risueño, rudo.

El otro, el aguerrido Buffalo, viene después. Uniforme de «boy-scouts» y además de general innato. Aun así —¡qué golpe para la propaganda Hollywood!—, Buffalo Bill prefiere la vida del hogar a la silla del caballo. Es humano, decidido y siempre dispuesto a afrontar dificultades para aliviar males ajenos. Caballero andante del Oeste.

—Mi padre no se cansa de relatar veladas familiares en las que figuraba Bill Cuddy. Le encantaba tener gente a su alrededor, y con los niños pequeños pasaba muchos ratos. Les embromaba hasta hacerles rabiar. Era un hombre extraordinariamente alegre y sano de sentimientos.

—¿Por qué cree que ha sido elevado a la categoría de héroe?

—El momento en el que apareció le fué propicio. Su espectáculo de cosas del Oeste y sus hazañas contribuyeron a hacerle popular en el mundo entero. El fué de verdad, y en muchas ocasiones, un héroe. El que fuera elevado a símbolo del Oeste americano ha dependido de otros factores. Y el que haya pasado a ser un ser mitológico, de otros distintos. Las historietas para niños han tenido aquí una formidable influencia.

—¿Ha leído usted alguna?

—¿Alguna dice usted? He leído muchas y he visto más aun. La literatura infantil en torno a Buffalo Bill es copiosísima. Con sus correspondientes «peros», como es el de desproveer al hombre de sus cualidades y virtudes, poniéndoles a cambio las artificiales cualidades del irreal superhombre.

Es como si Buffalo Bill se bajase al fin de su caballo, pronunciase la humana palabra «cansancio» y manifestase su deseo de querer dormir. El hombre, por ser hombre, no es nunca menos héroe.

—Y ahora, ¿está usted satisfecho o no de llamarse Cuddy?

—¿Satisfecho?... Naturalmente.

Maria Jesús ECHEVARRIA

EL DUQUE DE WINDSOR EN LAS REDES DEL ESPIONAJE DE HITLER

DOS CARTAS COMPROMETEDORAS DEL CONDE DEL ZECH BURKERSRODA

CUANDO nació el duque de Windsor, la famosa revista «Punch» de cuya sátira se han librado pocos personajes, comentó que había sido un acierto la selección de los nombres del príncipe. Y añadía: «... le ayudarán a eludir la mala suerte en los años posteriores...»

Quizá, la revista pensaba que los nombres de Eduardo, Alberto, Cristino, Jorge, Andrés, Patricio y David, entre los cuales se encontraban los cuatro santos patronos del Reino Unido, garantizaban esa frase. De todas formas, hubo un día, en el que Eduardo, príncipe de Gales, fué la esperanza de Inglaterra. De Inglaterra que ara, entonces, Imperio.

De hecho nadie podía pensar que llegaría un tiempo en el que, en el diario oficial «London Gazette», aparecería, después de la abdicación de Eduardo VIII, esta breve definición para uso de la cortesía del mundo: «El Rey ha tenido a bien, en virtud de Cartas Patentes, bajo el Gran Sello del Reino, que lleva fecha de 27 de mayo de 1937, declarar que el duque de Windsor, no obstante su instrumento de abdicación, estará facultado para ostentar y gozar sólo para él el título y los atributos de Alteza Real, aunque, sin embargo, su esposa y descendientes, si los hubiere, no tendran ese título ni esos atributos.»

Desde entonces, desde la fecha de 27 de mayo de 1937, los duques de Windsor han dado varias veces la vuelta a la Tierra.

DOS CARTAS COMPROMETEDORAS DEL CONDE DEL ZECH BURKERSRODA

Cuando el día 8 de noviembre de 1954 llegaba el duque de Windsor a Londres se encontraba envuelto en un escándalo grave. Unas horas después su procurador, George Allen, transmitía una declaración oficial del duque desmintiendo las acusaciones de que era objeto. ¿Cuáles eran las acusaciones?

El Gobierno inglés, a través del Departamento de Asuntos Exteriores británico acaba de publicar el octavo y, al parecer, último volumen de los documentos de la política exterior alemana del período de tiempo que abarca el comienzo de la guerra hasta la entrevista Hitler-Mussolini celebrada el 18 de marzo de 1940.

En ese último volumen se publican dos cartas del conde Julius Zech Burkersroda, encargado de los asuntos alemanes, durante aquella época, en Holanda y agente fundamental de las redes de espionaje alemanas. Las cartas del conde Zech Burkersroda, van dirigidas al secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, barón Weizsäcker. La naturaleza de ellas, y, sobremanera, el hecho que hayan sido publicadas por el Ministerio del Exterior británico, confieren al escándalo una dimensión especial.

La primera de las cartas, fechada en La Haya el 27 de enero de 1940, dice:

«A través de relaciones personales podría establecerse una vía de comunicación hasta el duque de Windsor, quien como sabe usted, es miembro de la misión militar británica en el Alto Mando francés. Windsor no se siente satisfecho de este cargo y busca otro puesto que no tuviera el mero carácter representativo que éste posee, sino otro más activo.»

Al fin de lograr este objetivo, Windsor hizo un reciente viaje a Londres, pero no consiguió nada y se cree que está disgustado por todo ello. Se ha expresado en términos especialmente despectivos hacia Chamberlain, por quien siente particular disgusto. Le cree culpable de su aislamiento.

Parece igualmente que comienza un viento de fronda entre el grupo que rodea a Windsor, lo cual, por el momento no puede saber con toda precisión, pero si llegara un tiempo favorable podría adquirir cierta significación.

No sé si usted está interesado por las actividades de Windsor. No obstante, he oído que anteriormente Windsor había tenido relaciones con el embajador del Reich (Ribbentrop) en Londres.

Podría tener la oportunidad de oír alguna cosa del grupo que rodea a Windsor y también, incidentalmente, conseguir algo a través de él mismo.

De este modo, en su última visita a Londres yo le he explicado, a través de un intermediario, que es una utopía completa de los ingleses intentar efectuar un cambio de régimen en Alemania, y la información de mi intermediario es la de haber causado cierta impresión en él (...to have made a certain im-

pression on him...), más, sobremanera, porque es de signo contrario a lo que piensa el grupo de Chamberlain.

Si usted considera interesante el cultivo de esta conexión, escribame, por favor, unas líneas.

Le estaría muy reconocido si todo lo que tratamos de esta materia no sirviera para comprometer a mi intermediario en ningún camino...»

Una nota al margen de este documento, firmada con la letra «R», de Ribbentrop, dice: «Secretario de Estado: Por favor, hable conmigo de este asunto.»

MENSAJE SECRETO

Tres semanas más tarde, el ministro, conde Zech Burkersroda escribía al barón Weizsäcker una carta encabezada por la fórmula policiaca de «secreto». Le decía lo siguiente:

«El duque de Windsor, de quien ya le he escrito, ha dicho que en la última reunión del Consejo Aliado de Guerra se produjo una discusión exhaustiva sobre la situación que se produciría en caso de que Alemania invadiera Bélgica.»

La referencia surgió a través de un plano de invasión que dice ha sido hallado en un avión que se vio forzado a aterrizar en Bélgica.

El punto de vista de los militares es el de considerar mejor plan el organizar la resistencia en una línea detrás de la frontera franco-belga, aunque se corriera el riesgo de ser ocupada por nosotros.

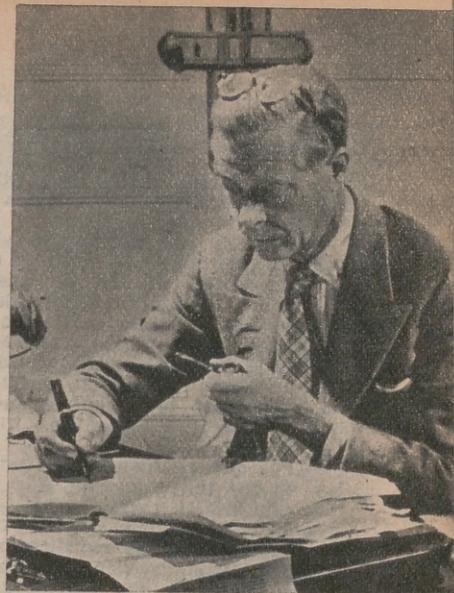
Las autoridades políticas se han opuesto, en principio, a este plan: después de la humillación sufrida en Polonia, sería imposible rendir Bélgica y Holanda a Alemania.

Hacia el fin de la conversación, no obstante, las autoridades políticas—dice el informador Zech Burkersroda, no sin cierta vibración irónica en sus palabras—estaban mucho más dóciles. Heil Hitler.»

La contestación de Weizsäcker, en su réplica a las dos cartas, añade un párrafo de interés: «El segundo mensaje ha sido enseñado a Hitler.»

¿QUE OSCURO PROPOSITO TIENE EL FOREIGN OFFICE?

Parece evidente que cartas de tal naturaleza, por vaga y confusa que quisiera hacerse su interpretación a través de los cauces políticos, han sido lo suficiente-



mente sensacionales para que los ingleses las hayan dado todas las vueltas posibles. Una cosa es, sin embargo, evidente: que el Gobierno inglés es quien las ha publicado y quien, lógicamente, debe saber por qué.

Y aunque sea norma en el Parlamento inglés el tratar cuestiones que afecten de una forma u otra a un miembro de la Familia Real, esta vez los comentarios han surgido inevitablemente. Mister Will Nally, del Labour M. P. de Bilston, terminó por hacer la pregunta que han venido haciéndose los ingleses:

—¿Por qué el duque de Windsor no fué informado de la publicación de las cartas? ¿Qué se intenta al impedirse por el Foreign Office que las rectificaciones del duque de Windsor aparezcan junto a las cartas de Zech Burkersroda?

A la noche siguiente de pronunciadas esas palabras, mister Nally añadía: «... el hecho de que las autoridades no hayan dado los pasos para dar una idea total del asunto, da a las cartas una seria interpretación».

WINDSOR RESPONDE

Las declaraciones del duque de Windsor no se hicieron esperar. Sir George Allen, como ya hemos dicho, que fuera su procurador cuando era el Rey Eduardo VIII, las dió a conocer a la Prensa:

«El duque de Windsor ha leído las informaciones de la Prensa que versan acerca de dos cartas del conde Zech Burkersroda.

El duque no ha tenido nunca el menor encuentro o comunicación con el conde Zech Burkersroda.

Las indicaciones concernientes al duque en las dos cartas, carecen completamente de fundamento. En particular, es absolutamente incierto que el duque discutiera los pretendidos planes aliados, como se dice en la segunda carta.»

Sea lo que sea, el caso es que se trata de un incidente que excede completamente las reglas del juego. El diplomático alemán no atribuye al duque de Windsor propósitos que alcancen la traición, pero es evidente que se desprenden de ellas, inequívocamente, un fuerte aroma clásico: el de la vieja ligereza del príncipe de Gales. Porque, en el mejor de los casos, dice el periódico italiano «Corriere de la Sera», «parece difícil que el ministro alemán se haya inventado todo el informe». Puede ocurrir que tuviera un interés especial por mostrarse activo ante sus superiores, pero no hasta el extremo de falsificarlo enteramente. No hay que perder en cuenta que el duque de Windsor ha vivido, en principal protagonista, un drama que no tiene precedente en Inglaterra. Y nunca ha dejado de ser eso: un drama que ha ido ensombreciéndose con el tiempo. Borrando la brillante y universal sonrisa del príncipe de Gales para hundirla tras esa difícil y hermética máscara de la melancolía que tiene hoy. Quizá a él, mejor que a nadie, convenían las terribles y autobiográficas palabras de Oscar Wilde: «Mi nombre, tan querido y respetado en mis padres, lo he convertido en símbolo de locura entre los cuerdos...»

«Tienes que recordar tu posición», cuenta el duque de Windsor en sus Memorias, que le decía alguna vez su padre, Jorge V. Y recordarle su posición a un príncipe que la olvida, no es cosa fácil. Así lo debía de pensar, también, el Rey, su padre.

INGLATERRA QUIERE CASAR AL PRINCIPE

Que los padres, hombres, graves y rectos, firmes y cordiales, no cerraban sus pasos a la posibilidad de un matrimonio con cualquier mujer americana. «Si David encuentra una mujer conveniente en América ellos estarían encantados.» Eduardo tenía, entonces, veinticinco años. Y demasiados escándalos. Un matrimonio honroso y leal, que no otra cosa quería decir el «conveniente» de los Reyes, parecía ser la solución mejor.

Después de un viaje volvía a emprender otro: América, Australasia, Sudáfrica, Hispanoamérica y la India conocieron la peregrinación del futuro Rey. Una serie de amistades nefastas iban reduciendo y achicando su dignidad. El Rey Jorge se escandalizó ante las libertades de la Prensa americana.

LA SEÑORA SIMPSON ENTRA EN ESCENA

Quizá no llegaban a los diez meses de duración de su reinado, cuando centenares de rumores de la Prensa americana hicieron saber a los ciudadanos ingleses y a los de los Dominios que el Rey se disponía a casarse con una americana, la señora Simpson, que estaba a punto de obtener su divorcio. Nadie hubiera discutido a su Rey el derecho de casarse con una extranjera, pero nadie estaba dispuesto a transigir con un caso de divorcio. Con un caso de doble divorcio.

A principios de 1936 el debate sostenido hasta entonces entre los ministros y el Rey se hizo público. Si en el centro de Londres hubo algunas cortas manifestaciones en favor de la candidatura real, el país, hosco y descontento, torció el gesto. Las multitudes silenciosas de las provincias comenzaron a mandar sus graves avisos. El Imperio reaccionó igual. La cólera en Inglaterra contra la mujer que había causado semejante alboroto fué enorme. La irritación pública puede juzgarse por un incidente del que fué testigo y sujeto principal Marion Crawford, y que relata en su libro «Las princesitas». «Estaba esperando un taxi a la puerta del duque de York, en Picadilly. En unos momentos se reunió una gran muchedumbre hostil. Alguien había gritado: «Es la señora Simpson», y empezó el abucheo. Marion Crawford tuvo que retirarse de allí a toda prisa.»

«ESTOY DISPUESTO A IRME»

El propio Eduardo VIII que había visto cerrado, de igual forma, el camino al matrimonio morganático, estaba dispuesto a la ruptura. «Estoy dispuesto a irme», dijo al primer ministro.

El día 10 de diciembre de 1936 firmaba el Acta o instrumento de abdicación:

«Yo, Eduardo Octavo de la Gran Bretaña, Irlanda, y los Dominios británicos más allá de los

mares, Rey, Emperador de la India, declaro aquí mi irrevocable decisión de renunciar al Trono para mí y para mis descendientes, y deseo que este Acta de abdicación tenga efecto inmediato...»

Moría, aquel día, el príncipe de Gales y el Rey-Emperador Eduardo VIII. La sonrisa estaba empañada.

EL EXTRAÑO MUNDO DE LOS SIMPSON

Entre los pocos favores que la señora Simpson ha hecho al príncipe de Gales, hoy duque de Windsor, está la de sus amistades. Un mundo extraño rodeaba al matrimonio Simpson. Allí se presentaba, en su casa, Ribbentrop, embajador de Alemania, y en su casa se establecía el primer contacto de carácter personal con la Alemania hitleriana. Porque, si bien es cierto, que oficialmente había tenido relaciones con ellos, obedecían a puras razones de Estado. En la casa de los Simpson venían a estar en una especie de terreno neutral.

Ribbentrop, nunca bien recibido en la Corte inglesa, entraba, también allí, en un campo especial para la conversación. De hecho, «cuando el Gabinete puso ante el microscopio el amor del Rey, sopesando todas las pruebas reunidas en torno a ella por el Servicio Secreto (y también por los agentes de otras potencias que consideraban ya a la amiga del Rey como un factor en el equilibrio de la paz y de la guerra) su asociación con Ribbentrop fué una de las razones por la que se mantuvo la inflexible actitud del Gobierno en relación con el proyectado matrimonio. El duque, en sus Memorias, ha afirmado que la señora Simpson estaba sorprendentemente bien informada sobre política y asuntos de actualidad.

Los duques de Windsor se han convertido, casi profesionalmente, en viajeros. De Nueva York a París, su ruta habitual, se puede encontrar su rastro, y el de «su grupo», que diría el conde Zech Burkersroda, en todos los lugares elegantes de Europa y América.

UNA «SUITE» CASI GRATIS EN EL WALDORF ASTORIA

Cuando los Windsor están en Nueva York, sus habitaciones, las habitaciones de esta pareja errabunda y hotelera, distanciada y fría, pero que tiene que seguir llevando su estandarte de «buenas maneras y buena amistad», están siempre en el Waldorf Astoria.

En el Waldorf ocupan la parte más tranquila. La «suite» de los Windsor, la torre del Waldorf está formada por un gran cuarto de estar, tres alcobas, tres cuartos de baño, un comedor y una cocina.

El séquito de la pareja está formado por dos secretarías, uno masculino y otro femenino, un mayordomo, un «ballet», un chófer y una doncella francesa.

«El valor publicitario de ciertos huéspedes, dicen algunos columnistas de Nueva York, puede

ser tan grande que cabe conseguir una reducción del cincuenta por ciento en los precios. O permanecen allí gratuitamente. Ahora bien, el valor publicitario de los Windsor es enorme...

LA VISITA A HITLER

No está claro de quién de los dos partió la iniciativa; la señora Simpson había tenido siempre, claramente definidas por el Servicio Secreto, una serie de amistades directamente relacionadas con Alemania. Por cierto que Hitler, que estaba en Berchtesgaden, la residencia de las montañas, el cuartel general de descanso, le hizo aguardar en la antesala una hora. Una hora, pues, que representa, mejor que ninguna otra, centenares de horas de error.

LA PEQUEÑA VENGANZA DE LA EX SEÑORA SIMPSON

El proyecto de que el duque de Windsor quería escribir un libro de «Memorias» traspasó, rápidamente los límites del círculo familiar de los Windsor. Al principio, sabiamente, se advirtió que el manuscrito había sido depositado en un Banco, en su caja fuerte, y que no aparecería hasta veinticinco años después. Es decir, después de haber muerto los dos.

Pero el proyecto no pasó de ser proyecto. El duque, como es natural, recibió correctas insinuaciones del Gobierno inglés y de la Familia Real sobre la inconveniencia de una publicación semejante, pero nada cambió la resolución del duque. Bueno, la duquesa, mejor dicho, le ratificó en ella. A la ex señora Simpson la Familia Real, que le ha negado siempre, invariablemente, un puesto y un recibimiento entre los suyos, no habrá dejado de satisfacerle esta pequeña venganza de poner la vida de todos en el burladero del periodismo universal.

LA FILOSOFÍA DE LA COMODIDAD: DESCANSAR Y SENTARSE

En el otoño de 1951, su libro, «A King's Story» («La historia de un Rey») hizo su presentación en las librerías. Las ventas reservadas con anticipación a su edición ascendieron al importantísimo número 59.700 ejemplares. La tendencia general de los comentarios cristalizó en el que hizo el «New York Herald Tribune» al comentar la presencia del libro en Londres:

«La recepción de la Prensa oscila, pero todo el mundo considera que el primer ministro Baldwin tenía razón, allá en 1936, para insistir que Eduardo VIII no podía casarse con la señora Simpson y permanecer en el Trono...»

En su «Historia de un Rey» el duque de Windsor dice que «quizá el único consejo positivo que me han dado, me fué suministrado por un viejo cortesano que observó: «Sólo hay dos normas que tengan validez. Nunca se debe desaprovechar la ocasión de descansar; nunca se debe desaprovechar la oportunidad de sentarse...»

Sin embargo, la filosofía de la comodidad, ha arrojado al duque de Windsor al borde del desierto. Hoy, equivocado o no, su nombre se ha escrito entre los nombres de los enemigos de su país.

DE LAS PIEDRAS, PAN

COMUNISMO ES POLÍTICA

PARECE fuera de toda discusión, que la manera más eficaz de combatir al comunismo es evitar las causas que lo han producido. Nada podemos hacer contra el comunismo, se explicaba ya Berdiaeff, si no le arrebatamos la razón. El único anticomunismo real y fecundo, nos dicen por su parte los obispos españoles en sus numerosas pastorales, es el que se preocupa de crear unas condiciones sociales nuevas, de luchar contra la injusticia social. Asimismo piensa el episcopado católico del mundo en concordancia con el alto magisterio de S. S. Pío XII. No obstante, recientemente leímos en un semanario francés, que da idea de un comunismo eliminado o por lo menos reducido por el progreso material de la clase trabajadora es una idea debida a los intelectuales burgueses, entretenidos en el «esprit» de los modernos «salones» demócratacristianos.

Hace unas semanas, un diputado italiano del partido demócratacristiano, de paso por Barcelona, a quien tuvimos ocasión de tratar, nos afirmaba que la política de vivienda, de salarios y de seguridad social, por avanzada que sea, resulta insuficiente para anular al comunismo. «Nosotros, decía textualmente, hemos hecho una reforma agraria y el número de electores comunistas no ha descendido por ello»...

Parece evidente que la política social por sí sola no puede suplir la ausencia de una filosofía del hombre y de la vida, del destino humano y de la sociedad.

El comunismo es algo más que un programa social. Por ello la lucha contra el comunismo exige mucho más que una política de salarios. Los mejores activistas del partido comunista en los países europeos, son los intelectuales. Muchas veces hemos anotado la ausencia de una ideología social coherente en los grupos no comunistas europeos. En este sentido habló nuestro Ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias-Salgado, en el discurso de clausura del Consejo Nacional de Prensa, celebrado el año pasado en Alicante. En muchos cuadros no comunistas hay como una conciencia fatalista, un reconocimiento implícito de que el comunismo, quiérase o no, «está en el sentido de la Historia». Y no obstante, nosotros, junto con una política social avanzada, podemos y debemos levantar una mística auténtica, una lírica entusiasmante, una filosofía social basada en verdades indiscutibles, como son las religiosas y las nacionales.

La democracia cristiana ha creído de buena fe que con un pequeño reformismo social se po-

dían atacar «las causas» del comunismo. No se han dado cuenta de que el comunismo plantea problemas mucho más profundos: el problema mismo de las instituciones, de la dimensión social del poder político, de la promoción y participación humana en el desarrollo económico social.

El comunismo, desde luego, no es tan solo una actitud social sino también una actitud política. Sería necesario desconocer la mecánica de todas las revoluciones para olvidar que en el comunismo, como en otros movimientos de reivindicación, el primer plano lo ocupa siempre la política. No obstante, antes de preocuparse como nuestro amigo el diputado italiano por qué los avances sociales no bastan para detener y limitar el desarrollo del comunismo, deberíamos preguntarnos si un poco más de orden y de justicia social por parte de los católicos y no católicos en el pasado, no hubiese podido mejorar el presente. Aunque de nada serviría considerar estas funestas y tristes realidades del viejo capitalismo liberal si ello hubiese de crear en nosotros un conformismo o bien una indiferencia y pasividad ante el presente.

Creemos en primer lugar que para que los actuales avances sociales realicen su obra transformadora de las mentalidades obreras comunistas, es necesario primero, que estos avances sociales sean auténticos avances, sean avances efectivos y luego, que realicen su labor bienhechora a lo largo de mucho tiempo. No obstante, nosotros no podemos sentirnos identificados con aquellos que aceptan y transigen con las nuevas directrices sociales tan solo considerándolas como un medio de combate contra el comunismo. El miedo puede inspirar muchas veces actitudes razonables y aún provechosas en sí mismas. Pero la motivación del miedo quita a esas actitudes todo su valor moral, entusiasmante y convincente. Las reformas económicas y sociales, como tantas veces ha señalado la jerarquía de nuestro país, no se deben hacer contra esto o contra aquello, sino tan sólo en favor de los hombres, de la familia y de la sociedad. En definitiva, es necesario actuar en toda ocasión, no en vistas al pasado ni con espíritu vengativo. Reconociendo las verdades permanentes, las grandes tradiciones comprobadas por la Historia y poniéndonos en cauce vivo de estas mismas tradiciones, hemos de actuar cómo si nos encontrásemos al inicio de una época nueva. En expresión del padre Lombardi: de un mundo mejor.

Claudio COLOMER MARQUES

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

recio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

EL DUQUE DE WINDSOR EN LAS REDES DEL ESPIONAJE DE HITLER



Cuatro fotografías que recogen varios aspectos de la vida del duque de Windsor, a quien se le acusa de inteligencia con la Alemania nazi. (Ver este interesante informe en la página 61.)

